

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

GREVILLE

LINDA  
ROPIED  
EN VENT

PQ2235  
.D6  
L5



1020026403



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LINDA PROPIEDAD EN VENTA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. D-9481  
Núm. Autor 30277  
Núm. Adq. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasific. 89  
Catalogó \_\_\_\_\_

ENRIQUE GREVILLE

LINDA PROPIEDAD EN VENTA

Traducción de LA VIDA LITERARIA



BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor, Rosellón, 224

1906

30277



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL  
099199

813  
6.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

P22235

.D6  
L5

ES PROPIEDAD

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de MARIANO GALVE, Aviñó, 18. — BARCELONA.



### LINDA PROPIEDAD EN VENTA

I

Solos, en un departamento de primera clase, se hallaban padre é hija sentados frente á frente, sin decirse una palabra. ¿Acaso no sabrían por donde empezar, después de su larga separación? Nada de eso; sino que no tenían nada que decirse, á lo menos, en aquel momento.

Sumido en sus meditaciones, el señor de la Brève sentía, en el fondo de su alma, que su hija le hubiera obligado á tomar billetes de primera; él viajaba siempre en segunda, é instintivamente se había figurado que su hija viajaría en la misma forma.

Su pesar no era debido á la avaricia; adoraba á Evelina, y, por darle gusto, se hubiera privado de cualquier cosa; pero todo gasto superfluo hacía un agujero en su humilde presupuesto.

Y los agujeros, sumamente pequeños en su mayo-

rfa, se habían ido acercando tanto, desde algún tiempo, que el presupuesto, y permítase la frase, parecía un finísimo tamiz.

Evelina, por su parte, no estaba muy contenta de su padre.

¡Pues no había venido éste, con sus billetes de segunda en la mano, á recogerla del grupo de amigas que la habían acompañado á la estación de Nantes!

Habían visto las «segundas», y la joven sintió colorearse de púrpura sus mejillas, al recordar las miradas que se habían fijado en aquellos desgraciados trozos de cartón. Felizmente, Evelina no carecía de sangre fría.

—¡Papá, se ha equivocado Vd.—había dicho ella,—es decir, se ha equivocado el empleado: fíjese Vd. en los billetes!

—¿Qué tienen, hija mía?—preguntó el señor de La Brève, algo azorado, y sin comprender absolutamente nada.

—Son «segundas», y Vd. ha pedido «primeras». Hay que cambiarlos.

—¿Pero... crees?...—titubeó el padre.

—Para eso no hay dificultad alguna; pero dése prisa, pues de lo contrario, no encontraría asiento al lado de la ventanilla!—y, dirigiéndose á sus amigas, añadió:—Hubiéramos podido pedir un suplemento, y era lo mismo; pero vale más estar en regla.

La Brève estaba ya hablando en la taquilla, á pesar de las protestas de los de la «cola», muy disgustados, por aquella prolongación de su martirio; pronto, volvió con sus billetes definitivos, algo emocionado

por la aventura, y un poco más de prisa que de ordinario.

Evelina abrazó, sin excesiva efusión, á sus amigas; se prometieron escribirse, y cumplieron la promesa: la señorita de La Brève abandonó su antigua existencia, para empezar una nueva; su educación había terminado; Evelina salía del limbo; en una palabra, inauguraba su juventud, del mismo modo que ciertas gentes que han brillado en el mundo, por un golpe de Estado.

Se ha ponderado mucho la Turena, y con razón; pero, para poderla apreciar, hace falta haberla conocido antes de seguir el curso inferior del río que, entre Angers y Nantes, describe las líneas más notables y graciosas, para los aficionados á los vastos horizontes y á los países soleados.

Cuando se dirige la vista á esas riberas, ya quebradas, ya suavemente alisadas como terciopelo, á los lagos azules, salpicados de doradas arenas, ó adornados con islas verdosas, formadas con el Loire, en sus complicadas desviaciones, las pequeñas colinas de la Turena parecen, á menudo, monótonas y demasiado juntas.

Corría el tren, en dirección de Angers, dejando atrás esas encantadoras curvas del bajo Loire que, en tiempo de los grandes poetas, hubieran merecido, lo menos, media docena de cantos.

Libre de sus preocupaciones domésticas, con la belleza de ese espectáculo, que conocía bastante bien, el señor de La Brève, mirando por la ventanilla, llamó la atención de su hija.

—¡Eva—dijo entusiasmado,—mira!

Sus azules ojos brillaban como en su juventud, y

sus mejillas, que el sol no pudo nunca bruñir, se teñían de rosa pálido.

—¡Sí, papá, es muy bonito—repuso ella, dedicando una mirada distraída al paisaje; y luego volvió á absorberse en sus reflexiones íntimas.

Los diez y ocho años de Evelina no eran como los de una niña, que ha permanecido interna, en un colegio, separada de todo, sino los de una persona muy al corriente de las cosas de la vida actual.

Sobre el fútil pretexto de que el señor de La Brève no podía, siendo viudo, tener convenientemente, en su casa á su hija, durante las vacaciones, la madrina de ésta, se la había llevado consigo, desde la edad de ocho años, invitando al padre, á pasar con ella, la temporada. Quería á su ahijada que le servía más bien de juguete que de compañía.

Esta vida amenazaba durar siempre, y La Brève, que se trasladaba dos veces por mes á Nantes, para abrazar á su hija, sin que pudiera poseerla un solo minuto, se preguntaba si estaría condenado á ser siempre un padre *in partibus*, cuando Evelina perdió, de una manera muy imprevista, á su madrina.

No fué que la Parca segase el hilo de sus preciosos días, no; la vida de la señorita de Vigeran no corrió peligro alguno; pero su corazón, que se le antojaba á ella, al abrigo de las sorpresas del fatal arco, como decían nuestros abuelos, su corazón novelesco fué herido repentinamente por una flecha inesperada. En resumen, hablando claramente, la señorita de Vigeran, á los cuarenta y dos años, se enamoró por todo lo alto.

El objeto de su pasión tenía diez años menos que ella, poca fortuna, bigote retorcido y aspecto misteriosamente indiferente.

Como esas son cualidades á las que un corazón, virgen, por no haber servido, no se resiste, se verificó la boda. Evelina esperaba heredar á su madrina, y no debía separarse de ella nunca, nunca, ¡ni aun para casarse! Evelina, colmada de regalos y promesas, después de asistir á las nupcias, en calidad de dama de honor, fué entregada en manos de su padre, que se quedó encantado. No tenía más hijos, ni parientes cercanos, y adoraba á la ingrata; apenas la conocía, á no ser por sus lindas muecas, por sus preciosas sonrisas y por esa intención secreta que hace adivinar, en un ser semejante á uno mismo, rasgos propios, que uno quiere.

Como entusiasmada, no lo estaba Evelina. Indudablemente, quería mucho á su papá, que la trataba como á una reina; pero lo había amado toda su vida desde lejos, sin experimentar la necesidad de quererle más de cerca. La joven veía bien lo que había perdido, y no vislumbraba aún lo que ganaría en cambio.

Y además, se encontraba más humillada y molesta de cuanto pueda decirse, por la despedida decisiva que le había dado su madrina, y esto fué para su amor propio, una pequeña herida que tardaría en curarse.

Aparte de esto, la señorita de La Brève no sentía ningún vacío en su alma, ni ilusiones prematuras. Decimos prematuras, porque, en nuestro tiempo, de cosas positivas, las ilusiones parecen que deben de ser



más bien flores de otoño, crisantemas destinadas á florecer tarde, cuando todos los despojos de la existencia hayan alimentado suficientemente al alma, para que pueda ésta sentir algunas impresiones de lujo, y producir pensamientos dulces y benéficos, antes de llegar al gran descanso del invierno.

Gracias á su pureza natural, Evelina era ingenua, pero una ingenua moderna, que conocía el valor del tiempo y el precio de todas las cosas inútiles.

Por fin, entró, algo á pesar suyo, en el hogar paterno. Sus recuerdos de la infancia, casi desaparecidos, se limitaban á una madre enfermiza, morosa, á veces triste y gruñona. ¿Encontraría en la Roseraie imágenes más alegres?

La joven había leído en casa de su madrina, una porción de novelas morales, de las cuales, lo menos la mitad, comenzaba con la vuelta de la heroína á la casa paterna; ¿cuál de esos regresos sería el suyo? ¿Trágico? ¡No, de ningún modo! ¿Cómico, desagradable, indiferente, alegre? ¿Qué caras estaba llamada á contemplar á diario?

Se acordaba vagamente de la de su vieja nodriza, en otro tiempo, mujer de confianza que quedó al servicio de su padre, después de muerta la señora de La Brève; ¿reconocería ella aquel rostro?

—¡Pero fíjate Eva, ya llegamos á Chantocé! ¡Mira! ahí está la Roseraie, ¿la reconoces? Ya ha pasado, los árboles ocultan la casa. ¿Reconoces el viejo castillo? ¿Qué hermosa ruina, verdad?

Realmente era una ruina. La torre mayor, saludaba el paso de los trenes. Evelina le dirigió una mirada

y bajó, con la sencilla majestad de una reina joven que entra en sus Estados.

Su padre había entregado ya el talón del equipaje á un hombre, medio aldeano, medio jardinero, mal vestido, con un pantalón remendado, camisa de color y una chaqueta cualquiera.

—Ya estamos aquí, José; ¿tiene Vd. la carretilla?

—Claro que sí, señor. ¿Es ésta su hija? Buenos días, señorita, me alegro verla á Vd.

Y dicho esto, José se marchó con la carretilla hacia los equipajes, depositados sin miramiento en el andén. El tren ya estaba lejos.

—¿Iremos á pie?—preguntó Evelina á su padre.

Este la miró con aire de asombro.

—No se puede ir de otro modo,—repuso;—no tenemos coche ni caballo; pero estamos cerca.

—Entonces muy bien—dijo la joven.

José se adelantó con su carretilla cargada á más no poder; dos ó tres baúles, otras tantas maletas, media docena de paquetes de todas formas y tres cajas de sombreros. El vehículo, mal engrasado, gemía muy lastimosamente á cada paso; decididamente, la llegada no tenía mucho prestigio.

—Padre—dijo Evelina,—¿supongo que no acompañaremos á esta caja de música, hasta la Roseraie? ¡Nos echarían los perros! ¿Por qué no dice Vd. á ese hombre que vaya delante, ó detrás, pero, en fin por distinto lado que nosotros?

—José,—ordenó La Brève—marcha por el camino más corto, nosotros iremos paseando.

José obedeció, aunque algo extrañado, y hasta

contrariado, porque pensaba haber conversado con la señorita, durante el trayecto; y el señor de La Brève, después de estrechar la mano del jefe, salió de la estación.

En la explanada el caballo de un ómnibus amarillo aguardaba con paciencia que dos ó tres buenas mujeres terminasen de ponerse de acuerdo, acerca de la propiedad de sus cestos; nuestros viajeros fueron saludados por el cochero, que tenía buena cara, y tomaron el camino de la Roseraie.

## II

A los lados de la carretera se veía dos largas filas de álamos, los mimbres temblaban bajo un ligero viento y la luz los plateaba, el delicioso sol brillaba á las cuatro de la tarde, aquel día, de los últimos de Agosto, é iluminaba el paisaje, de una manera á la vez directa y suntuosa, así como también el gran puente que atraviesa el Loire, y el mismo río salpicado de doradas arenas, con mezcla de plata, producida por las pequeñas olas y las ondas caprichosas de sus azuladas aguas.

Caminaron unos veinte minutos, sin casi cambiar palabras; el ómnibus pasó por la carretera, á cierta distancia, acompañado del sonido de cascabeles, que desapareció alejándose.

La Brève se detuvo; ya no se oía la carretilla.

—¿Es de V. esa casa?—preguntó Evelina, indicando un edificio moderno, especie de castillo incompleto, presuntuoso y llamativo, rematado con veletas, pequeños campanarios de zinc, imitaciones de pararrayos, con punta de cristal en que se reflejaban los colores del prisma; el conjunto, muy amazacotado, y con demasiadas pretensiones, revelaba una fortuna adquirida recientemente y un arquitecto del más deplorable gusto.

—¿Eso?—exclamó La Brève, sorprendido de tal modo, que casi lanzó un grito.—¿Eso? ¡A Dios gra-

cias, no! Es propiedad del señor Nollard, vecino mío; pero no, amigo. La Roseraie se halla en frente.

Se introdujo, con Evelina, en una alameda de tilos, algunas de cuyas hojas, ligeras, de color oro pálido, corrían acá y acullá, por la arena del paseo; al volver un recodo de esa alameda, apareció una casa antigua, de piedra gris, cubierta de arriba abajo por un soberbio manto de verdura.

Varias madresevas y rosales de diez especies, adornados con su segunda floración, confundían amistosamente sus ramas, que caían entrelazadas, á guisa de guirnaldas de piedras preciosas; una clemátide de azul intenso, esparcía por todas partes sus vistosas flores, de variados colores.

—Se le dió el nombre de la Roseraie (\*), y de esto hará pronto doscientos años—dijo el señor de La Brève,—porque el que la mandó construir había tapizado las paredes con rosales; los viejos murieron; éstos son nuevos, como puedes suponer, algunos de ellos los he plantado yo, en mi juventud... ¿Verdad que todo esto es muy bonito?

—Sí, es hermoso—repuso Evelina,—pero debe atraer muchas arañas.

Estaba en lo cierto, se encontraban muchas arañas. Y La Brève quedó pensativo, contemplando los balcones de hierro forjado, de donde brotaban haces de ramaje; las grandes ventanas del tiempo de Luis XIV, con sus pequeños cristales, en que se reflejaba el sol, parecían pestañear, dando la bienvenida á la niña de la casa, pero ella no lo sospechaba.

(\*) Lugar plantado de rosales.

—¡Oh! papá—exclamó la joven,—¡la casa no es cuadrada!

También esto era verdad, lo mismo que la observación sobre las arañas; la casa no era cuadrada, había debido de serlo, porque nuestros antepasados del gran siglo, eran aficionados á la rectitud de los ángulos y de las líneas; pero varias modificaciones sucesivas habían desviado, cuando menos, dos de las cuatro fachadas, y la tercera estaba dividida por una especie de celosía.

La antigua Roseraie se componía, únicamente, de una gran habitación y otra pequeña, en la planta baja; una escalera de piedra, cómoda y ancha, conducía al único piso en que serpetía la misma distribución. Pero lo que era bueno para un soltero, y tal vez para un joven matrimonio poco previsor, era insuficiente para una familia, y se habían añadido varias piezas por todas partes, con espantosa desigualdad de nivel. En las paredes se abrieron diversas puertas, inutilizadas luego, por nuevos engrandecimientos.

En una palabra, la Roseraie era la más chapucera, la más absurda y la más deliciosa de todas las casas viejas.

Las tapias estaban rodeadas de begonias con magníficas flores; un ancho prado se extendía bajo los grandes y barrigudos balcones, y en el fondo del paisaje, limitado por las colinas de la ribera opuesta, corría el Loire, muy azul, separado del jardín por un viñedo, y á continuación, una pradera.

—¡Pues es muy bello!—pensaba La Brève.

El antipático chirrido de la carretilla, le ahorró

probablemente una nueva decepción, porque Evelina, que creía que habían llegado hacia tiempo los equipajes, se volvió, y viendo solamente los dos baúles en el vehículo, exclamó consternada:

—¡José! ¿Dónde ha metido V. mis paquetes?

El buen hombre se detuvo, colocó la carretilla sobre sus pies, se secó la frente, y contestó:

—Allí vienen.

Una bandada de chiquillos, muy limpios, pero muy mal vestidos, con pantalones adornados de soberbios remiendos, y pequeñas blusas de indiana, la mayoría descalzos, se acercaba, llevando los «paquetitos» con una majestad hierática. Los mayorcitos se colocaron dos á dos para transportar las maletas; los menores se habían apoderado, quién de un paquete, quién de una sombrerera; un chicuelo muy decidido blandía los paraguas, en su funda de tela; entre todos formaban una procesión curiosa. La Brève sonreía.

—¿Qué es eso?—preguntó Evelina, casi de buen humor.

—Son mis hijos—repuso José, secándose la frente con mayor fervor todavía.

—¿Todos?—replicó, asombrada, la joven.

—No están ahí todos, señorita; tengo tres mayores, que se hallan en los campos.

—¿En los campos?

—Están colocados en varias heredades—explicó La Brève,—pero no exageré V., José, todos esos niños no son suyos.

El aldeano se volvió, comprobando con la mirada el número de su progenitura.

—Es verdad—dijo,—cuatro son de mi hermana.

—¿Entonces, cuántos tiene Vd.?—preguntó Evelina, que se sentía con muchas ganas de reír.

—Tengo once, señorita, contando los tres que están en el campo.

Los ocho críos de José y los cuatro de su hermana, parados, al final de la alameda, con sus paquetes en la mano, contemplaban á la joven con una admiración tan convencida, que Evelina se emocionó.

—¡Vamos!—les ordenó La Brève, divertido con el aspecto de aquel grupo,—llevad todo eso al cuarto de la señorita, y decid á Elmira que os dé peras.

La banda infantil franqueó la escalera de piedra que daba acceso á la casa, y se precipitó por la puerta.

—¿Les permite Vd. entrar en casa?—interrogó Evelina, mientras José trasladaba los baúles.

—Están muy bien educados—repuso el padre.

—Pues sus modales corren parejas con su calzado,—replicó la joven con una mueca.

—¡Qué quieres! ¡Ponte en lugar de José! ¡Once pares de calzado cada día, no sería muy halagüeño! Ven á ver tu cuarto. Mira, ahí tienes á Elmira, extrañada de no haberte hablado aún.

La buena nodriza había envejecido mucho, las frescas mejillas que recordaba Evelina, se habían ajado y arrugado; pero seguía apareciendo en sus ojos de perro fiel, la misma mirada honrada y cariñosa. Cogió á su antigua nena por la cintura y le dió media docena de besos estrepitosos.

—¡Ah! ¡querida mfa!—exclamaba,—¡cuán hermosa

y crecida está! ¡Se le hará á Vd. corto el tiempo, señor, para querer á esta niña!

Evelina se sentía un poco molesta; y del mismo modo que un pájaro, acariciado bruscamente, sacude sus plumas, así, la joven sacudió su falda, arrugada por los abrazos.

—¿Y habrá que tratar de Vd., como á una señora, á este tesoro?—preguntó Elmira, con una mirada interrogativa á su amo.—¡Antes nos tuteábamos, pero ahora ya no es lo mismo!

—No, Elmira, ahora es otra cosa—dijo Evelina con mucha gracia.—Hace mucho tiempo que no nos hemos visto, y me costaría trabajo acostumbrarme.

—Tiene Vd. razón, angel mío—replicó Elmira, cuya alegría cayó, como la leche retirada del fuego,—nos costaría mucho habituarnos...

Repitió melancólicamente esta frase para grabarla en su memoria. De repente, el ruido de los pies desnudos y calzados, en las escaleras, la llamó á cosas más prácticas.

—Ya bajan todos esos chícuelos; ¿es verdad que el señor ha mandado que se les dé peras?

Ante la respuesta afirmativa del amo, la sirvienta condujo á la chiquillería, á la cocina, mientras Evelina y su padre subían la escalera, algo oscura. La Brève abrió una puerta, y la luz les dió de lleno en la cara.

Era una habitación grande, de cinco metros de altura, y siete ú ocho de ancho y largo, con dos balcones; el suelo, de mosaico de madera artísticamente labrada, relucía como un espejo; el cuarto estaba alha-

jado con muebles antiguos, en muy buen estado; en uno de los huecos, que daba al río, se hallaba instalado un tocador, del siglo diez y ocho, que esperaba que su joven dueña se contemplara en el espejo; junto al otro balcón una enorme butaca ofrecía sus blandos muelles.

—¡Oh!, papá, esto es el viejo salón, lo reconozco; ¿y quieres que habite aquí?

El la miraba, contento por la sorpresa y alegría que indicaba la voz de su hija.

—¿Qué más puedo hacer? He arreglado un saloncito, abajo, que será suficiente para los dos. Y el comedor es inmenso... igual que esto.

Evelina paseó en derredor suyo una mirada de satisfacción. Su cama desaparecía en un ángulo, medio escondida tras un antiguo biombo de seda, construído con una bata de su bisabuela, de un verde pálido encantador, en el cual se entrecruzaban suntuosas palmas de brocado blanco y oro.

—¡Pero es muy grande! ¡Me perderé aquí dentro! —dijo la niña riendo.—¡Papá! ¡deme un abrazo!

Le echó los dos brazos al cuello, con la gracia espontánea que constituía uno de sus mayores encantos, y él la devolvió un beso, con seria ternura, un poco emocionado aunque no lo parecía.

—Y estos muebles tan preciosos... ¿dónde ha encontrado Vd. todo esto?

—En casa había alguno que otro, y además, he comprado varios en Angers; me figuré que te gustarían.

—¡Ya lo creo que me gustan! Es Vd. un padre adorable. ¿Pero Vd. dónde duerme?

—En un cuartito, aquí al lado; ya lo verás mañana.

—No, ahora.

Ella le empujaba, él se dejó llevar; en el pasillo, abrió otra puerta, en frente del cuarto de Evelina; ésta penetró, y acto seguido, se detuvo estupefacta.

—¡Pero esto es un cuchitril, padre! ¡es una caseta, un nicho!

—Sí, tiene algo de caseta; pero estoy acostumbrado y la quiero mucho.

El techo era muy bajo: evidentemente, se habían construido dos cuartos, en la altura del piso; la habitación era larga, estrecha, tapizada de cerezo y provista de libros de arriba á abajo.

—¿Duerme Vd. en su biblioteca, papá? ¿no le caerán, de noche, los libros en la cabeza?

—No sería la primera vez, en efecto. ¡Pero, fíjate qué linda vista! Yo no podría vivir sin tener buenas vistas...

La ventana, lo mismo que las de las habitaciones contiguas, daba á las islas del río.

—¡No importa, papá! ¡Me daría vergüenza habitar mi hermoso cuarto, mientras Vd. mora en este nicho!

—¡Pues, no obstante, tienes que acostumbrarte, princesita mía!—repuso el padre feliz, acariciándola con sus miradas.

## III

A la mañana siguiente, Evelina se levantó temprano, para recoger la propiedad. El jardín no era grande; un poco más allá de los macizos de los rosales y geranios, que adornaban el césped, empezaba el cultivo serio, primero las legumbres y luego la viña.

Las zanahorias y los nabos no ofrecían interés alguno á la joven, la viña tampoco; la pradera que acababa de ser segada por segunda vez, presentaba el aspecto menos poético; y Evelina retrocedía, por su camino, un tanto contrariada.

A la cruda claridad de la mañana, la vieja casa, dejaba ver todos sus achaques, á través de la capa de follaje, y Evelina, que la víspera consideraba muy densa esa capa, estaba á punto de considerarla hoy como muy sutil.

Caminaba mirando al suelo, sin cuidarse del paisaje, tan fresco y brillante bajo el sol matutino.

Su ideal de la vida de campo consistía en unos acirates bien cultivados, en caminos alisados, en una casa moderna, llena siempre de gente, y sobre todo de mujeres elegantes...

—¡Buenos días, Eva!—dijo la voz de su padre.—¿Permites esa abreviatura? Tu nombre es demasiado romántico...

—Me gustaría mucho papá; Eva es cien veces más distinguido. ¡Buenos días, padre!

—¿Qué te parecen tus dominios?—preguntó La Brève, caminando al lado de su hija.

—¿Quiere Vd. que le hable con entera franqueza, verdad?—repuso, mirándole de reojo.—Pues bien, papá, me parece que podrían estar mejor cuidados.

La Brève se detuvo.

—¿Mejor cuidados? ¡Pero si los he mandado abonar tres veces, este año! Las cepas han sido lavadas con agua sulfúrica, las patatas se han sulfatado, y no se ha ahorrado ningún abono químico...

—¡Oh! ¡papá! ¡no quiero decir eso! ¡Ya estoy persuadida de que cuidará Vd. muy bien sus patatas!

—¿De qué, entonces?

—¡Mire Vd. eso!

Con la punta desdeñosa de su piecico, señaló la alameda, en que las indomables correhuelas trazaban guirnalda elegantes, pero inútiles.

—¡Oh! ¿Hablas del jardín?

—¿No podría ese padre de familia, ese José, limpiar un poco todo esto?

—No tiene apenas tiempo...

—Entonces, otro cualquiera. ¡Confiese Vd., papá, que así no está presentable!

El señor de La Brève, se puso serio y condujo a su hija al centro de una plazoleta rodeada de vallados: cuatro puertas abiertas en el follaje, ofrecían diferentes paisajes. Sin fijarse, se sentó en un banco desde donde se veían las patatas.

—Encuentras mal cultivado el jardín—dijo el padre,—y, hasta cierto punto, tienes razón, aunque un jardín de propietario no sea tan exigente en su correc-

ción, como el de una quinta de recreo; pero aquí, hay muchas cosas que te chocarán, y es preciso, queridita mía, que sepas el por qué.

Su voz se volvía seria, casi triste. Eva le miró atentamente, quizás, por primera vez en su vida.

Nunca había tomado á su padre en serio. La señora de La Brève, según una expresión vulgar, pero muy característica, se metió á su marido en el bolsillo, y las primeras impresiones de su hija, habían sido, que su padre no era nadie en la casa. Además, le había visto muy poco, y, por otra parte, á los diez y siete años no se observa casi nada; pero ahora que iban á vivir juntos, ese padre que tan descuidado había estado, merecía un examen más detenido.

La Brève tenía cincuenta y cuatro años; de estatura regular, había conservado la elegancia y esbeltez del cuerpo; su rostro, de corte delicado y regular no tenía nada de particular, salvo los ojos azules, sumamente puros y jóvenes; pero todo el conjunto de su persona era de esa distinción perfecta que no puede separarse de la sencillez.

Lo mismo sucedía con la compostura de ese propietario rural: vestía una chaqueta ligera, de buen corte, y que le sentaba admirablemente; nada disminuía la dignidad de aquel hombre, que, aun bajo las ropas más miserables, hubiera parecido siempre lo que era: instruido, inteligente y bien educado. Evelina se sintió satisfecha de su padre.

—Bueno, papá,—dijo la joven, con la encantadora sonrisa que era uno de los principales atractivos—dígame todo lo que debo saber.

—Eso va á sorprenderte desagradablemente. Hasta ahora, has vivido sin darte cuenta de nuestra situación pecuniaria: tu madrina te colmaba de regalos, siempre estabas en su casa... yo no tenía más preocupación que pagar tu colegio y tus uniformes...

—¡Oh! ¡papá, qué antipáticos uniformes! ¡Corra Vd. un velo sobre aquellos objetos repugnantes, se lo ruego!

—Costaban más caros que si hubieran sido bonitos—repuso La Brève, con una sonrisa.—Pero, querida mía, si no te hubiese mimado tanto tu madrina, te hubieras visto obligada á llevarlos durante las vacaciones; en una palabra, somos pobres, hija mía.

—¿Pobres?

Eva se levantó sobresaltada: se volvió á sentar en seguida, porque los principios de su buena educación, le prohibían toda manifestación exterior, su padre se lo agradeció.

—Sí, somos pobres. Después de morir tu mamá, me hallé en posición embarazosa: ya sabes, ó por mejor decir, no sabes, que á ella le gustaba cuidar de nuestros asuntos; era completamente honrada y recta, y la engañaron; colocó el dinero, tan desgraciadamente, que nos ha dado malos resultados; un notario en quien tu madre tenía toda confianza, acaba de declararse en quiebra, y en ella perdemos casi todo lo que nos quedaba... Para no fastidiarte con detalles penosos, te diré que no nos queda más que tres mil francos de renta vitalicia y la Roseraie.

—¿Y cuánto produce la Roseraie?—preguntó Eva, que no perdía fácilmente la serenidad.

—Dos mil francos, poco más ó menos; antes las viñas producían tres ó cuatro veces más; pero, las enfermedades...

—¿Sin embargo, V. las cuida?

—¡Yo, sí! ¡Pero los vecinos! Es para desesperarse el tener que gastar tanto dinero y tanto trabajo para desterrar el enemigo, cuando en frente lo dejan crecer y multiplicarse á su gusto. ¡Esas enfermedades, hija mía, son como las morales, pasan por cima de todas las tapias!

—En suma, cinco mil francos... más la casa.

—Y la vida; tenemos jardín, y así, nada nos sale muy caro... excepto el lujo; pero éste puede suprimirse. Tendremos que pasarnos sin él, querida. ¿Te dará mucha pena?

—¡No lo sé, papá!—declaró la joven, francamente.—¡Supongo que nó! Con el tiempo, me acostumbraré... ¡En medio de todo, qué mala ocurrencia ha tenido mi madrina, al casarse!

La Brève no dijo nada; pensó, para sus adentros, que el sitio de un hijo, está no en casa de una extraña, sino en la de sus padres; que su soledad había sido larga y pesada; que era una gran alegría, su única alegría, ver á aquella flor encantadora, á quien él dió el ser, abrirse bajo el techo que había recibido de sus abuelos; pero aun no había llegado el momento de meditar esas cosas detenidamente; abrazó á su hija y penetraron en la casa.



## IV

Don Hipólito Nollard, calzado con botas de charol, polainas de hilo blanco, adornando su pequeña y prominente barriga con un chaleco azul con flores de oro viejo, y vestido con una chaqueta de franela, tan blanca como las polainas, paseaba por el jardín de su propiedad. Acababa de dar serias instrucciones á un hortelano, cuando se presentó un joven de veinticinco á treinta años, con traje de campo, y fisonomía franca, en un palabra, el tipo opuesto de su tío, pues era sobrino de Nollard.

—Tío—dijo.—Acaban de traer por ferrocarril, una caja grande, con una inscripción que dice: *Muy frágil*.

Los criados no quieren abrirla más que en presencia de Vd.

—Tienes razón—profirió Nollard;—la prudencia es madre de la seguridad; acuérdate de esto, sobrino. Ya sé lo que es—añadió, dirigiéndose hacia la casa que él llamaba castillo.—Es mi bola.

—¿Su bola?—preguntó Max Buxy, contemplando sin gran respeto la redonda y estrafalaria cabeza de su pariente, que no reparó en ello.

—Sí, una bola soberbia, enorme. Busqué una por todo París, y no la encontré lo suficientemente grande: ésta la han fabricado expresamente para mí. ¡Es cara, muchacho! pero creo que no habrá otra tan hermosa, en ningún castillo de Francia.

—¡Yo también!—declaró perentoriamente el joven.

—¿Pero, si no la has visto?

—¡No importa, la veré! Y sin haberla visto, puedo decir, como Vd., que nadie pasará otra igual, en Francia.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Nollard, algo intrigado.

—¡Porque me ha dicho Vd. que la han construído expresamente!

—Es verdad. Sin embargo, encargándola á otra fábrica... pero creo que me dirigí á la principal casa constructora de bolas.

Mientras hablaban, habían llegado á una sala desierta, contigua á un depósito de naranjas, en donde, dos criados, tenazas y martillo en mano, esperaban.

—¡Vamos, abrid eso!—ordenó el amo.

Las herramientas entraron en danza; empezó á salir una cantidad prodigiosa de paja, luego de heno, y por fin virutas, que se amontonaron alrededor de los hombres, cubriéndolos hasta la cintura.

—¡Diga, tío, si continúa eso, no habrá sitio para la bola, en esta caja! ¡En mi vida he visto tanta cosa para un embalaje!

—¡Mira! ¡Ahí está!—dijo Nollard, que no se turbaba fácilmente.

En efecto, se veía un envoltorio esférico, de papel obscuro, y por fin, salió una masa informe, envuelta en papel de embalar.

—¡Cortad las cuerdas!—exclamó Nollard, en la forma que un capitán manda á su tripulación. Con las manos cruzadas en la espalda, y las piernas abiertas,

como para luchar contra el balance, evocaba el recuerdo de los grandes héroes del mar.

—Usted me permite observar que se dice: «¡Soltad las amarras!»—dijo Max, visiblemente abstraído en recuerdos marítimos.

—¡Déjame en paz!—repuso Nollard, con tal acaloramiento, que Max sospechó que tenía ganas de enfadarse; y en seguida renunció á molestar al único ejemplar de tío que le había concedido la naturaleza, y cruzando también las manos, pero sin abrirse de piernas, guardó silencio.

—¿Qué esperais ahí?—preguntó el propietario, á los inútiles testigos de tantos esfuerzos.

—¡Al Mesfas!—replicó Max.

En aquel momento surgía de las últimas nubes de papel de seda, que lo velaban aún, un astro de plata, enorme, exagerado: osciló un momento, en su pedestal y todo el mundo lanzó un grito—algunos, un juramento, según el estado de su conciencia—y, por fin, apareció en todo su immaculado esplendor.

Nollard dió un paso atrás, para ver mejor á su astro, después de volver la cabeza á derecha é izquierda, inclinándola un poco, como un pájaro que medita:

—Es magnífica—dijo modestamente—Cogedla y seguidme.

Dos criados cogieron con precaución el pesado soporte de fundición; no sin una serie de movimientos en falso, peligrosos, sacaron el objeto de la sala y siguieron á su amo al jardín: los dos «comparsas», como dicen en los teatros, les seguían, con los brazos caídos.

—Aquí—dijo Nollard, deteniéndose á algunos pasos de la casa, en la terraza, llena de naranjas, en sus correspondientes cajas.

—Se ha fijado Vd., tío,—observó Max—que el lugar que indica no está del todo en el centro de...

—Ya sé lo que hago, sobrino—replicó Nollard, con acento solemne;—en efecto, no está en el centro; pero tengo una razón.

—¿Ah?—interrogó el joven.

—La coloco ahí, para ver pasar los trenes.

—¿Los trenes? Si hay un vallado y una tapia, por delante...

—La tapia es más baja; en cuanto al vallado, se practicará en él un hueco. ¿Habéis traído las herramientas?—dijo á los jardineros «comparsas»—¡No, naturalmente! ¡Es más cómodo estarse ahí una hora sin hacer nada! ¡Ir á buscarlas y á escapar!

—Tío,—dijo Max, mientras se iban los hombres—¡El vallado tiene cien años! ¡Es mucho más viejo que la casa!... que el castillo quiero decir...

—¡Toma! también había una casucha por el estilo de la de enfrente... (Señaló desdeñosamente á la Roseaie) y la he mandado derribar.

—Y el vallado ha quedado. Tío, le pido que se compadezca de ese vallado. Buscaremos otro lugar para la bola...

—¡De ningún modo, sobrino! La bola permanecerá aquí, y la valla caerá. Además, ¿qué más da? ¡un hueco de cuatro ó cinco metros; vaya una cosa! Hay más de cincuenta á la derecha y otros tantos á la izquierda. Quiero ver los trenes...

—¿En la bola?—exclamó el joven, comprendiendo por fin.

—¡Pues claro! ¿Te haces cargo? ¡No habrá nada tan bonito como esto! Yo me he enterado, y se verán no muy grandes, pero se verán.

—¡Y además, las gentes que viajen en esos trenes, verán también la bola! Es una razón, tío, por fin me doy por vencido.

—Es lo mejor que puedes hacer—dijo Nollard, con irónica sonrisa.

Los sirvientes volvieron y varios hachazos bien dirigidos, bastaron para abrir una ancha brecha en el noble y centenario vallado. Max ahogó un suspiro; pero Nollard triunfaba. Se oyó un prolongado silbido, y, en la perspectiva recién abierta, apareció, á poca distancia, un tren de mercancías que marchaba despacito.

—¡Qué cerca está la estación!—exclamó Max—nunca lo hubiera creído, y sin embargo, se emplea bastante tiempo para venir.

—Es porque la carretera, bordea mi propiedad—repuso Nollard, en cuya boca la palabra «propiedad» adquiría una amplitud sorprendente.—¡Mira, mira! lo ves el tren... ¡por ahí no, mentecato! Le vuelves la espalda! ¡En la bola, hombre! ¡Mira! ¿lo ves como desaparece, poco á poco?

Max se colocó, para ver, en la misma posición que su tío, esto es, medio inclinado, con las manos en las rodillas; y se levantó, sin poder contener la risa.

—¡Ya estoy contento!—exclamó Nollard—¡Oh! puedes burlarte de mí, Max; si supieras lo sin cuidado

que me tiene. ¿Lo veis, hijos? ¿veis el tren, en la bola?—preguntó á los jardineros.

Los dos hombres miraban sin distinguir nada; de pronto, el más astuto, dió un codazo á su compañero, diciéndole:

—¡Sí, sí, ahí está! ¡Qué preciosidad!

Permanecieron contemplando aquella maravilla, mientras Nollard, sumamente satisfecho, pero más vanidoso aún, tomaba un aire de indiferencia.

—Dí, sobrino, ¿y si fuésemos á visitar á nuestro vecino, el señor de La Brève? Parece ser que llegó ayer su hija.

—¿Tiene una hija, ese amable caballero?—preguntó Max, contemplando tristemente los restos del vallado, que estaban amontonando en una carretilla.

—Una joven de diez y siete ó diez y ocho años, que no es fea, según dicen; pero, no vayas á enamorarte mucho, pues no es para ti.

—¿Demasiado rica?—preguntó lacónicamente Buxy.

—¡No tiene un céntimo!—contestó el tío.

—Entonces, es como yo—dijo Max;—yo soy demasiado pobre para una heredera, y también muy pobre, para casarme con una mujer sin dote. Pero, no importa, ¿verdad, tío? ¡Se puede mirar sin verse obligado á comprar! como dicen en el comercio.

El ingrato Nollard no quería alusiones al comercio, no obstante haberse enriquecido en él. Se adelantó y tomó el camino de la Roseraie, seguido de su sobrino.

## V

La Brève y su hija hablaban en el comedor, como dos amigos que han estado mucho tiempo sin verse. Evelina tenía mil preguntas que hacer, respecto de su familia, de sus relaciones y negocios; le gustaba enterarse de cuanto la concernía, á fin de no cometer, en el curso de su nuevo género de vida, esos errores que, á veces y sin razón, clasifican á una joven de necia, cuando solamente es ignorante ó aturdida.

Elmira interrumpió la conversación, anunciando:

—Los señores Nollard y Max Buxy.

Entraron, uno dándose mucha importancia, y lleno de curiosidad el otro. Aunque uno esté decidido á no casarse, nunca es del todo indiferente la presencia de una joven bella, de diez y ocho años.

Los visitantes se sentaron. Nollard no dejaba apenas que hablasen los demás, tenían bastante con escucharle: por eso, Max pudo consagrar al examen de su joven vecina, los ocios que le dejaba la conversación.

Le pareció encantadora. Sus cabellos castaños, ondeados naturalmente, formaban un ligero marco á los delicados rasgos de su cara: los ojos, muy parecidos á los de su padre, aunque de un azul menos puro, tenían una expresión de sencilla franqueza, que inspiraba confianza; su sonrisa era todo lo más expresiva y bonita que pudiera imaginarse. Pero cierta reserva, rayana en frialdad, echaba un á modo de velo sobre

toda aquella gracia y parecía incompatible con la soltura de su aspecto.

—Vengan Vds. á ver mi bola,—dijo Nollard, al cabo de un cuarto de hora, y tenía verdaderamente cierto mérito, por no haber hablado de ella antes, pues su visita no tenía otro objeto.—Creo que es la mayor que existe en Francia; he mandado romper el molde para que no se fabriquen otras iguales, al menos de que lo rehagan...

—¿Una bola?—preguntó, cortésmente, La Brève.

—Sí, una bola de vidrio estañado; en ella se ve pasar los trenes; es muy interesante, se lo aseguro. Puede que á la señorita le guste...

Eva miraba á su padre, sin saber si debía tomar la proposición en serio.

—Es verdaderamente enorme—afirmó Max—y en cuanto á los trenes, se los ve pasar, señorita, es cierto.

Buxy guardaba una sangre fría pasmosa; la joven se incomodaba por no poder averiguar si se burlaba ó no.

—¡Vamos, pues!—exclamó buenamente La Brève, que no quería disgustar á nadie, aunque su vecino le inspirase muy poca simpatía.

Se pusieron en marcha; Eva había cogido al paso un sombrero de campo, que daba sombra á su rostro y la favorecía mucho; Max la miraba á hurtadillas, como se mira una flor rara ó una obra de arte, en un salón en que no se tiene gran confianza. Tenía ganas de hablarla, y no sabía cómo iniciar la conversación. En el momento en que se disponían á atravesar la carretera,

un familiar tirado por cuatro caballos apareció en un recodo, y estuvo á punto de atropellarlos.

—¡Qué despeñadero! —gruñó Nollard— ¡vaya un modo de guiar! ¡Me parece que ese individuo debía abandonar el pescante! ¡Pues no tiene pinta de cochero!

El cochero era un buen mozo, alto y rubio, que en efecto no tenía aspecto de auriga. Con una flor en el ojal, nariz impertinente, vestido con exquisita elegancia, desdeñaba desde su pescante, á los peatones. Un pequeño grito, lanzado detrás de él, por una de las mujeres que charlaban en el imperial le impulsó á dirigir una mirada á los «burgueses» que contemplaban su paso.

—¡Pero, para, hombre! —le gritó su hermana— ¡es Evelina de La Brève!

Detuvo sus caballos con la habilidad que hubiera honrado al mismo Hipólito.

—Mi hermano Huberto— dijo la señorita de Tréméguy, levantándose de su asiento.—El señor de La Brève, la señorita de La Brève...

Huberto se levantó, con un movimiento rápido, saludó, y volvió á sentarse, todo con la perfección de una obra maestra de mecánica, y sin soltar las riendas. Odette, de pie, en el carruaje, parecía muy á sus anchas.

—¿De manera, que vives aquí?—preguntó, mirando atentamente las vallas, encima de las cuales se alzaban, por un lado las adornadas almenas de la propiedad de Nollard, y por otro, el tejado respetable de la Roseraie.

—Aquí,—repuso Eva, señalando la casa antigua— ¿No quieres pasar? —añadió, no sin esfuerzo, pues la idea de admitir tan encopetada compañía en su modesto hogar, la producía un pequeño estremecimiento de humillación.

—¡Qué cosas tienes! —replicó Odette— ¡con el coche, los caballos... y lo demás!

Lo demás eran dos mujeres jóvenes, tres ó cuatro caballeros y una pareja de edad avanzada, instalada cómodamente en el vehículo.

—Mi hermano y yo volveremos á verte. No creía que viviásemos tan cerca, nuestra casa no dista quince kilómetros de ésta. ¡Hasta pronto!

Agitó su enguantada mano, saludando á la última moda; Hubert se quitó el sombrero y se lo volvió á poner, con una precisión que evocaba en su presencia un mecanismo de relojería, y luego fustigó á sus caballos, que partieron al trote largo.

—¡Qué prudentes son! —dijo Eva siguiéndolos con la vista— ¡Y qué bien educados!

—¿Esos jóvenes? —preguntó La Brève— más bien me parecen algo locos.

—Hablo de los caballos—repuso Evelina, algo seria.

Max la miraba atentamente, tenía muchas ganas de reír, encantado por aquella apreciación en la que creía ver una ironía; pero el rostro de la joven era indescifrable; y Buxy se limitó á abrir la verja de barrotes dorados, que daba entrada á la casa de su tío.

—Miren Vds., ahí está—advirtió Nollard, deteniéndose ante su nueva adquisición.

La Brève y su hija permanecieron mudos, con menos admiración que indiferencia ¡ay! Tan imprevisto efecto, excedía las esperanzas del propietario, que añadió:

—¿Verdad que es enorme?

—Enorme—repitió friamente La Brève.

—Y mire Vd., se ve el tren dentro... ve Vd... Quiero decir, la línea férrea, con sus postes telegráficos... muy pequeños... ¿no los ve Vd.?

—¡Ya lo creo!—dijo gravemente Eva— Es lástima que no sea todavía mayor... los postes aparecen muy chiquitos; no se podrá reconocer á las personas que vayan en las ventanillas de los trenes.

Buxy lanzó una mirada de agradecimiento á la joven, que, á simple vista, se había hecho cargo de la situación.

—Es verdad, que no se podrá reconocer... pero no importa. Lo esencial es el movimiento, ¿comprende usted, señorita? ¡La locomotora, con sus grandes ruedas, eso es lo bonito!

—En efecto—respondió Eva,—tiene V. razón.

En su severo rostro apareció el resplandor de loca alegría, reprimida instantáneamente; Max experimentó tal placer, que tenía ganas de brincar. ¡Ah! ¡qué bien comprendía á Nollard aquella niña! ¡Y al primer golpe de vista! Eso era prueba de una inteligencia muy despierta.

—¡Oh! señor—dijo de repente el padre de Evelina.—ha cortado. V. su matorral. ¡Qué lástima!

El rostro del propietario se nubló. ¿Le atormentarían todo el día con aquel desgraciado vallado?

—¡Bah!—repuso.—¡Son árboles viejos! Aquí faltaba aire. ¡Ahora, está mucho mejor; á lo menos, se ve el paisaje!

La Brève no dijo nada. Eva miraba á su alrededor; el vallado le importaba muy poco; pero las soberbias canastillas de geranios que rodeaban á otras plantas ornamentales, le parecían muy bien cuidadas. La de Vigeran, su madrina, no las tenía tan hermosas.

—¿Aquí, ha encontrado V. jardineros, capaces de cultivar tan bien un jardín?—preguntó.

—¿Aquí? No, señorita—repuso Nollard, dándose tono.—He mandado venir un jardinero de París; él ha arreglado todo esto, y me ha proporcionado un ayudante á quien enseñó... Me ha costado un ojo de la cara; pero ha dado buenos resultados.

—¡Muy buenos!

Evelina admiraba, convencida. Mientras el señor de La Brève entablaba con Nollard una conversación de vecindad, Buxy se acercó á la joven, decidido á obligarla á hablar.

—La Roseraie es cien veces más bonita—dijo,—con sus viejos árboles, sus antiguos rosales, y la clemátide. ¡Ah! señorita, ¡la clemátide!

—Está muy abandonada—repuso la joven;—pero, con el tiempo, espero poner todo en orden.

—¡Si viera Vd. lo fastidioso que es el orden, cuando no hay más que eso!

—¿Que eso? ¡Pues estas flores son magníficas!

Evelina había clavado en Buxy dos ojos llenos de sincera extrañeza. Max continuó:

—¿No encuentra Vd. que las flores viejas, tienen

no sé qué de más amable, más íntimo? ¿que las casas antiguas poseen más encanto que las nuevas? que en las seculares paredes, existen recuerdos, sombras, del tiempo pasado... ¡Estoy seguro de que La Roseraie contaría muchas cosas, si pudiera hablar! ¿No le gustaría á V. oirlas?

Max no bromeaba ya; la joven le escuchaba sin comprenderlo.

—La Roseraie es una tierra de familia — contestó Evelina—y esto le da, á nuestros ojos, cierto interés, pero la casa es vieja y fea; había que efectuar tantas reparaciones..

—¿Que sería mejor destruirla?—replicó Max, con disimulada ironía.—¿Acaso preferiría Vd. un castillo como éste? Está bien distribuido: el vestíbulo en el centro, salón, comedor, sala de billar, tocadores en todos los cuartos, agua por todas partes... ¡no falta más que el gas!

—Sería, seguramente, mucho más cómodo—repuso Evelina. Con su gran perspicacia, comprendió la indirecta, por muy disimulada que fuese, y todo su sistema nervioso se rebeló ante el pinchazo.—En todo, me gusta lo elegante, lo cómodo..

—Y lo moderno—terminó Max.

Permanecieron los dos, frente á frente, llenos de secreta cólera uno contra otro.

—¡Pedante!—pensaba la joven.

—¡Pécora!—decía Max, para su capote.

El resultado fué que se detestaban, así, á primera vista. Si es verdad que existen irresistibles simpatías, no lo es menos que también se encuentra antipatías

irremediables. De común acuerdo, si puede emplearse este término en una ocasión en que el acuerdo no existía ni por asomo, declararon interiormente, que no podrían aguantarse nunca.

La entrevista no se prolongó apenas. Con los imprescindibles cumplimientos, Nollard y su sobrino acompañaron á los de La Brève hasta los confines de su propiedad, y luego, cada uno penetró en su respectiva casa.

—¿Qué te ha parecido la vecinita, sobrino?—preguntó Nollard, al sentarse á la mesa.

—Es ideal, tío. ¡Y además, me parece que tiene los mismos gustos que Vd.!

—¿Crees eso?—preguntó el propietario, que, en su estupefacción, permaneció con el tenedor en el aire.

—¡Estoy convencido! ¡Evelina admira este castillo, sus geranios, las plantas, en fin todas estas cosas!

—Pero no le ha entusiasmado la bola...

—¡Ya le entusiasmará, no lo dude! ¡Hay que conceder algo á la primera impresión! qué diablo!; ¡Pero le ha seducido todo lo demás, lo garantizo!

—Eso demuestra que tiene buen gusto —repuso el imperturbable Nollard.

Continuó comiendo; pero, durante el resto del día, pareció, varias veces, distraído y preocupado.

## VI

Antes de que terminase aquella semana, Odette y su hermano se presentaron en la Roseraie, esta vez no se trasladaron en el familiar, sino en un pequeño tilburí, conducido por un magnífico caballo, con arneses de cuero amarillo y guarniciones de plata. Al ruido de las ruedas, Elmira se precipitó á coger las bridas; pero Huberto la detuvo con una seña.

—No lo toque Vd., buena mujer; llame al cochero. Elmira abrió dos ojos como dos platos.

—¡Llamaré á José! —exclamó después de afectar una especie de cálculo mental. Cuando ella no tenía suficiente fuerza para sujetar á un caballo, acudía siempre á José. — ¡Eh! ¡José! ven á cuidar del caballo de este señor!

José llegó, muy despacito, pues se había lastimado trabajando descalzo en la tierra. Su traje dejaba todavía mucho que desear, á pesar del cuidado que tuvo Evelina de proporcionarle un chaleco de cuadra, para las grandes ocasiones, porque, debido al excesivo calor, dicha prenda se hallaba colgada de un clavo, en el depósito de naranjas. Y José se presentó con una camisa de algodón que debió de haber sido á cuadros rojos y azules, sin corbata y sin nada á la cabeza; y se colocó ante el hocico del caballo, que relinchó. Sus palafreneros no lo tenían acostumbrado á tan poco lujo.

—¡Muy bien!—dijo Huberto al animal.—Anuncie—continuó diciendo, á Elvira—al señor y á la señorita de Trémégny.

La buena mujer se apresuró á abrir la puerta del vasto y fresco comedor, en donde se hallaban el señor de La Brève y su hija.

—¿Cómo? ¿Eres tú, Odette?—exclamó Evelina, acercándose á su antigua compañera.

—Te dije que vendríamos .. No te apures—añadió, al ver la mirada ansiosa de su amiga, que buscaba tras de ella.—Estamos solos; mamá no puede cumplir visitas, como sabes.

Después de estos preliminares indispensables, se entabló conversación por todo lo alto. La señora de Trémégny, condenada á una butaca por el resto de su vida, se veía obligada á conceder gran libertad á su hija; la dejaba, que recorriese el país, en compañía de su hermano, cuando éste se encontraba allí. Su casa, llena siempre de gente, en aquella época del año, estaba montada con gran boato; Odette hacía su aprendizaje de gran señora.

—Y no puedes imaginarte lo que gasto —decía riendo.—Mamá chilla, cuando le presento las cuentas. Pero si quiere que aprenda á saber llevar una casa, tiene que concederme cierta generosidad. ¿Y tú, cómo te entretienes? ¿qué haces?

—¿Yo? ¡Nada! Vivo en la Roseraie —respondió Evelina con triste sonrisa. Se había apoderado de ella, súbitamente, una gran melancolía, envolviéndola con un manto húmedo y pesado.

—¡Pero esto es precioso!—Fíjate Huberto; qué

30277



magníficas butacas Luis XVI... ¿Dónde se encuentran muebles como estos? ¿En Angers? ¿En Nantes?

—Nunca han salido de esta habitación, señorita— repuso el señor de La Brève.—Han sido contruídos expresamente para ella.

—¡Qué suerte tienen Vds.—interrumpió Huberto.—En nuestra casa no queda nada del mobiliario antiguo; ha habido que renovarlo todo, hace cuatro ó cinco años. ¡No teníamos ni una silla en que se pudiera sentar uno! ¡Nuestros antepasados debían de ser cuidadosos!

—Creo que más bien sería culpa de las criadas— replicó el padre de Evelina.—La tradición de la familia ha sido siempre, conservar los antiguos criados, el mayor tiempo posible.

—En mi casa, se cambia todos los meses—dijo fríamente Huberto;—pero este sistema parece que no da buenos resultados.

—¡No tengo yo la culpa!—exclamó Odette.—¡Cuando yo he llegado al poder, ya había esa costumbre! Se rieron y hablaron de otra cosa.

Evelina mandó servir refrescos, que Elmira colocó sobre la mesa, después de engalanarse, para el caso, con un inmenso delantal blanco, que dañaba á la vista. Todo era excelente, y la dueña de la casa fué muy elogiada.

—No soy yo—expuso Eva, un tanto confusa.—Elmira se cuida de todo.

—¿No habría medio de recibir lecciones?—preguntó Odette.—Mamá daría cualquier cosa por poder tomar semejantes refrescos. ¡Dichosa tú que tienes una

mujer capaz de ayudarte! ¡Pero yo tengo que aprender sola y me atasco, me aturullo! Por mí, me daría lo mismo; nunca me fijo en lo que como; mamá se alimenta sólo de huevos pasados por agua. ¡Pero mi tío y mi tía, que están en nuestra casa, ponen mala cara, cuando la comida no es excelente! Y eso sucede á menudo. ¡Todo cuanto se sirve en mi casa tiene un aspecto soberbio; pero en el momento en que se prueba, parece detestable! Evelina ponme un poco más de esa mantequilla tan deliciosa, en esta exquisita galleta... Yo no sabré, quizás, lo que es malo; pero conozco muy bien lo bueno.

Huberto no hablaba apenas: al abandonar las riendas de su caballo, había perdido un poco de su tirantez de juguete bien armado; pero la superioridad de su persona, no autorizaba conversaciones muy animadas; tal vez no estuviera su inteligencia á altura suficiente para sostenerlas. La Brève intentó, varias veces arrastrarlo en una corriente cualquiera de ideas; mas tuvo que renunciar á ello, para escuchar la charla de Odette, que era tan divertida como insustancial.

Al cabo de una hora se levantaron los jóvenes.

—Caballero, quedamos en que nos llevará Vd. á Evelina, ¿no es eso? Y la dejará Vd. una temporadita en mi casa...

—Iremos á visitarles con mucho gusto, señorita,— repuso La Brève.—Tendré un verdadero placer en presentar á mi hija á su señora madre. Pero dejarla allí... es ya otra cosa... Piense V. en la situación de un padre que hasta ahora ha estado privado de su hija, y que por primera vez tiene la satisfacción de poseerla...

—¡Es que se quedará V. también con ella!—replicó Odette poniéndose colorada hasta las orejas.

Había adquirido tan bien la costumbre de considerar al padre de Evelina como un cero á la izquierda, que no se dió la menor cuenta de haber cometido una inconveniencia.

—Muchas gracias, señorita, les visitaremos á Vds. muy pronto; entre tanto, sírvase presentar mis respetos á la señora de Trémégny.

Se dieron apretones de manos; padre é hija salieron para acompañar á sus huéspedes. Al ver á José, que había entablado amistad con el caballo, á pesar de su poco sugestivo traje, Eva sintió toda la falta de dignidad de su manera de vivir. Aquel caballo, con arneses de plata, cara á cara con su mal pergeñado sirviente, daba un ejemplo demasiado llamativo de la desigualdad de posición entre su familia y la de su antigua amiga. ¿Podría sostenerse cualquier amistad, en tales condiciones?

Cuando los jóvenes hermanos hubieron desaparecido á su vista, La Brève, rodeó cariñosamente, con su brazo, el cuello de su hija, y la condujo al jardín, diciéndole:

—¿Tienes gran interés en aceptar la invitación de esa amable niña?

Eva sintió algo oprimido su corazón, aunque muy poco, y respondió con voz ligeramente alterada:

—Naturalmente, papá. Las relaciones con que cuenta Vd. en los alrededores, no son muy numerosas, según creo; Vd. mismo me ha dicho que, desde la muerte de mamá, había descuidado las visitas á sus

vecinos... Me parece que en casa de Odette se ve á mucha gente...

—¿Te gusta ver gente?—preguntó el padre con melancólica sonrisa.—Es natural... Es propio de tu edad... y en casa de tu madrina te habías acostumbrado.

—No es precisamente por la gente—contestó Eva,—sino por la necesidad de...

La joven titubeó; no era fácil para ella completar su pensamiento; pero el padre lo había adivinado.

—Piensas que aquí no encontrarías con quien casarte... Tienes razón.

Permaneció un instante silencioso: y, notando, de pronto, que tal vez pesaría su brazo en el cuello de la niña, lo retiró.

—Papá—dijo ésta, algo ofendida por lo que consideraba, injustamente, como un reproche tácito,—¿le gustaría á Vd. que me quedase soltera?

La Brève se detuvo y la miró. No, en realidad, no podía admitir que su hija hubiese nacido para permanecer soltera, al verla resplandeciente de juventud y hermosura. ¿Pero, debía casarla en seguida, sin haber saboreado la alegría de conocerla siquiera? ¿Qué sabía él de su hija única, á no ser que era fina y bella?

—Deseo que te cases—repuso con un ligero suspiro,—y que tengas también la dicha de ser madre, á tu vez; pero será un poco difícil, querida, pues sin dote...

Evelina bajó la cabeza y se mordió los labios;

cuando se tiene diez y ocho años, se es extremadamente hermosa, muy inteligente y de buena familia ¿no es demasiado cruel oír semejante cosa? Pero era muy práctica, al mismo tiempo que inteligente, y sabía que su padre estaba en lo cierto. Sin embargo, á su edad se espera siempre lo inverosímil; ¿por qué no había de tropezar con un hombre amable y rico? Y si debía encontrarlo, sería seguramente en Trémégny, toda vez que allí acudían muchas gentes.

—Pues bien, padre—dijo con sonrisa ficticia, y palideciendo ligeramente,—si quiere Vd. casarme sin dote, tengo que dejarme ver... por consiguiente hay que llevarme á casa de Odette.

—No me opongo; pero hay un obstáculo: no tenemos coche ni caballo; ¿cómo nos arreglaremos?

Eva tuvo ganas de patear; pero esas cosas no deben hacerse; hay que quedarse con la intención. Después de detenerse lo suficiente para asegurar su voz, dijo:

—Alquilaremos un coche. ¿Es posible que no se encuentre un tilburi en este país?...

—La cosa más posible del mundo, hija mía. El único coche de alquiler es una carreta indigna, tirada por un mal penco que cojea.

—¡En ese caso, si no se puede alquilar, pida usted uno prestado, papá!—exclamó Evelina con tan seductora sonrisa, que su padre no pudo menos de entusiasmarse. Si continuaba sonriendo de aquel modo, sería capaz de volver loco á cualquiera.

—Trataré de hacerlo; pero te prevengo, que no será muy fácil.

La abrazó para compensar lo aflictivo de sus palabras y penetró en la casa, mientras ella aparentaba recoger flores, cuando, en realidad, deseaba estar sola, para reflexionar.

Hacia un calor excesivo; instintivamente, buscando el fresco, Eva se dirigió hacia la alameda de tilos que conducía á la carretera, y caminó despacio por ella.

¡Sí! La vida era, en verdad, difícil; lo había leído en algunos libros, lo había oído decir á personas respetables, pero nunca lo había creído, y ahora estaba á punto de saberlo. ¿Cómo, sacar todo de la nada? ¿Todo lo que es envidiable y halagüeño? ¡El lujo, en una palabra!

Muchos otros, antes que ella, se han propuesto este problema y, aunque mucho más hábiles, no han podido resolverlo, á lo menos, honradamente. Había pues materia suficiente para ocupar las meditaciones de la joven por esa razón, caminaba mirando al suelo, empujando con el pie algunas hojas muertas, cuando un ruido extraño, producido detrás de ella, la impulsó á volverse.

Un gran perro danés, de color gris plomizo, corría dando saltos; al encontrar la mirada de Evelina se detuvo, algo inquieto. La niña, por su parte, tenía miedo del enorme animal; los ojos del perro y los de La Brève, se interrogaron un instante; luego, muy lentamente, el can, se acercó á ella, sumiso, y, bajando la cabeza hasta sus pies, parecía implorar su gracia.

—¿No eres malo?—dijo Eva, tendiendo la mano.—  
¿No eres malo?

El lamió rápidamente las yemas de los dedos extendidos y empezó á brincar locamente en torno de ella.

—¿De dónde vienes? ¿De quién eres? ¿Cómo te llamas?—decía Evelina, entretenida; ven, que mire tu collar...

Pero el perro jugaba con la niña, en vez de dejarse coger; por fin se acercó, mirándola siempre á los ojos, é instaló en la delicada mano, su pesado y frío hocico. Cuando ella se inclinaba para leer la inscripción del collar, Max entró en la alameda, casi corriendo.

—¡Lord! ¡Lord! ¡ven aquí!—exclamó, apretando el paso, al ver á Evelina.—Señorita, le pido á Vd. mil perdones; ¿no le ha asustado este animal?

—¡Es manso como un cordero!—respondió Eva, acariciando con su mano el ancho cuello del perro.

—¡Vamos, menos mal! Yo temía., porque es tan grande como un tigre; pero supongo que será menos malo.

Evelina sonrió, un poco altiva; Lord, bajo su mano, parecía un pobre corderillo.

—Ha llegado esta mañana—continuó Max.—Mi tío ha pedido el mayor danés del mundo; y creo que no le han engañado.

—¡Lo mismo que con la bola!—observó Evelina.

Luego se arrepintió de haberlo dicho, pero ya era tarde; una delicada y maliciosa sonrisa apareció en el rostro de Buxy.

—Eso es, señorita. Pero me llama mi tío, ¿lo oye usted?

La voz de Nollard lanzaba gritos entrecortados, que podían interpretarse de distintos modos.

—¡Me parece, caballero, que no es á Vd. á quien llama!—repuso la joven, con muchas ganas de reír, y un deseo loco de mostrarse impertinente con aquel joven y desagradable vecino. Max aplicó el oído para distinguir los sonidos, que llegaban ya algo más claros.

—¡El demonio del animal!—gritaba Nollard.

—Tiene Vd. razón, señorita—dijo Max inclinándose gravemente,—no es á mí. Vamos, ven chuchó, vamos á encontrar á tu amo, á tu buen amo...

Lord no se hallaba dispuesto á obedecer; seguía mirando á los ojos de Evelina, diciéndole muy claramente: «¡Guárdeme Vd.!» Max le cogió por el collar, y el perro ladró, enseñándole sus formidables colmillos.

—Si le mordiera—pensaba Evelina,—le estaría muy bien empleado.

La fisonomía del joven, tomó de pronto una expresión resuelta.

—¡Ea, Lord, nada de tonterías!—dijo, sin enfadarse, pero con tono firme; vamos á casa, amigo.

El gesto era tan seguro, y tan positivo el acento, que el perro no trató de resistir. Con una mirada de pena, siguió á Buxy, el cual se alejó después de saludar respetuosamente á su vecina.

Evelina se vió contrariada, sin saber por qué, y se volvió lentamente á su casa.

## VII

El señor de La Brève tomó el partido más costoso, sí que también el más digno: mandó venir de Angers un cochecito inglés, que conservó dos días; ese modo de proceder le permitió, no sólo ir á Trémégny para cumplir la visita prometida, sino también efectuar otras varias en el vecindario.

Odette se hallaba sola en su heredad, con su madre, que padecía jaqueca; la víspera se había marchado una porción de visitantes, y esperaban otros que debían llegar al día siguiente. En esos días de calma y de limpieza, toda visita es intempestiva; por esa razón, no recibió Eva una acogida todo lo entusiasta que esperaba. Rechazó una invitación á comer, ofrecida sin insistencia, y todo se redujo á devolver una cortesía.

La joven verificó las demás visitas en tal espíritu de desinterés y tal sacrificio, que las despojaba de todo atractivo.

Cuando el señor de La Brève y su hija regresaban á su casa, distinguieron á Nollard, que se hallaba en el umbral de su propiedad, en compañía de su perro, el cual permanecía con la cabeza gacha y triste mirada.

—Buenas tardes, vecino—gritó el hombre de la bola.—¿Ha vuelto Vd. á montar su carruaje?

—No, lo he alquilado, simplemente—dijo La Brève,

ve, con un deseo manifiesto de no prolongar la conversación.

—¿Para que pasee su encantadora hija? ¡Caramba! ¿Cómo no he caído antes? ¡Hace falta ganas de molestarse con un alquiler, teniendo yo ahí tres caballos y dos coches que no me sirven para nada! Los pongo á su disposición.

Eva le dió las gracias con una inclinación de cabeza, acompañada de una sonrisa. ¡Aunque le encontraba ridículo y mal educado, tres coches y dos caballos puestos á su disposición ya era algo!

La Brève murmuró cortésmente frases de agradecimiento, y entró en la avenida.

El perro les siguió con los ojos, melancólicamente. Aun estaba Eva en la escalinata, cuando el galope fantástico de Lord, hizo volar una nube de hojas secas, entre las cuales llegó como un torbellino.

—¿Me quieres, por lo visto?—le dijo Eva, acariciándolo.—¡Pero, vétel! ¡si no te van á regañar!

Lord no se preocupaba la menor cosa; había entrado una gran piedra y se empeñaba en ofrecérsela, como homenaje, á la joven.

—No quiero que te peguen—continuó Eva.—Ven, yo te llevaré, y luego, cerraré la valla.

Al llegar al final de la avenida, pudo cerciorarse Eva de que el vallado, que, una vez cerrado impedía el acceso de los demás animales, era insuficiente para el perro; apenas lo hubo ella cerrado, el can tomó carrera, y saltando por encima de la valla, se encontró junto á la joven, visiblemente satisfecho de su acción.

—¿Dónde se ha ido este maldito animal?—gritaba Nollard, llamando á todos sus criados.

Evelina abrió por segunda vez y empujó suavemente á Lord, hacia la carretera, cuando apareció su propietario con el rostro congestionado por la cólera y los gritos. Al ver á la señorita de La Brève, se calmó instantáneamente.

—¿Estaba con Vd., señorita? No podía encontrarse en mejores manos. Me parece que le ha tomado á Vd. cariño. ¡Tiene muchísima razón! No es difícil á un perro, poder discernir la gracia y la belleza.

Evelina hubiera dejado de ser mujer, si hubiese podido resistir la maliciosa coquetería que le invadía interiormente.

—Su perro es muy bueno, caballero—dijo Eva, —pero si quiere hacer de él un compañero, deberá tenerlo atado...

—¿Para que no pueda volverla á ver? No me atrevería á infligirle tal privación—repuso Nollard dándose importancia.—Que se quede, en compañía de Vd., ya que le gusta!... Así tendré ocasión de venirle á buscar de vez en cuando.

Con un saludo y una pirueta, que él creía muy distinguida, regresó el hombre á sus dominios.

Lord permanecía indeciso, entre el temor á los latigazos y su inclinación hacia Evelina; la joven sacó su pañuelo agitándolo para que se alejara el can; y éste, humilde y resignado, siguió á su amo.

Max había oído la conversación; Nollard se lo encontró á diez pasos.

—¿Escuchabas, tras de la puerta, sobrino?—le preguntó.

—Tras de la reja, en todo caso, señor tío. Habla Vd. lo suficiente alto, sea dicho sin reproche, para ser oído sin que le escuchén.

—Esa joven es muy amable, y además muy bien educada... ¿No dices nada? ¡Apostaría á que no te gusta!

Buxy titubeó un momento.

—Sea—dijo,—admitamos que no me gusta. Es cosa de poca importancia.

Su tío le miró de reojo, hizo ademán de querer hablar, pero se contuvo. Al cabo de un rato de silencio, exclamó:

—Ya ves lo que pasa. ¡Tienes envidia!

—¿Yo?—repuso Max, estupefacto.

—¡Sí, tú! ¡Hazte el tonto! Tienes envidia porque esa encantadora niña, me hace á mí más caso que á ti. Eso prueba que ella tiene gusto y buen criterio; pero á ti te molesta...

—¡Bah! Bueno, tío, con tal de que se divierta Vd. con eso, es lo principal. Por otra parte, como debo marcharme á París la semana que viene...

—¡No me habías hablado de eso! ¿Te vas por despecho?

—Si supone Vd. eso, tío, va á obligarme á que me quede.

—¡Oh! quédate. ¿Quién te dice que te vayas? ¡Pero, hazme el favor de portarte convenientemente!

El joven tenía ganas de contestar; mas juzgó que la cosa no merecía la pena; y dejando que Nollard se

cuidara de sus ocupaciones de propietario, se internó, con bastante mal humor, en el parque.

¿Por qué permanecía con aquel hombre desagradable, fastidioso, mal educado, cuando le hubiera sido tan fácil regresar á París; ó realizar una excursión por las orillas del mar? ¿Por qué aceptaba esa situación, dependiente, de pariente casi pobre recibido en casa de un tío muy rico?

Pues, precisamente, porque tenía la libertad para marcharse; nada hace tener tanta paciencia como el saber que puede uno huir del mal. Y además, en el fondo de la buena alma de Buxy, se ocultaba otra cosa; se compadecía de aquel ser desequilibrado, á quien la fortuna sólo obsequió con alegrías materiales, y que, ahora, no teniendo nada que hacer, se aburría á rabiar, cuando no se hallaba acompañado.

El desgraciado Nollard no era malo; hasta era capaz de hacer bien, por capricho; pero, habiéndose burlado toda su vida de los filántropos que se despojan de todo para socorrer á los ingratos, era bienhechor, después de mirar para sí mismo; pero la verdadera caridad debe ser sazónada, como un buen fruto, que, cogido verde, causa más mal que bien.

Max se tranquilizó respecto de su marcha. Puesto que podía irse de la noche á la mañana, y ya que los quince francos diarios que su fortuna personal le aseguraba le autorizaban á firmar su independencia, se quedaría para complacer á su tío.

Y si la idea de la herencia posible y probable no era del todo ajena á su longanimidad, pudo asegurarse

descendiendo hasta el fondo de su alma, que no era aquella lo que le guiaba.

Es verdad que Nollard no tenía más herederos que él, y el joven, desde su infancia, había aprendido á considerarle como el Crespo que le enriquecería algún día; pero este día podía estar muy lejano: Max sabía, por las leyes de estadística, que un tío de cincuenta y siete años puede sobrevivir á un sobrino de treinta, y, como muchacho formal que era, no había descartado nunca ese porvenir incierto.

Por otra parte, su naturaleza se oponía á todo cálculo interesado; se había aficionado demasiado al estudio para poder tener otra ambición que no fuera la de crearse un nombre en la ciencia. La preparación de un gran trabajo histórico había absorbido cuatro años de su vida, y ahora estaba en disposición de emprenderlo; pero antes de sumirse en él por mucho tiempo, retrocedía un poco, deseoso de descansar aún unas cuantas semanas... el invierno se le haría largo, en las altas salas de las bibliotecas, á la caída de la tarde, con la débil claridad de su lámpara, durante las veladas de laborioso encarnizamiento; ¡y es tan delicioso el mes de octubre, en aquellas riberas del Loire! Esperaría á octubre, á fines de octubre, ¿quién sabe? Tal vez el veranillo de San Martín.

Max hubiera debido estar completamente tranquilo, después de arreglar así sus planes; y sin embargo, en el fondo de su ser murmuraba cierto descontento. Luego de haber arrojado varias veces el importuno pensamiento, lo cogió con ambas manos para luchar con él.

¡Decididamente, sí! Había hecho mal en hablar á su tío de la señorita de La Brève, en la forma que había hablado.

No hay duda que ella tenía algo de desagradable, casi de hostil; pero él no la conocía; Evelina debía de tener ciertas cualidades; con aquellos ojos, aquel rostro, y un padre como el que poseía ¡porque el señor de La Brève era encantador! no podía menos de tener algún mérito; ¿por qué había zaherido Max la vanidad de Nollard?

¿Por qué, sabiendo que era fatuo como Adonis, (con el cual no tenía más analogía que esa) había inspirado al buen hombre la idea de que era agradable á aquella niña, joven y, en medio de todo, encantadora?

¡El conocía la buena suerte ideal de su tío! Nadie se hallaba más pronto que su tío para escamotear cualquier mirada que pasase por él y atribuirse su honor; según Nollard, todas las mujeres se volvían locas por él, y, naturalmente, en verano, Buxy era su confidente; durante sus largas ausencias Max se creía, con cierto fundamento, reemplazado por el ayuda de cámara. Sabía las pruebas de reconocimiento que el desgraciado Nollard llevaba á los pies de sus Dulcineas, tan ingenuamente extrañadas, á veces, como lo fué la dama de los pensamientos de don Quijote al recibir sus homenajes.

Pero nadie puede abrir los ojos á un hombre que se cree irresistible, y Nollard seguía figurándose ser el blanco de todos los fuegos.

Esta era la razón que, sin desengañarle, le había obligado á vivir casi solo; padres, hermanos y mari-

dos, poco amigos de tan ridículas manifestaciones, huían de él con las mujeres de su parentela, cada uno según su temperamento, unos, sin afectación, otros más abiertamente.

—¡Tienen celos!—decía Nollard, á quien esa idea consolaba de todo.

Y he aquí que por malicia, ó por indiferencia, Max había atraído la atención de su estúpido pariente hacia Evelina. Eso era una broma, pero de un gusto deplorabile.

Pensando en la cara delicada y fina del señor de La Brève, Buxy se avergonzaba de sí mismo; y, para concluir su meditación, decidió quedarse... por remordimiento, ó acaso por curiosidad.



## VIII

Llegó el otoño, con sus intensas lluvias, las hojas de los árboles caían, un velo de niebla ocultaba las pequeñas colinas del Loire; Evelina se aburría. La numerosa chiquillería de José y de los suyos, acudía á la escuela, y entonces se percató la joven de que aquellas caritas despejadas, aquellas enmarañadas pelucas y los piecécitos desnudos, que siempre corrían y brincaban, habían dado gran animación al patio, al jardín y hasta á la cocina.

Unicamente Lord permaneció fiel. Llegaba en todo tiempo, á veces mojado, enlodado siempre; tenía un modo propio de abrir las puertas, apoyando su hocico en el picaporte, sistema que regocijaba á todo el mundo, excepto á Elmira, porque ensuciaba los azulejos que resplandecían de limpieza.

El perro tuvo buena acogida, á pesar de sus travessuras; tenía la docilidad de los animales inocentes, no obstante su pelo á veces erizado, y sus colmillos de marfil. Entraba, dirigía una mirada amistosa al señor de La Brève, sonreía á Evelina, replegando sus negros labios sobre sus brillantes dientes, jugueteaba con ella un momento, luego, se extendía perezosamente á sus pies y así permanecía horas muertas, con un ojo cerrado, en prueba de sueño, y el otro abierto en señal de vigilancia.

A medida que los días pasaban, Nollard iba más á

menudo en busca de su perro; se sentaba cerca de Evelina, y le dirigía todas las flores de su repertorio.

Ella las recibía, sonriente, como cosa debida; pero La Brève estaba serio y frío; pues algo indefinible que existía en los modales del gañán, puso alerta la sensibilidad de percepción del anciano; sin juzgarle peligroso, le creía atrevido, y sintió la necesidad de custodiar bien á su tesoro.

Algunas veces, si bien raramente, Max acompañaba á su tío; su entrada era saludada siempre con una sonrisa de La Brève; estos dos hombres tenían siempre algo que decirse, y su conversación, animándose pronto, dejaba á Nollard embarrancarse como un hipopótamo en el pantano de su dialéctica cumplimentera.

Un día que se reproducía una de estas escenas, apareció Huberto de Témégny. Presentado á los vecinos, los saludó secamente, volviéndoles en seguida la espalda; y Buxy, al notarlo, se caló los lentes para examinar con atención al intruso.

—Mi hermana me ha encargado—dijo Huberto,—que entregase á Vd. esta tarjeta, señorita; hubiera venido conmigo; pero la carretera está realmente... imposible.

Huberto pareció quedarse satisfecho por haber encontrado esa palabra, que le costó bastante trabajo. Evelina leyó la tarjeta de su amiga, y se la alargó á su padre.

—Odette es muy amable—repuso la joven,—y le suplico á Vd. que dé las gracias en mi nombre, á su señora madre; pero el tiempo no es á propósito para

grandes excursiones, en esta estación... si no tiene Vd. inconveniente, papá, diremos á la señora de Trémégny, que tenga la bondad de dispensarnos, por esta vez.

—Ya me lo figuraba—dijo Huberto,—y se lo he dicho á Odette: aun á caballo, puede, en caso de necesidad, emprenderse la caminata, y, sin embargo, se pone uno perdido...—Dió una ojeada á sus botas, cuidadosamente embetunadas, por Elmira, cuando entró. —Pero no se apuren por eso; les enviaremos nuestra carretela.

—Es Vd. demasiado complaciente—dijo La Brève; —pero creo que será mucho mejor esperar á la primavera.

—¡La primavera!—exclamó Huberto, con cierta especie de animación.—¿Todo el invierno sin ver á Vds.? ¡Odette se moriría de fastidio!

Evelina pensó que Odette no había demostrado tanta pena por su ausencia, en dos meses que transcurrieron desde su primera visita; no le perdonaba el no haber tratado de volverla á ver, y se prometió hacerse de rogar antes de aceptar cualquier invitación. Después de asegurarse, con una mirada, de que su padre era del mismo parecer, reiteró su negativa, muy cortésmente, pero también con mucha firmeza.

Huberto dejó ver su gesto de contrariedad, más acentuado de lo que se le hubiera creído capaz.

—¡No me atrevo á volver á casa!—objetó él.— ¡Buen recibimiento me harían!

Buxy se había levantado, hacía ya un momento; viendo que Nollard, con las manos en sus rodillas, no

quitaba ojo al recién venido, le empujó suavemente, y, encontrando la misma resistencia que en un roble, le pellizcó no muy fuerte, en un brazo. El tío dió un salto.

—¡Ea, tío!—dijo Max, en voz muy baja.—¡Vámonos!

Nollard, de mal humor, se levantó y se despidió. Apenas hubieron salido, dijo, enfadado, á su sobrino:

—¿Por qué me has hecho salir? Hubiera querido saber lo que ese mequetrefe les contaba.

—Pues precisamente, eso es lo que debemos ignorar, tío.

Nollard dió algunos pasos, en silencio.

—Mira, el perro se ha quedado allí, ¿quieres que volvamos á buscarlo?

—¡Deje Vd. en paz al pobre animal! Con Vd. se aburre, demasiado lo sabe. Ha encontrado su felicidad, no se la quite.

—¿Crees que á ese hombre de palo le gusta la chiquilla?

—¿La de La Brève? ¡Yo qué sé! ¿Y, además, qué puede importarnos á nosotros?

—¡Toma! ¡á ti, nada absolutamente! ¡Pero á mí!

—¿A Vd.? eso es otra cosa.

Nollard había abierto la verja de su propiedad, dejando á Max el cuidado de cerrarla, y caminaba cabizbajo, muy preocupado.

—Esa invitación—continuó, cuando Max le hubo alcanzado,—es rara, no me parece muy natural... Me parece que ha venido á cortejar á la muchacha.

—¿Y aunque así fuera?

—¡Pues eso es lo que yo no quiero! ¿No has comprendido nada? ¡No eres muy malicioso, sobrino! ¡Mírame bien! ¿Me ves, no es verdad?

—Sí, le veo, tío—replicó muy serio Buxy.

—Pues bien, aquí, donde me ves, pienso casarme con Evelina. ¡Sí! ¡Y todavía me preguntas lo que puede inquietarme la intervención de ese hombre autómata!

Max no se extrañó gran cosa; ya había tenido, más de una vez, la intuición fugitiva de aquella idea magistral en la mollera de Nollard.

—Bueno, ¿qué opinas tú?

—Yo, querido tío, digo, como en aquella comedia: sólo consiste en Vd. el casarse, si ella quiere.

—¿Si ella quiere? ¡Yo te digo que quiere!

El pensamiento de que su tío podía tener razón, atravesó el cerebro de Buxy como un cuchillo bien afilado. Si Evelina quería esa cosa monstruosa, tal vez por esa razón la hubo tomado antipatía, con su perspicacia.

Peró en seguida la vió inocente, maliciosa, juguetona y coqueta, entreteniéndose con su tío como se entretenía con el perro, y comprendió que aquello era imposible, que ella no aceptaría.

Al mismo tiempo, Max le pedía, mentalmente, perdón, por haberla creído capaz de semejante disparate. Por más que uno odie á una joven, no hay razón para atribuirle tan malos sentimientos.

—¿Sabes lo que voy á hacer?—dijo Nollard, que continuaba su razonamiento.—Mañana mismo, la pido en matrimonio. ¡Aprovechemos, ahora que la cosa va bien! ¡Pero qué cara pones, sobrino!

—¿Yo?—repuso Max.

—¿Sí, pones mala cara, porque te ves desheredado de repente?

—Tío, no diga Vd. eso, ni en broma—dijo el joven, enfadado.—Nunca le he dado derecho para creermelo interesado...

—Tienes razón, tienes razón. ¡Pero, en fin, interesado ó no, hete ya desheredado! ¡Pues bien! No. Sobrino, has sido para mí un buen muchacho, un amigo, y te legaré tu parte, puedes estar tranquilo. Ya arreglaremos eso con Evelina, pues estoy seguro de que tampoco ella es interesada.

—¡Por amor de Dios, tío, no hablemos de eso! Mire, para no molestarle en sus proyectos de matrimonio, y como no necesita Vd. ya confidente, me marcho hoy mismo; hay un tren á las cuatro y diecisiete. Precisamente es el que me conviene. Tengo tiempo para arreglar el baúl...

—¡Poco á poco!—exclamó Nollard, agarrándole por un brazo;—todavía te necesito. ¡Diablo! yo no puedo ir, en persona, á decir al padre: «Soy fulano, tengo tanto y cuanto de fortuna, ¿quiere Vd. concederme su hija?». Me hace falta un embajador, y ese embajador serás tú.

—¡Muchas gracias!—repuso Max, desasiéndose de la mano que le sujetaba.—No tengo yo representación bastante. Busque otro director del protocolo. ¿Yo, detallando sus cualidades, sus méritos y sus títulos de renta? ¡Parecería un imbécil, y, salvo respeto, usted otro!

—¿Pues quién, entonces?—gimió Nollard, acomodo-

dándose en una butaca, porque, durante el diálogo, habían llegado ya al fumador.

—Esas cosas debe hacerlas uno mismo, ó un notario; pero yo le recomiendo que no interponga un tercero en los asuntos del corazón; si se tratase de compras ó ventas, ya sería otra cosa.

—¿Quieres que haga la petición yo mismo?

—¡Naturalmente! De ese modo si su proposición agrada, lo sabrá Vd. en seguida, y si no agrada, nadie más que Vd. conocerá el secreto de su contrariedad.

—Tiene razón, este muchacho—pensó Nollard.

Se quedó intranquilo un momento, luego se sosegó.

—Agradará—dijo, introduciendo, con aire triunfal, sus pulgares en las sisas del chaleco.

## IX

Al siguiente día, á las diez de la mañana, se presentó Nollard en la Roseaie.

Densa niebla cubría el valle, y, por la parte de Angers, el sol aparecía, á intervalos, entre el vapor, semejante á una de estas obleas blancas que, abandonadas en un cajón, se han vuelto amarillentas.

Pero el propietario de los Housseaux, no era de los que ceden á la influencia de las circunstancias exteriores; entró con la cabeza levantada, el pecho saliente como cuadra á un hombre rico que va á solicitar la mano de una señorita sin fortuna.

Evelina se hallaba en pie, junto á la ventana, contemplando la bruma, que empañaba las camelias, aun en capullos, que estaban instaladas en una canastilla próxima.

La niña pensaba tristemente: «Noviembre, diciembre, enero, febrero... En marzo habrá violetas y camelias en el jardín, José me lo ha prometido; en abril habrá primaveras y narcisos... ¡Lo mismo me da! En Nantes se divierte todo el mundo, mis amigas asisten á los bailes, mi antipática madrina tendrá recepciones en su casa, en Vigeran, yo debía dirigir el cotillón. ¡Qué necesidad tenía, esa solterona, de casarse! El matrimonio se ha hecho para los jóvenes...»

Al llegar á ese punto del monólogo mudo, penetró Nollard.

—¡La encuentro á Vd. sola, señorita—dijo con voz

dándose en una butaca, porque, durante el diálogo, habían llegado ya al fumador.

—Esas cosas debe hacerlas uno mismo, ó un notario; pero yo le recomiendo que no interponga un tercero en los asuntos del corazón; si se tratase de compras ó ventas, ya sería otra cosa.

—¿Quieres que haga la petición yo mismo?

—¡Naturalmente! De ese modo si su proposición agrada, lo sabrá Vd. en seguida, y si no agrada, nadie más que Vd. conocerá el secreto de su contrariedad.

—Tiene razón, este muchacho—pensó Nollard.

Se quedó intranquilo un momento, luego se sosegó.

—Agradará—dijo, introduciendo, con aire triunfal, sus pulgares en las sisas del chaleco.

## IX

Al siguiente día, á las diez de la mañana, se presentó Nollard en la Roseaie.

Densa niebla cubría el valle, y, por la parte de Angers, el sol aparecía, á intervalos, entre el vapor, semejante á una de estas obleas blancas que, abandonadas en un cajón, se han vuelto amarillentas.

Pero el propietario de los Housseaux, no era de los que ceden á la influencia de las circunstancias exteriores; entró con la cabeza levantada, el pecho saliente como cuadra á un hombre rico que va á solicitar la mano de una señorita sin fortuna.

Evelina se hallaba en pie, junto á la ventana, contemplando la bruma, que empañaba las camelias, aun en capullos, que estaban instaladas en una canastilla próxima.

La niña pensaba tristemente: «Noviembre, diciembre, enero, febrero... En marzo habrá violetas y camelias en el jardín, José me lo ha prometido; en abril habrá primaveras y narcisos... ¡Lo mismo me da! En Nantes se divierte todo el mundo, mis amigas asisten á los bailes, mi antipática madrina tendrá recepciones en su casa, en Vigeran, yo debía dirigir el cotillón. ¡Qué necesidad tenía, esa solterona, de casarse! El matrimonio se ha hecho para los jóvenes...»

Al llegar á ese punto del monólogo mudo, penetró Nollard.

—¡La encuentro á Vd. sola, señorita—dijo con voz

demasiado segura, para no ser un poco forzada,—tanto mejor! Temía encontrar aquí á su señor padre; pero me han dicho que se encuentra en las viñas... ¡Que me ahorquen, si comprendo lo que puede hacer allí, en esta época!...

Muy extrañada por tal entrada en materia, Evelina le miraba; Nollard, que, en realidad, tenía un miedo terrible, le presentó una silla, á fin de poderse sentar él mismo; había aprendido ese ademán en su tienda, en los pasados tiempos en que servía á su clientela. La joven se sentó maquinalmente.

—Le diré á Vd. de que se trata, señorita—continuó el pretendiente, sumamente embarazado con sus manos, de las cuales una estaba ya de más, pues no sabía dónde meterla.—¿Ha visto Vd. mi propiedad... es bonita, verdad?

—¡Ya lo creo!—dijo inconscientemente Evelina.

—Todas las comodidades modernas, agua por todos los sitios... He mandado instalar una eoliana, eso cuesta un ojo de la cara; pero, en un castillo, en el campo, sienta muy bien, indica riqueza, pues todo el mundo sabe que cuesta caro...

Notando que se embrollaba, Nollard tomó aliento. Evelina continuaba mirándolo, sin sospechar la sorpresa que aquél le preparaba.

—¿En fin, es bonito mi castillo?—exclamó.

Evelina contestó con la cabeza, y su vecino continuó:

—¿Y mi perro, es hermoso?

—Es delicioso, señor, ¿por qué no lo ha traído usted?

—No quería testigos, de nuestra conversación—replicó el enamorado, con una de sus más delicadas sonrisas.—Ya que le agrada el castillo, y que le gusta el perro, ¿por qué, no había Vd. de amar al propietario?

Evelina se levantó, como si su silla fuera de resorte; Nollard se sobresaltó hasta el punto de encontrarse de pie.

—¡Señor!—replicó Evelina con el rostro encendido, y los ojos irritados.

—En legítimo matrimonio, señorita—añadió, inclinándose, el candidato.

En aquel momento, entró el señor de La Brève; al ver á su hija en estado de cólera en que nunca había tenido ocasión de encontrarla, subió la sangre á sus mejillas; se precipitó entre ella y su huésped, preguntando:

—¿Qué ocurre?

El propietario de los Housseaux había podido admitir, en el fondo de sus pensamientos, la idea de que fuera rechazada su proposición; pero su cerebro no podía concebir que ésta fuese considerada como una ofensa. Y, en la ingenuidad de una buena alma desconocida, que se justifica ante sus injustos detractores, dijo al señor de La Brève:

—No sé por qué ha podido enfadarse esta señorita; acabo de proponerle que se case conmigo...

El padre comprendió todo al mismo tiempo: deseo de no enfadarse con su vecino, así como también de dejar en buen lugar el amor propio de su hija, dijo con fría ternura:

—La proposición, en sí misma, es muy honrosa, señor; pero quizás hubiera sido mejor, habérmelo indicado primero á mí.

—Ya lo pensé—repuso el vecino;—pero las jóvenes no dicen á sus padres todo lo que piensan, y la amabilidad que me ha manifestado hasta ahora Evelina, me autorizaba...

—¡Márchese Vd.!—gritó Evelina, fuera de sí.

—¡Cómo! ¿Ahora lo toma Vd. así?—dijo Nollard, herido repentinamente en todas las fibras de su quisquillosa vanidad—Después de todas las monadas que me ha dirigido...

—¿Yo?—gritó Evelina, antes que pudiera interponerse su padre—Monadas! ¡No eran para Vd.! ¡Todo lo que yo haya hecho, ha sido para su perro!

—¡Remilgada!—gritó furioso el galán.

El señor de La Brève lo cogió por un brazo, con mano suave, pero extremadamente segura, y Nollard comprendió que si aquellos delicados dedos apretaban un poquito, le producirían un soberbio cardenal. Por otra parte, vencido visiblemente, lo mejor era batirse en retirada.

Evelina le cortó el paso dirigiéndose hacia la puerta; apenas hubo desaparecido ella, Nollard se volvió al dueño de la casa, que le conducía suavemente en la misma dirección, y le dijo, deteniéndose:

—¡En fin, caballero, nunca se ha visto cosa parecida! ¡Soy rico, soy un hombre honrado, no comprendo, ni comprenderé nunca por qué me ha tratado su hija de ese modo! Debe de tener cualquier cosa metida en su imaginación...

La Brève volvió á coger la manga que había abandonado un instante, y replicó, guiándole poco á poco á través del inmenso cuarto:

—Lo peor es que, como acaba Vd. de decir, no lo comprenderá nunca. Un hombre de su edad...

—¡Eh! ¡No soy más viejo que Vd.!—observó Nollard, resentido.

—Vd. mismo confiesa que puede ser padre de la que quiere convertir en esposa; esa sola razón bastaba para impedirle exponerse á la descortés extrañeza de una joven inexperta, que se encuentra, por primera vez en su vida, en situación tan delicada... Debía usted haberse dirigido á mí.

Nollard lo sabía, y su mal humor aumentaba.

—Bueno—dijo, ya en el umbral de la puerta, —su pongamos que he procedido torpemente; estoy enfadado, pero dejemos las cosas conforme estaban. Hágase cuenta de que no he dicho nada; ya que se necesita fingir, puedo hacerlo yo, lo mismo que otro cualquiera: le pido la mano de su hija, vecino, ¿quiere Vd. concedérmela?

—Mi hija es libre para elegir—dijo el padre—y ahora mismo, ha contestado que no.

—Porque se hallaba de mal humor; vienen mal dadas. ¿Quiere Vd. decirla, de mi parte...

Evelina apareció en la puerta de la cocina, completamente colorada, con los ojos llenos de lágrimas de rabia. Elmira la seguía, con mirada enfurecida, y el pincho del asador en la mano, dispuesta á ensartar al intruso si trataba de agredir.

—¡No! ¡no! ¡no!—exclamó la joven,—¡no le querría, aunque Vd. fuese emperador!

Y se precipitó, seguida de Elmira, en la escalera que conducía á su cuarto.

—Ya lo ha oído Vd.—dijo La Brève—lo siento... Vd. lo pase bien...

Un grito débil, apagado, y un ligero ruido, se oyó encima de sus cabezas.

—¡Señor!—gritó Elmira.

Dejando á Nollard aturcido, el padre subió las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡Al demonio!—exclamó el enamorado. ¡Vaya unos pedantes! Siendo pobres, como son, debían considerarse muy dichosos...

El resto de su frase se perdió entre la niebla, cada vez más densa. Cuando llegaba á la mitad de la alameda, fué empujado por José, que no lo había visto y que corría á más no poder.

—¡Eh! ¡hombre, es Vd. tan insolente como sus amos!—dijo rudamente el propietario.

—Dispense Vd., señor,—repuso cortésmente el padre de familia.—Voy á buscar al médico á Montjeon.

—¿Pues qué sucede?

—La señorita, que ha dado un traspiés al subir á su cuarto y se ha dado un golpe muy fuerte.

José desapareció entre la bruma.

—¡Bien empleado!—dijo filosóficamente el que pensó hacer de Evelina su mitad para la vida y para la eternidad ¡bien empleado! no tenía necesidad de encolerizarse. ¡Castigo de Dios!

## X

En el momento en que llegaba á la valla de la Roseraie, Nollard se encontró frente á frente con el perro que iba á visitar á su amiga.

—¡Ven aquí tú!—gritó brutalmente.

Lord, á quien no gustaban tales modos, se escapó.

—¡Quieres venir! ¡No volverás á ir con esa remilgada, se acabó vuestra amistad! ¡Ea, ven! ¡Yo soy tu amo!

Como el perro no parecía convencerse, Nollard le cogió de una oreja, y sin temor de tirarle fuerte, se lo llevó consigo. Para abrir la puerta necesitó las dos manos, de lo cual aprovechó el perro para soltarse y huir de él como una flecha.

—¡Ahora te cogeré, espera!—gruñó el amo, que necesitaba descargar su cólera.

En el vestíbulo, cogió un látigo que se hallaba colgado de una percha y volvió hacia el prado, en donde suponía encontrar á su víctima expiatoria; en efecto, Lord, algo espantado, y medio sumiso por la rudeza con que acababa de ser tratado, merodeaba alrededor de la casa, deseoso de penetrar en sitio abrigado.

Al ver el látigo, comenzó á dar saltos prodigiosos, echándose á uno y otro lado, pero volviendo siempre hacia su amo, al cual tenía ganas de morder. Al mismo tiempo exhalaba descompuestos ladridos, presagio de furor. Al ruido, apareció Max.



—¿Qué viene á ser,—dijo—esa danza de combate que estáis ejecutando los dos?

—¡Sí, puedes reírtel! Veremos quien se rfe más... tengo que castigar á ese maldito animal...

Dió al aire un enorme latigazo, que alcanzó la punta del rabo del danés.

—¡Guau!—repuso éste, enseñando sus colmillos inquieto.

—Tío,—objetó Max—creo que sería más prudente no irritarle; esos animales son temibles...

—¿Quieres, acaso, obligarme á que le pida perdón?

Otro nuevo latigazo chasqueó en el aire, sin más consecuencias que una cabriola más pronunciada del can. Nollard entonces, perdiendo toda calma, empezó á perseguir al animal, atropellando el desnudo matorral sin estropearlo; de repente se oyó un estrépito de vidrios rotos. Lord, asustado, saltó por cima de la cabeza de su amo y desapareció entre la niebla, y el propietario permaneció impasible ante los innumerables restos de su gran bola que relucían en la arena, alrededor del pedestal derribado.

—¡Ah! ¡mi bola!—exclamó Nollard, con un dolor tan hondo que enterneció á su sobrino.

—Consuélese, tío—dijo Buxy—ya tendrá Vd. otra; todo es cuestión de dinero, y en ese punto creo que...

El tío daba vuelta con el pie á los fragmentos de cristal que habían ido muy lejos.

—¡Cuidado que era grandel—dijo consternado.—¡Fíjate qué cantidad de pedazos!

—No hay nada que produzca tantos trozos como el vidrio roto;—explicó el sobrino—pero las reflexiones

prácticas no eran apenas propias para interesarse por el autor de su propia miseria.—Debía Vd. mandar recoger eso—continuó Max.—Lord no tardará en volver, y podía herirse en una pata...

—¡Puede reventar, si quiere!—exclamó Nollard, volviendo la espalda á lo que había sido objeto de su alegría.—¡Que se vaya al diablo! Ya estoy harto de ese perro, sólo me ha proporcionado disgustos.

—¡Vamos tío, cálmese Vd.! Va á lograr que se le suba la sangre á la cabeza; y, para el páso que piensa Vd. dar, le es indispensable tener la sangre fría...

—¿Te burlas de mí?—exclamó el pretendiente desechado, volviéndose repentinamente hacia Buxy.—¿Quieres hacerme creer que no sabes nada?

En la expresión de los ojos de Max, comprendió que, en efecto, éste ignoraba lo que había sucedido. En dos palabras le puso al corriente, suplicando que no volviese á hablarle nunca de ello, si estimaba en algo su amistad.

Cinco minutos después, le explicaba todo, en el fumador, no olvidando el menor detalle.

—En fin,—dijo para acabar—ella me ha trastornado, ha puesto sus cinco sentidos para atontarme, y ahora, tiene el atrevimiento de decirme que todo era por el perro... ¡La remilgada!

—Tío,—repuso gravemente Buxy.—Esa joven no es perfecta, y no pienso exponer su panegírico; pero le aseguro á Vd. que es sincera.

—¿Cómo? Crees...

—¿Que era por el perro? Estoy convencido. ¡Haría Vd. mal en enfadarse con ella, es una niña!

Buxy expuso esa declaración, que podía también pasar por una excusa, con la superioridad del hombre de treinta años que conoce el mundo y el corazón de las ingenuas.

—¡Una niña, una niña!—murmuraba Nollard— si la hubieses visto! ¡Lo ha tomado tan á pecho! ¿Podrías decirme lo que había de ofensivo para ella, en mi proposición?

—Le digo á Vd. que es una niña verdad.

—No tanto. ¿Quieres saber la verdad? Pues que, seguramente está enamorada de ese muchacho de cabeza de madera, de ese muñeco de resorte que hemos visto...

—Si así fuese,—replicó Max con cierta firmeza,—no sería ya una niña, sino una necia... No, tío, no se defenga Vd. en una comparación que le ofende en demasía; esa joven, esa niña, no es capaz de haber elegido aún...

—¡Pues si no, me hubiera aceptado, diantrel tes evidente!—dedujo Nollard, sosegado.—¿Y qué voy á hacer yo aquí, después de esa algarada? Parecería un verdugo, porque, ¿no te he dicho?, en su furia, la torpe ha dado un mal paso, y parece ser que se ha dislocado un pie... ¡Si sus criados publican la aventura, me señalarán con el dedo, en este país! ¡Vámonos á Cannes ó á Monte-Carlo, á pasar un mes! ¡Te llevo conmigo! ¿Queda convenido?

—Siento no poder aceptar,—contestó Buxy,—mi trabajo me llama á París, hace tiempo; soy un gran holgazán, por haber tardado tanto, y es de todo punto necesario que regrese á mi casa.

Nollard no respondió, dejando ver su mal humor. El almuerzo no le tranquilizó; á cada momento, daba una ojeada á los restos de la bola á través de la puerta vidriera, y el pedestal derribado, renovaba toda su ira. A los postres, se levantó, arrojando la servilleta.

—Hector—dijo, con voz ronca, al ayuda de cámara—arregla mis baúles; nos vamos en el tren de las cuatro, y tú vienes conmigo.

El criado, acostumbrado á todos los caprichos de su amo, respondió: «Está bien, señor», y fué á comentar la noticia á la cocina.

—No quieres darme gusto,—dijo Nollard á su sobrino—¿pero no me negarás un favor? Aquí hay una porción de cosas que se debe poner en orden, hay varias cuentas por liquidar, arreglos que efectuar... Yo me voy. ¿Quieres quedarte tú un día ó dos para ocuparte de todo eso?

La misión de confianza no le era grata al joven; pero vió que no podía negarse, y contestó:

—Haré lo que V. quiera.

—Y ese antipático perro, Lord, ha costado quinientos francos; ¡eso es dinero! Te lo doy. Haz de él lo que se te antoje. Procura venderlo, ó llevártelo; pero yo no quiero volverlo á ver.

A las cuatro, la berlina de Nollard, con dos caballos enganchados, recorrió los cinco ó seis hectómetros que separaban la estación de la propiedad, y dejó ante la primera, al propietario de los Housseaux, al cual acompañó su sobrino, hasta la salida del tren.

Tres ó cuatro enormes mundos, amontonados en la carretilla de equipajes, causaban la admiración de dos

viajeros de tercera clase, que discurrían por el andén.

—Bueno, sobrino, hasta la vista. Has hecho mal en no querer venirte conmigo. Voy á aburrirme, estando solo, y la ociosidad es mala consejera.

Decía esto de un modo significativo; Max comprendió perfectamente la amenaza oculta, y se rebeló su orgullo.

—Querido tío—dijo—creo que sabe V., mejor que nadie, el placer que se experimenta disponiendo de lo que se tiene. Vd. posee muchas cosas y puede variar de distracciones, yo sólo cuento con mi tiempo y mi trabajo; permítame Vd. que los emplee en mis necesidades...

—¡Como gustes!—replicó bruscamente Nollard.

El tren se detenía delante de ellos, Nollard subió á él, después de estrechar, distraído, la mano de su sobrino, y éste se quedó solo.

La berlina le esperaba en la estación. Dió al cochero orden de retirarse, y él se marchó á pie, arrepentido de haber aceptado la tarea que le molestaba ahora.

Al acercarse á la Roseraie, encontró á José, que le saludó. No preguntar por Evelina, hubiera sido descortés.

—La señorita sigue bastante bien—dijo el honrado sirviente—pero, de todos modos, es una dislocación y tendrá que permanecer seis semanas en un sofá. ¡Pobre señorita! el doctor la ha causado mucho daño al arreglarle el pie; me han encargado que me quedase en la escalera por si hacía falta para algo; jella no ha gritado, pero ha lanzado dos ó tres gemidos, como un

niño que padece, y eso me ha puesto carne de gallina! ¡En seguida, me han llamado, he entrado y la he visto más blanca!...

Mientras Max escuchaba el final de ese relato, pasó por él un ligero estremecimiento, sin duda, lo que José llamaba carne de gallina. ¡Pobre Evelina! aquello le haría pasar un mal día, y las seis semanas siguientes, serían también desagradables...

La niebla se esparcía alrededor de los árboles, y á la caída de la tarde, parecía brotar de la tierra una brisa helada. El joven pensaba, con cierta especie de voluptuosidad, que dentro de dos ó tres días, á lo sumo, se hallaría en su pequeña habitación de soltero, cuya chimenea tiraba bien; y cuya lámpara alumbraba con luz igual y pura... ¡Pobre Evelina, condenada á pasar el invierno entre la niebla!...

Penetró en los Housseaux, convocó á la servidumbre, y comenzó, inmediatamente, el trabajo que se le había recomendado.

La casa estaba muy bien llevada; Nollard consentía en tirar el dinero por la ventana; pero no toleraba que se le robase la menor cantidad.

Las cuentas pagadas se hallaban en un cajón; en otro, las que se debía pagar; para clasificarlas sólo hacía falta un poco de cuidado, á causa de la facilidad con que las mismas cuentas tienen la desagradable costumbre de presentarse dos veces en las casas ricas en que puede sospecharse que se pagarán repetidas.

Max se retiró á acostarse, fatigado por aquel trabajo insípido, pero encantado de su soledad. Ahora es

cuando conocía lo mucho que le había pesado la compañía de Nollard.

—¿Qué he venido yo á hacer en esta galería?—se preguntaba, apagando la bujía.—¿No hubiera obrado mejor, yéndome á Bretaña, y volviendo en Octubre, para continuar mis trabajos? En fin, ya se acabó, el jueves estaré en París...

Y con tan risueña idea, se quedó dormido.

## XI

Al día siguiente, por la mañana, un rayo de color de fuego, que penetró á través de las persianas y cortinas, fué á reflejarse en un espejo situado frente á la cama. Max pestañeó, abrió los ojos, se los restregó... y vió que el sol le visitaba. ¿Es decir que había sol en aquella estación brumosa?

El joven se halló pronto en pie; abrió la ventana, empujó las persianas y recreó su vista con cuanto pudo abarcar.

El Loire, azul como un zafiro, corría entre sus riberas de verde pálido muy delicado. Los árboles, de un gris suave, dibujaban en el cielo puro, sus redes de encaje; el sol naciente teñía de rojo vivo las casas y los campanarios; el aire tenía algo de juventud, de alegría y de dulzura; además, exhalaba un rico aroma de violeta.

Un tímido gemido, atrajo al suelo la mirada de Max: bajo la ventana, Lord, sentado sobre su rabo, miraba, con el hocico dirigido al balcón; sin duda, los criados, viéndolo en desgracia, no quisieron cuidarse de él, y tuvo que dormir al raso. El joven se apiadó.

—Ahora bajo, pobre perro—le dijo.—No tienes tú la culpa de querer más que á tu amo, á una señorita que no es tu ama...

Un momento después, el perro saltaba al cuello, abrazándole con sus enormes patas, con gran detrimento de los vestidos de Buxy.

—¡Cuidado!—exclamó éste.—Ahora que me perteneces, vas á adquirir modales más convenientes; yo no podré conservarte, pues mi portera no lo permitiría; trataré de buscarte una sociedad agradable... Entre tanto ven á lavarte.

El can se sometió gustoso á esa operación necesaria; al fin y al cabo era el mejor animal del mundo. Después de haber comido con un apetito que revelaba la ausencia de la cena de la víspera, siguió á Max, en sus visitas á la cuadra, al corral, por todos los sitios en que Buxy tenía órdenes que dar. De repente desapareció.

—Habrá vuelto á la Roseraie—pensó Max;—que se quede allí, si lo quieren.

Un cuarto de hora más tarde, apareció José, conduciendo, atado á una cuerda, al animal visiblemente afligido.

Lord, con aire contrito, se oyó un sermón; pasaron dos horas tranquilas, durante las cuales, extendido sobre la alfombra, á los pies de su nuevo amo pareció tomar las cosas por el mejor lado; luego, después de comer, en el momento en que Max no se acordaba de él, desapareció por segunda vez.

Este eclipse fué seguido de una nueva visita de José, con la misma cuerda, y portador de un recado que explicó en estos términos:

—¡El señor me ha encargado que dijera á cualquiera de esta casa, que si no quieren Vds. que el perro se escape allí constantemente, convendría tal vez atarlo!

—Tiene muchísima razón, José—repuso Buxy,—y

puesto que tiene Vd. cuerda en mano, átelo á la argolla de su garita. No encontrará Vd. cadena; Lord ha sido comprado para permanecer en libertad; pero, de todos modos, no les molestará mucho, porque mañana me lo llevo á París.

—¡Ah! ¿tan lejos?—preguntó José, abriendo desmesuradamente sus ojos de color azul de porcelana.

—Sí; desde ayer tarde es mío el perro. ¿Y su señorita, sigue mejor?

—¡Oh! sí, señor; le duele mucho el pie, pero dice que ya se ha acostumbrado.

Y dicho esto, José, que había atado ya el can, regresó á la Rosarie. A eso de las tres, volvió á presentarse ante Dax, pero esta vez, solo.

—Señor—dijo,—ahora no he podido coger el perro...

—¿Cómo? ¿Ha vuelto?

—Ha roído la cuerda, haría falta una cadena de hierro; la puerta se hallaba abierta y Lord entró en el cuarto de la señorita, se ha echado á sus pies, y no hay medio de sacarlo de allí. Si quiere Vd. venir á buscarlo... El señor ha dicho que nadie lo toque, porque, tan pronto como se le acercan, parece que el animal quiere morder...

Buxy cogió el sombrero, y se fué con José.

El señor de La Brève esperaba en el comedor; al ver á Max, dibujó una semi-sonrisa, sin alargarle la mano, como hacía de costumbre.

—Siento haberle molestado, caballero—dijo;—pero, es urgente.

—¿Se porta mal Lord?—preguntó el joven con cierto matiz de alegría.

—¡Nada de eso! pero no puede quedarse aquí; su dueño..

—Su actual dueño, soy yo—repuso Max, anticipando algo de explicación necesaria.—Nollard se marchó ayer hacia el Mediodía, en donde piensa pasar el invierno; pero, ya lo debe Vd. de saber, pues, según él me ha dicho, se ha despedido de Vd. Hace tiempo que tenía proyectado ese viaje. Al irse, me ha regalado el perro, caído en disfavor, por haber roto la bola, la famosa bola que Vd. conoce.

—¡Ah!—exclamó La Brève, sorprendido de la manera tan natural con que parecía haberse arreglado los acontecimientos.

—Lord es brusco, pero no brutal, no quiero calumniarle; ha saltado tan bien, jugando, que el sacrificio se consumó... la bola cayó. Yo me voy mañana á París, y no tendré tiempo de lamentar el percance.

Todo esto fué expuesto tan rápidamente, y al mismo tiempo, con tal sinceridad, que el padre de Evelina se sorprendió y quedó encantado. Era probable que Max estuviera mejor enterado; pero se arreglaba muy bien para presentar las cosas. Pareció que entre aquellos dos hombres hubo cierto alivio, y se miraron sonriendo.

—¿No acompaña Vd. á su señor tío en su viaje?—preguntó La Brève prudentemente.

—Nollard es un pariente lejano—repuso Max, sin afectación;—le dejó que se vaya solo; invernar en el mediodía, es un placer de las gentes ricas y ociosas. Yo no soy ni lo uno ni lo otro... afortunadamente. Re-

greso á París, para trabajar, ya he holgado bastante aquí.

Sin averiguar exactamente, por qué experimentaba aquella satisfacción, La Brève se entusiasmó al saber que Buxy no era apenas pariente del vecino; y al ver que era hombre de mediana fortuna y amante del trabajo; y también le agradó el que no hubiese acompañado á Nollard...

—Cuando uno es laborioso—dijo,—y ha disfrutado un poco de pereza, se trabaja luego, con mayor gusto; ahora estará Vd. contento al recomenzar sus estudios; Lord no será, probablemente, un colaborador muy activo; pero...

—Ya no me acordaba de él—interrumpió Max:—¿cómo quiere Vd. que me lo lleve? Está en el primer piso, creo; ¿quiere obligarlo á bajar? y en seguida me lo llevaré sin esfuerzos.

—Antes de decidir nada, permítame que vaya á ver lo que el can opina.

La Brève subió, y volvió á bajar al cabo de un momento.

—Ese animal es verdaderamente amo de todos—observó, un poco azarado.—Cuando le llamo, responde con alaridos nerviosos, que me inquietan. Me parece, que tendrá que ir Vd. mismo, á buscarlo.

¿Por qué no pronunciaba Buxy las palabras que tenía en la punta de la lengua, desde que José le fué á llamar, aquellas palabras que allanarían la dificultad? Acaso manifestaría un secreto deseo de ver cómo recibiría Evelina al sobrino de su verdugo.

—A su disposición—dijo simplemente.

—Entonces, sírvase subir—repuso La Brève.

Subieron despacio la escalera, medio oscura, y no obstante, el joven experimentaba ligeros latidos en su corazón: llegados al salón, La Brève pasó delante de él.

—¡Cuidado con el peldaño fatal!—advirtió, manteniendo abierta la puerta.

Max penetró en la gran habitación, cuyas ventanas inundaban de luz; el contraste era tan grande que el joven quedó admirado.

El paisaje, soleado, parecía entrar á viva fuerza hasta el centro del resplandeciente suelo, cuyo brillo parecía romper apenas una alfombra abandonada por casualidad; los muebles antiguos relucían con sus dorados, los mármoles tallados, el lustre de sus maderas, cuidadas con mucho esmero; todo era alegre y luminoso en aquel cuarto, ó mejor dicho, en aquel salón, porque la cama, oculta tras un inmenso biombo, sólo era visible para ojos muy perspicaces.

Evelina, cubierta con un chal de lana blanca, acomodada en un sofá, parecía el punto de atracción de toda aquella claridad.

El entrar Max, Lord, extendido en una piel de cabra, á los pies de su amiga, golpeó tres ó cuatro veces el suelo, con el rabo, levantó la cabeza, y la volvió á bajar.

—Perdóneme que me introduzca así, señorita—dijo el joven con acento de buen humor.—¡Lord, ven, en seguida!

El rostro de Evelina, se iluminó; en realidad aquel muchacho era muy conveniente; ¡sabía conducirse, y

no era culpa suya el hacerse desagradable! El perro no parecía querer obedecer.

—¡Lord—repitió Buxy,—ven aquí!

El rabo del danés, azotó el suelo con golpes redoblados, semejantes á martillazos, pero el can no pestañeó.

Con suavidad, sí que también con firmeza, Max le cogió por el collar, para levantarlo; el perro consintió, hasta hallarse sentado sobre sus patas traseras, y, luego, arqueándose con fuerza, resistió los esfuerzos que, para llevárselo, hacía su amo, y dejó oír un ronco rumrum.

—¡Oh! señor—dijo, asustada, Evelina,—le va á morder!

Buxy soltó al animal, el cual se refugió contra el diván en que se hallaba la joven y colocó su cabeza entre los pliegues del chal blanco.

—Puede que no muerda, señorita; pero ladrará... yo quisiera ahorrarles esa escena desagradable para Vds... y ridícula, para mí.

—¿Y cómo conseguirlo?—preguntó la niña levantando sus finas cejas.

—El perro sólo obedece á Vd. ¿Quiere llamarlo Vd. misma?

Algo sorprendida, titubeó; luego, dijo, callandito: «¡Lord!» El can volvió en seguida la cabeza, y fué á instalar su hocico entre las rodillas cubiertas de lana blanca.

—Ve Vd. cómo está contento... Pues bien, señorita, no veo más que un medio de salir de apuros, á gusto de ese déspota... y es, enviarle á Vd. su

garita, que estará aquí dentro de cinco minutos.

—¿Caballero?— exclamó, inquieta, Evelina, temiendo una broma pesada.

—Ese animal no me quiere por amo; y sin embargo me pertenece; su padre se lo habrá dicho á Vd., supongo. ¡No me quiere á mí, pero sí á Vd., ya lo ve! Permítale que sea feliz á su antojo, conservándolo en su compañía.

—Pero, señor—dijo La Brève,—este perro...

—... Me molestaría mucho en París, obligándome á cambiar de domicilio; en el contrato de arrendamiento de mi casa, hay una cláusula que dice: no se admiten perros ni pájaros... como ven, es una casa tranquila. Por favor, señor de La Brève, tenga la bondad de libramme de un compañero tan embarazoso.

Padre é hija se miraban, sin saber qué decidir. El joven continuó:

—Además, ya ven que no soy más mañoso que ustedes para sacarlo de aquí... Comprendo su preferencia: esta casa es mucho más agradable para vivir que la de enfrente, más alegre, y también más amable. En resumen, señorita, no puedo llevarme á Lord; por consiguiente, es menester que se quede usted con él, porque no debemos exponernos á que nos devore á todos. Yo me marchó mañana, por la mañana... ¿Me permitirá Vd., caballero, que envíe á preguntar por la señorita, antes de mi partida?

—Estoy verdaderamente indeciso—respondió La Brève;—no por las palabras de Max, sino por sus propias ideas; es un caso dudoso, y no veo...

—Acepte Vd.—dijo alegremente Buxy,—yo soy

quien quedaré agradecido, se lo aseguro.

—Pero—observó La Brève,—¿y si, cuando regrese nuestro vecino se extraña de ver aquí el perro que le ha regalado?

Max dejó ver un gesto de indiferencia:

—Me lo ha dado; luego, soy dueño de hacer de él lo que me agrada, y lo que agrada también al pobre animal... ¡Adiós, señorita!

—No le he dado á Vd. las gracias—dijo Evelina, poniéndose colorada,—y sin embargo, estoy contentísima, sabiendo que Lord va á ser dichoso...

—Yo soy quien debo dárselas á Vd., señorita, ya se lo he dicho.

—¿Espero vendrá Vd. á verle el año que viene?—interrogó la joven con aquella gracia especial que imprimía á sus menores acciones.

—¿El año que viene?... ¡Ah! señorita ¿quién puede saber lo que efectuará en ese tiempo?... ¿Volveré alguna vez, aquí?... ¿Quién sabe? ¡Yo no!... Sin embargo, no por eso dejaré de acordarme de esa amable pregunta.

Estrechó la mano del señor La Brève, saludó á Evelina y se retiró.

Su huésped le acompañó hasta la puerta de la Roseraie, y, en el momento de separarse, le dijo:

—Ha sido Vd. muy bueno para mi hija. No puedo, apenas, manifestarle mi reconocimiento. Ese perro será para ella una distracción muy útil, durante la larga reclusión que le han impuesto.

—¡Me alegro muchísimo! Si pudiera contribuir Lord á su restablecimiento!



Se separaron, mucho más amigos de lo que ellos mismos creían.

—¡Ella es muy amable, indudablemente, y menos mala de lo que yo suponía!—pensaba Max, dentro del tren que le conducía á París. ¡Cuán difícil es conocer á las jóvenes!

La faz delicada de Evelina, con su chal de lana blanca, y el perro á sus pies, en medio de aquella grande y hermosa habitación soleada, visitó varias veces á Buxy, en sus sueños durante el invierno; y cada vez saludó con una sonrisa, á la fugitiva aparición, y pensó, en seguida, en otra cosa.

## XII

En Navidad, podía ya andar la señorita de La Brève, lo cual fué para ella una alegría, cuya intensidad no hubiera sospechado nunca.

Su padre, consagrado á ella, en absoluto, le ahorró, cuanto pudo, el pequeño aburrimiento de su encierro. Pronto agotaron los temas de su conversación; ella no conocía bastante á su padre, y éste temía cansarla, ó querer forzar su confianza por demasiadas preguntas.

Entonces La Brève propuso leer en voz alta, y su hija aceptó sin entusiasmo, más bien por no negarse que por la esperanza de divertirse. Las lecturas que había oído en el colegio, hechas ya por sus compañeras, ya por algunas profesoras presuntuosas que subrayaban no solamente las palabras, sino también las comas, no la habían dejado recuerdos muy gratos; pero cuando la voz moderada, armoniosa y bien timbrada de su padre se oyó por primera vez en el enorme cuarto, halló Evelina una especie de revelación.

El arte de leer bien, daba, por sí mismo, nuevo sentido á las palabras, sentido hasta entonces despreciado, mal comprendido, y aquel arte perfecto aplicado á obras de que la joven apenas conocía los títulos, la impresionó en seguida, como una cosa que es ante todo elegante y que hace agradable compañía.

—¡Papá!—exclamó Eva, así que su padre hubo dejado el libro sobre la mesa,—¡lee Vd. como un ángel! ¡Nunca me había hablado de esa habilidad! Me gusta-

Se separaron, mucho más amigos de lo que ellos mismos creían.

—¡Ella es muy amable, indudablemente, y menos mala de lo que yo suponía!—pensaba Max, dentro del tren que le conducía á París. ¡Cuán difícil es conocer á las jóvenes!

La faz delicada de Evelina, con su chal de lana blanca, y el perro á sus pies, en medio de aquella grande y hermosa habitación soleada, visitó varias veces á Buxy, en sus sueños durante el invierno; y cada vez saludó con una sonrisa, á la fugitiva aparición, y pensó, en seguida, en otra cosa.

## XII

En Navidad, podía ya andar la señorita de La Brève, lo cual fué para ella una alegría, cuya intensidad no hubiera sospechado nunca.

Su padre, consagrado á ella, en absoluto, le ahorró, cuanto pudo, el pequeño aburrimiento de su encierro. Pronto agotaron los temas de su conversación; ella no conocía bastante á su padre, y éste temía cansarla, ó querer forzar su confianza por demasiadas preguntas.

Entonces La Brève propuso leer en voz alta, y su hija aceptó sin entusiasmo, más bien por no negarse que por la esperanza de divertirse. Las lecturas que había oído en el colegio, hechas ya por sus compañeras, ya por algunas profesoras presuntuosas que subrayaban no solamente las palabras, sino también las comas, no la habían dejado recuerdos muy gratos; pero cuando la voz moderada, armoniosa y bien timbrada de su padre se oyó por primera vez en el enorme cuarto, halló Evelina una especie de revelación.

El arte de leer bien, daba, por sí mismo, nuevo sentido á las palabras, sentido hasta entonces despreciado, mal comprendido, y aquel arte perfecto aplicado á obras de que la joven apenas conocía los títulos, la impresionó en seguida, como una cosa que es ante todo elegante y que hace agradable compañía.

—¡Papá!—exclamó Eva, así que su padre hubo dejado el libro sobre la mesa,—¡lee Vd. como un ángel! ¡Nunca me había hablado de esa habilidad! Me gusta-

ría leer tan bien como Vd.; no me serviría para gran cosa; pero sin embargo, siempre es agradable.

—A leer puede aprender uno solo prestando un poco de atención y de buen gusto; pero para leer completamente bien, se necesita haber vivido, padecido... No obstante, hay ciertas reglas; si quieres, podremos ejercitarnos juntos, á condición de que no trates de imitar mi entonación, pues una niña, no debe ser un lorito.

No sólo aprendió Evelina, durante aquel invierno, á leer, sino que también estudió la vida, en sí misma, en las conversaciones que tenía con su padre, sobre todos los asuntos.

—¿Cómo he podido llegar á poseer tantas ideas?—le dijo un día al señor de La Brève.—Antes, creo que no tenía ninguna, á excepción de las cosas de todos los días.

La primera vez que, apoyada en su padre, pudo dar algunos pasos por el jardín, seguida del gran dahnés, que se había vuelto muy pacífico y sociable desde que habitaba en la Roseraie, la joven se consideró muy feliz.

Cuando volvía á su casa, terminado el paseo, apareció el cartero, abrigado hasta las orejas, y entregó á Evelina una carta con un ancho escudo. Evelina la abrió, allí mismo.

—¡Se casa Odette!—exclamó alegremente.—Por eso no la he vuelto á ver! Nos invita á una velada para el día 6 de enero, en que se verificará su petición oficial. Dice que habrá baile toda la noche... y que nos darán habitación. ¡Oh! ¿padre, iremos, verdad?

Estaba tan linda, tan viva, con sus ojos brillantes en su carita, algo pálida por su largo encierro, pero en aquel momento muy encarnada, por su alegría, que su padre le contestó en seguida, que sí ¡Pobre niña! Bien había ganado aquella satisfacción, por su paciencia, de la cual se había asombrado Elmira más de una vez, comunicándoselo á José, que era su confidente.

Las Navidades y el día primero de año, desaparecieron en una nube de preparativos. La Brève, decidido á satisfacer completamente á su hija, encargó, para ella, un vestido magnífico, al mismo tiempo que alquiló una buena carretela para que los condujese á Trémengny.

Cuando Elmira vistió, para probarlo, á su joven ama, el precioso traje de tul blanco, con muchas cintas de raso, retrocedió, llena de admiración.

—¡Qué hermosa está nuestra señorita!—dijo, en voz baja, como si rezase.—¡Y pensar que la he tenido en mis brazos, muy chiquitita, cuando apenas contaba dos horas!

—¿Te acuerdas?—preguntó Evelina, tuteándola, sin fijarse, como la tuteaba en su infancia.—¿Era yo muy mala, en aquel tiempo?

—¡Un angelito de Dios!... Siempre ha sido Vd. una preciosidad.

La buena mujer, se puso muy colorada al oír que la tuteaba Evelina.

La necesidad de tener que tratar de Vd. á su antigua nena, constituía una de las mayores penas de su vida. ¿Volvería, acaso, su ama, á ser tan amable como en tiempos pasados, cuando su nodriza era su me-

¡jor amiga? En efecto, fué para Evelina mucho mejor y más cariñosa que su madre, pues ésta era muy indiferente y caprichosa.

Elmira no se atrevía á decir nada; pero sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento. Para no descubrirse, se inclinó sobre su vieja falda, fingiendo arreglar un pliegue.

—¡Pues mi traje de novia será mucho más bonito! ¡Ya verás!—continuaba la joven.

La ternura de la vieja, durante los días que Evelina permaneció en su sofá, la había ganado, sin que la niña lo notase.

—¿Y cuándo se casará Vd., señorita?—preguntó, asombrada, la sirvienta.

—¡Cuando encuentre marido!—repuso Evelina, haciendo piruetas. Luego dió una vuelta de vals en el encerado y reluciente suelo.

—¡Va Vd. á hacerse daño—exclamó Elmira,—tenga cuidado con su pie, ángel mío!

—Es verdad—dijo Evelina, deteniéndose.—Además, para una señorita casadera, me parece que no soy muy formal... Bueno, desabróchame el vestido.

Permaneció inmóvil, bajo las manos un poco bruscas y torpes de la buena nodriza.

—¡Pero tú tienes que venir á Trémégny!—dijo, de repente.—¿Quién me vestirá? Me falta una doncella.

La cosa quedó decidida. Elmira aceptó con una mezcla de vanidad y consternación cómicas, pues tenía cierto miedo de todo ese gran mundo, según declaró más tarde á José, su confidente ordinario.

El día indicado, á las nueve de la noche (pues en

el campo empiezan temprano las fiestas), Evelina, radiante, entró en el gran salón del castillo de Trémégny, y aquella entrada fué un triunfo. La misma Odette, con un traje rosa, arreglado en París, se eclipsaba ante la fresca belleza de su amiga; pero tenía otra cosa en la cabeza, y además, no lo notó.

Su novio, buen muchacho, muy correcto, y completamente nulo, en el fondo, aunque con buen barniz de inteligencia, elogió á la encantadora amiga, y comenzó el baile.

Después de pagar el obligatorio tributo de su situación de hijo y amo, Huberto, huyó de sus deberes y fué á reunirse con Evelina.

—¡Qué hermosa está Vd.!—le dijo, con acento tan convencido, que Eva no sabía si reirse ó si considerarse como adulada.—No hay aquí una mujer que pueda... ¿Un vals, me hace Vd. el favor?

Después de consultar su  *carnet* , Evelina le concedió un vals.

La señora de Trémégny había tomado todas las precauciones imaginables para complacer á sus invitados; jeso la produciría seguramente una serie de jaquecas; pero cuando se casa á una hija, hay que resignarse á pagar con su personal. El señor de La Brève, por su parte, conocía á todo el mundo, en un radio de cincuenta kilómetros; su hija pudo cerciorarse del aprecio que le tenían, pues su padre le presentó un ejército de bailarines insaciables.

La joven se divertía como una niña, cuando Huberto se acercó á reclamar el vals prometido.

—¡Supongo que la cortejarán á Vd.!—le decía

mientras bailaban.—Es Vd. la reina del baile... Eso es indudable. Pero no debe extrañarle; á mí, á lo menos, no me choca. Sin embargo, no olvidará que yo soy el primero.

—¿El primero?—preguntó inocentemente Evelina.

—El primero que ha galanteado á Vd.

—¡Ah! ¿Vd. me ha galanteado? —le dijo ella, burlándose.—No lo había reparado.

—¡Caramba! ¡En esta época ya no se postra uno de rodillas! Eso era bueno para los tiempos de Luis-Felipe. Un día de estos iré á visitar á Vd.

—Cuando guste—respondió Evelina, mientras él la dejaba en su sitio; la joven lo encontraba estúpido, y se preguntaba si se habría vuelto así repentinamente, ó si lo era ya antes y ella no lo había notado. Pero, á partir de aquel momento, ya no tuvo tiempo de pensar en nada, más que en no armarse un lío con su *carnet* de baile.

Cuando dos días más tarde, se despertó Evelina en su pequeña cama, instalada detrás del biombo azul pálido, se preguntó si había soñado; una ojeada al *carnet* depositado en una mesa la convenció de la realidad de las cuarenta y ocho últimas horas.

Apoyándose sobre un codo, trató de recordar cuanto había sucedido: el baile, una soberbia cena, en la que Huberto, colocado casi en frente de ella, no la había quitado ojo, luego un cotillón, durante el cual la había sacado á bailar varias veces...

—¿Estará enamorado de mí?—se preguntaba detenidamente la joven, que ya lo había pensado antes, con cierta vaguedad.

La segunda pregunta, complemento de la primera, fué:

—¿Le querría yo, para marido?

Frunció sus finas cejas, para reflexionar mejor, y repitió, lentamente:

—¿Quería yo á Huberto de Trémégny para esposo mío?

Las cejas se volvieron á extender, la boca se entreabrió para sonreír, Eva dió un pequeño codazo á su almohada, y respondió, para sí mismo: «¿Por qué no?»

Decididamente, Huberto era necio; pero era muy fino y elegante, ostentaba hermoso apellido, era rico, sin duda: los jóvenes pobres no arrastran cuatro caballos por las grandes carreteras, y toda la posesión de Trémégny respiraba riqueza... ¿Por qué no?

—¡No sería un hijo como hubiera deseado La Brève!—se decía la joven, riéndose sola.—No veo, lo que pudieran decirse. ¿Se han dicho algo alguna vez? Lo dudó. Pero á pesar de todo, puede ser un buen marido... De todos modos, sería una buena boda, una buena boda—repitió movida por cierto escrúpulo que la honraba.

—¿No duerme Vd., querida?—dijo Elmira, abriendo la puerta con precaución — Pronto darán las once, y venía á preguntarle si quiere Vd., levantarse. He preparado un buen fuego, mientras Vd. dormía.

—¡Ya lo creo!—repuso Evelina saltando de su cama.—¿Y mi padre?

—Hace una hora que se está paseando, para refrescarse la sangre. ¡Qué linda estaba Vd. reina mía!

¡Era Vd. la más hermosa! ¡Creo que no tardará en casarse!

Así lo creía aquella buena alma y Evelina no estaba muy lejos de creerlo también.

Y se convenció aún más, la semana siguiente, cuando Huberto apareció cubierto de pieles; la nieve esparcía, hacía dos días, una blanda alfombra por las carreteras, y el joven había ido á la Roseraie, en trineo, con un cochero.

La Brève, contento por la distracción que habían proporcionado á su hija, le recibió cordialmente, pero el joven sólo se cuidaba de Evelina.

—¡He venido—le dijo—porque así se lo había prometido; he convencido á mi madre de que era indispensable saber noticias de Vd. y ella misma me ha enviado! Eso es bueno para mí, porque así tengo de qué hablar en casa; pero tenía ganas de ir en trineo.

Eso no era muy lógico; mas Evelina hacía caso omiso de la lógica de Huberto, desde el momento que habla reconocido su inferioridad en ese punto.

—Nos vamos á París para la boda de mi hermana.—continuó.—¿Han recibido Vds. la invitación? ¿Vendrán también?

—No—replicó Evelina con pena.

—¿Por qué? Será magnífico; ¿sabe V. lo que es una boda? Compadece á los recién casados, que ya no saben lo que hacen, antes de ir á la iglesia; quiero decir, al novio, porque él es quien carga con todo... ¡Debería Vd. venir, así no me fastidiaría yo!

El señor de La Brève escuchaba aquel lenguaje; con cierta dosis de melancolía; pero sin extrañeza.

Huberto era un ejemplar de una especie ya conocida.

—No iremos—dijo cortésmente;—lo siento; pero un viaje á París, en esta estación, no tiene grandes alicientes.

—En eso tiene Vd. razón; deberíamos quedarnos en París... Pero mi madre quiere volver aquí para estar enferma á su gusto; ya no puede más; ayer me decía que le dolían los extremos de la boca; á fuerza de sonreír... Y como Odette se marcha, yo no puedo dejarla sola...

—Tendrá Vd. la satisfacción de cuidarla—insinuó La Brève.

—Sí—repuso Huberto, poco convencido.—La compadezco mucho. Eso no es vivir. Y volveré á verles á Vds. Tampoco es vida lo que Vds. llevan.

—¡Ya lo creo!—exclamó alegremente Evelina, cuyos ojos brillaban con inocente malicia — ¡Ya ve que nos vienen á visitar!

—¿Quién? — preguntó Huberto, mirando detrás de sí.

—¿Usted?...

—¡Oh! ¡yo!...

Lanzó á la joven una mirada, tan nueva para ella, que se puso colorada. Para ocultar su azoramiento, llamó á Elmira y pidió té. La conversación decayó, pues Huberto había terminado sus provisiones de elocuencia, y la presencia del señor de La Brève le molestaba enormemente.

Después de haberse tragado dos tazas de té, hirviendo, se levantó.

—Venga Vd. á ver mi trineo—dijo;—me lo han en-

viado de Rusia. Es muy divertido, ¿quiere Vd. dar una vuelta? Yo lo guiaré...

Evelina tenía muchas ganas de contestar afirmativamente; pero su padre dijo que no, dorando su negativa con un pretexto muy atento, y Huberto se marchó.

—Me parece que se hace muy familiar — observó La Brève.

La joven se encogió ligeramente de hombros, como diciendo: ¡Pobre muchacho, no tiene él la culpa! y pareció no volver á pensar en él.

## XIII

No habían transcurrido aún ocho días, cuando se presentó de nuevo Huberto, repitiendo también su visita durante las dos semanas siguientes.

Sus visitas eran cortas, é igualmente su conversación, corta sobre todo, de ideas; y cualquiera que le hubiera oído, se hubiese preguntado lo que iba á hacer á aquella casa; y quien le hubiera visto podría responder que sólo acudía para contemplar á Evelina, pues no la quitaba ojo.

—¡No hay duda que ese señor está enamorado de la señorita, cuando viene aquí tan á menudo!—dijo José á Elmira, tostándose, so pretexto de calentarse, ante el fuego de la cocina, un día en que el visitante, que había venido á caballo, le obligó á permanecer una hora en la cuadra; al lado del precioso animal, que, al parecer, se aburría solo.

—¿Ese?... No sé nada—repuso la honrada mujer con aire inquieto.—Dicen que no se debe hablar de lo que no se sabe; le aconsejo, José, que no abra la boca delante de nadie que no sea yo.

—¡Oh! ¡bah! ¡no hay nada malo en eso!—dijo José.

—¡La señorita es muy linda!

—¡Está bién!—repuso Elmira, volviéndole la espalda, lo que le dejó estupefacto, pues eran buenos amigos, y hasta era, Elmira, madrina de uno de sus once hijos.

Llegada la noche, después de practicar su ronda nocturna por el cuarto de Evelina, de abrirle la cama, de comprobar que las ventanas se hallaban bien cerradas y, según costumbre del campo, de mirar debajo de los muebles, Elmira fué al comedor, á reunirse con el señor de La Brève, que permanecía pensativo, tendido en una butaca.

—¿Ha tenido el señor noticias de la señorita de Trémégny, que debía casarse, cuando el señor y la señorita asistieron á aquel baile?

—¡Sí, Elmira; ya se ha casado!—respondió el amo, con cierta sorpresa, pues Elmira no se ocupaba apenas de lo que acontecía fuera de la Roseraie, ó á lo sumo de Chantocé!

—¡Ah! muy bien... ¿Y no sabe el señor, cuando se casará el Sr. Huberto?

La Brève se empinó sobre sus codos y, mirando á la vieja criada, le preguntó:

—¿Está, acaso para casarse?

Los ojos del amo y de la sirvienta se encontraron, y aquél pudo leer en los de ésta, lo profundo de su afecto y la inquietud que recelaba la humilde mujer por la dignidad de la casa.

—Cuando estuve en Trémégny—repuso Elmira, despacito, y como con tristeza—se decía que una boda no viene nunca sola, y que la señora se trasladará á París para vivir con sus hijos.

El señor de La Brève, dejó caer sus brazos, y reclinó su cabeza contra el respaldo de la butaca.

—No tendría nada de particular, Elmira; pero eso no es cuenta nuestra.

—El señor tiene razón—replicó respetuosamente la noble criatura.

Limpio un poco la mesa con el borde de su delantal, y luego continuó:

—Decían, también, que el señor Huberto, estaba próximo á casarse con una señorita muy rica, hija de un banquero. Parece ser, que ha contraído muchas deudas y necesita dinero. Dijeron el nombre de la señorita; pero no lo oí muy bien, y no me atrevía á indicarle que lo repitieran.

Elmira permanecía mirando al suelo, con la cara medio contrariada, sintiendo que cumplía un deber, y casi avergonzada del asunto.

—¿Está Vd. muy segura?—preguntó La Brève, levantándose.

—Sí, señor.

—Está bien, Elmira... Buenas noches.

—Buenas noches, señor... ¿No necesita nada más, el señor?... ¡Buenas noches!

La anciana salió cerrando suavemente la puerta. Su amo empezó á recorrer la vasta y sombría habitación, con paso lento.

¿Qué juego hacía, entonces, Huberto?... Si era verdad... ¿Estaría tan enamorado como para renunciar á un matrimonio rico? ó bien, ¿quería simplemente entretenerse hasta el día de su boda?

Nunca le plugo la idea de tener por yerno á aquel joven; pero si Evelina lo quería, él consentiría, con esa especie de tristeza que experimenta un coleccionista obligado á desprenderse, á bajo precio, de una pieza inestimable.



Indudablemente, hubiera preferido para su hija, un marido inteligente, formal, capaz de apreciarla; pero, ¡cada cual se casa como puede!... El padre estaba seguro de que su hija aportaría á cualquiera unión las suficientes paciencia y alegría natural para soportar las penas con paciencia y cariño.

Pero si Huberto trataba sólo de divertirse...

Entreabrió la puerta del comedor; en la de la cocina, se veía un fuerte resplandor que anunciaba que la sirvienta velaba aún. La llamó á media voz.

—¿Está Vd. segura, Elmira, de que no se acordaría del apellido de la señorita?—preguntó, así que hubo aparecido la nodriza, que estaba muy asustada.

—Sí el señor pudiera decirlo delante de mí, tal vez yo lo reconociese.

La Brève citó cinco ó seis apellidos; Elmira movía la cabeza, negativamente.

—Mérignan... dijo el anciano.

—¡Sí, señor, eso es! Yo entendí Marignan, pero es esa.

El día siguiente, durante la comida, observó atentamente el rostro de su hija, el cual se hallaba tranquilo y risueño, como de costumbre; nada denunciaba inquietud, ni siquiera incertidumbre.

¡Una niña tan lista é inteligente como Evelina; no podía amar al necio de Huberto!

Pero el amor propio produce heridas, á veces, tan crueles, si no tan profundas como el verdadero amor: ¿sería posible que pudiera padecer ella por causa de aquel majadero?

—¿Te ha hablado alguna vez Odette, de la señori-

ta de Mérignan?—le preguntó, de repente, su padre.

Evelina le miró con completa tranquilidad.

—Creo que sí; pero no he hecho mucho caso.

—Los Mérignan son muy ricos. Yo he conocido, en otro tiempo, á la señora de Mérignan; era una muchacha de Brossac, encantadora, bien educada. Preguntaré á Huberto si la ven en su casa; me gustaría tener noticias suyas. Si su hija se le parece... ¿Ya me lo recordarás?

—Pierda cuidado, papá; haré un nudo en el pañuelo—repuso Eva riéndose.

Apenas terminado el almuerzo, la joven escribió en una pizarrita, colgada al lado de la chimenea: «Recordar á papá, que pregunte por la Mérignan.»

—Ya ve Vd., papá, que cuido de su encargo.

—Gracias—contestó la Brève, besándola en la frente.

La ocasión no se dejó esperar; pocos días después, el apuesto Huberto apareció, con un tiempo en que reinaba fuerte viento, bajo aquel sol brillante de marzo, que, según un viejo dicho, predispone á la locura. Y en realidad, tenía todo el aspecto de loco que permitía su naturaleza de autómeta bien construído.

—Hace un viento como no puede nadie formarse idea, señorita—dijo Trémégny, después de saludar á Evelina.—¡He creído que se escaparía mi cabeza con mi sombrero!

Ella le miró con aire un poco burlón, como para decir que no se hubiera perdido gran cosa; el señor de La Brève no se hallaba presente; en cambio, Lord se instaló frente á su butaca y ponía cara de buen

guardián; además, Elmira, sin saber por qué, no hacía más que ir y venir.

—¿De modo que se encuentra Vd. solita?—dijo Huberto, acercando su silla á la de la joven.

—No por mucho tiempo; han venido en busca de mi padre, para ver las viñas; ¿hay algo más pesado que las viñas?

—¡Oh! sí—repuso Huberto, con una sangre fría pasmosa—una inclinación.

Evelina soltó una carcajada; su buena naturaleza de joven coqueta, no le permitía tomar nada en serio, á menos de... Pero nunca tuvo ocasión de saber lo que podría considerar seriamente. A Nollard, le había tomado por lo trágico, y luego por lo cómico, en sus conversaciones privadas con Lord, que con ese motivo había recibido numerosas confidencias.

—¿Se ríe Vd.? ¡Eso no está bien!—exclamó Huberto, sin descorazonarse.—¿Sabe Vd. lo desgraciado que es uno, cuanto tiene una inclinación... y se burlan de él?

—¿Quién?—preguntó Evelina.

—La persona.

Aquí se calló. La joven le miró sin turbarse lo más mínimo. Huberto, viendo que tendría que poner los puntos sobre las *ies*, prosiguió con nueva elocuencia:

—No está bien el burlarse de las personas que aman.

Evelina repuso muy seria:

—No nos conocemos lo bastante para ser grandes amigos, caballero, y por eso, no tengo remordimientos. Además que, yo no me burlo de Vd...

—¡Pero se ríe!

—¡Porque dice Vd. cosas graciosas! ¡Me río de lo que dice, que no es lo mismo!

—De todos modos, hace Vd. mal en reirse, porque...

La Brève entró, casi sin aliento; Elmira le había avisado por José, que en aquel momento se hallaba jadeante en la cocina, por lo mucho que había corrido.

—Buenas tardes—dijo á Huberto, que se quedó desconocido; éste, que no tenía la suficiente serenidad para salir de un mal paso, no sabía lo que decir; Evelina, que quería ayudarle á hablar, se acordó de la pizarra.

—Papá,—dijo, inocentemente—me dijo Vd. que le hiciera acordarse de la señora de Mérignan, cuando viniese el Sr. de Trémégny.

Nunca produjo tan fulminante efecto la cabeza de Medusa; La Breve no necesitó más que mirar al joven, para convencerse de que las habladurías de sus criados no carecían de fundamento.

—En efecto,—dijo, con calma, aunque bullía la sangre en sus oídos.—En otro tiempo, conocí á la señora de Mérignan; se parece mucho á su madre, que era una mujer perfecta.

El desgraciado Hubert no sabía lo que hacer; felizmente para él, era, como dijo Nollard, un hombre de palo, lo cual puede salvar en circunstancias delicadas.

—Se encuentran muy bien las dos—respondió, adquiriendo toda la correcta rigidez, de su actitud ordinaria.

—¿Y muy ricas? No está, la señorita de Merignan,

próxima á contraer matrimonio?—continuó, despiadadamente, el padre de Evelina.

—Creo... que sí—contestó el desdichado, sumamente confuso.

Cayó pesadamente el silencio; Evelina, cuyos ojos se dirigían sucesivamente del enamorado á su padre y de éste á aquél, comprendió todo de una vez, por una facilidad de adivinación que le hacía honor.

El vivo carmín de la ira subió á sus mejillas; pero, recordando que Nollard le costó una dislocación, resolvió mostrarse dueña de sí misma.

—Papá, debería Vd. enseñar sus viñas al Sr. Trémégny—dijo;—estoy segura de que, en su calidad de propietario rural, tiene mucho que aprender de Vd., y eso no dejaría de interesarle.

—Es Vd. muy amable—repuso Huberto;—pero hoy, no tengo tiempo.

—¿Tiene que hacer visitas, en los alrededores?—preguntó cariñosamente La Brève.

—Sí... tengo que llegarle hasta Ingrandes...

—¿A casa de su notario?—interrogó Evelina con un acentuado rayo de malicia, en sus ojos.

—Precisamente...

Notando que se enredaba, Trémégny tomó el único partido aceptable y se levantó.

—¿Irá Vd. pronto á París?—dijo La Brève—Si ve á la señora de Mérignan, como la verá probablemente, me hará el obsequio de decirle que ha visto Vd. á uno de sus antiguos admiradores, que se acuerda respetuosamente de ella.

—¡No lo olvidaré!—repuso Huberto; dió á su ver-

dugo uno de sus apretones de manos automáticos, saludó á Evelina con una ligera inclinación de cabeza (como medida preventiva, la joven había introducido sus manos en los bolsillos de su delantal), y se retiró, acompañado por su huésped.

Cuando éste volvió al comedor, vió á su hija, en pie, junto á la ventana.

—¿Sabías que va á casarse con la de Mérignan?—le preguntó.

—¡Pobre muchacha! ¡La compadezco!—murmuró Evelina, algo encolerizada.—No, no lo sabía. ¡Cuando Vd. se ha presentado, estaba él á punto de hacerme una declaración! ¿Su futura es rica? ¡Pagará caro una cosa tan insignificante! ¿De modo, que hay que ser rica para casarse, aunque sea con un tonto?

—Sin ser rica, puede una casarse con un hombre de talento—observó tiernamente La Brève.—Abrazame, hija querida.

Eva rodeó con sus dos brazos el cuello de su padre. ¡Qué bueno es tener á quien abrazar, en las penas!

El amor propio de la joven estaba ofendido, y acaso más por la idea de que se hubiera casado con Huberto, si éste lo hubiera solicitado, que por la del engaño del gran necio; pero Eva era demasiado orgullosa para dejar traslucir su resentimiento.

Por la noche, en su camita, se permitió llorar un poco, de rabia, y también de humillación; pues aun no había aprendido que uno no es sólo humillado por sus propias faltas.

## XIV

El señor de La Brève, deseoso de proporcionar alguna distracción á su hija, la condujo á Angers, para ver á una parienta anciana, que les había manifestado siempre gran cariño. Durante los ocho días que permanecieron en aquella hospitalaria casa, la vieja prima no escatimó nada para recrear á Evelina; una gran cena, seguida de una brillante velada; varias reuniones en casa de algunas amigas, de esas verdaderas amigas á quienes puede pedirse que se molesten para complacer á uno, en fin, todo cuanto puede inventar una ingeniosa benevolencia.

Evelina volvió á su casa pensativa, lo que nunca le había sucedido, y permaneció varios días en esa disposición de ánimo. Una mañana, su padre la encontró en el comedor, adonde había bajado antes que él, cosa rara, y le demostró su alegre extrañeza.

—Es que tengo que hablar con Vd., papá—dijo Eva, gravemente.—He estado pensando una cosa, toda la noche...

—¡Toda la noche!..., ¿luego, no has dormido? ¿Estás enferma?

—No, papá; me encuentro admirablemente; pero, ya verá Vd., he reflexionado mucho, voy á cumplir diez y nueve años, un día de éstos, y ya es hora de pensar en lo porvenir.

La Brève contestó con una sonrisa, y se sentó para escuchar mejor.

—Vd. tiene tres mil francos de renta, según me ha dicho—expuso Evelina;—¿eso no es un capital, sino una renta?

—Es lo que se llama un usufructo—repuso el padre, contristado por el giro que tomaba la conversación.

—¿Es decir, que como verdadero capital, no tenemos más que la Roseraie? De modo que si hubiera de señalarme un dote, éste consistiría en la Roseraie?

La Brève movió afirmativamente la cabeza.

—Pues bien, papá, lo he pensado bien, he oído y he comprendido; ¡no teniendo más dote que la Roseraie, no me podré casar nunca!

El anciano se quedó pálido; su hija, que le miraba, corrió á él y le abrazó.

—No quiero disgustarle á Vd.—dijo acariciándole.—¡Vd. es el mejor de los hombres y de los padres, y yo le adoro! Pero no es Vd. un niño, y seguirá conmigo mi razonamiento. La Roseraie es una tierra que ha producido enormes beneficios, en proporción á su extensión; ahora, esos beneficios han quedado reducidos á muy poca cosa. ¿Por qué? Porque las viñas están dañadas. Habría que renovar el viñedo; notará Vd., papá, que hablo exactamente, como el *Monitor vinícola*, lo cual le probará, que he estudiado el asunto. Pero, no teniendo capital, no se puede renovar el viñedo; luego, la Roseraie, no produciría nunca más de lo que produce ahora; sino que dará cada vez menos.

La Brève escuchaba mudo de sorpresa. ¿Había oído esa niña todo cuanto se decía en torno suyo? ¿Ella, que parecía ajena á tales consideraciones? ¡Y lo había comprendido! ¡ay! ¡demasiado bien!

—Por consiguiente—prosiguió Evelina, que se había detenido para respirar;—sin capital, la Roseraie se hallará siempre en peligro; con dinero, produciría buena renta, pues la tierra es excelente... Por otra parte, yo estoy expuesta á no casarme nunca, sin dote; ¡oh! no pido un dote enorme, sino muy pequeño, para no desanimar á los aficionados...

Sonreía, con un tinte de amargura en su ligera ironía, y su padre sintió oprimírsele el corazón.

—¡Pues bien! padre, ya que la Roseraie, en el estado actual es un capital muerto, y que sin embargo, representa un valor negociable, bastante regular, no hay más que una solución: ¡vender la Roseraie!

—¡Vender la Roseraie!—exclamó dolorosamente el señor de La Brève.—¡La Roseraie, en donde yo he nacido, en donde esperaba morir!...

—En primer lugar, papá, Vd. no se morirá—interrumpió Evelina, colmándole de besos.—¡Vd. vivirá siempre, conmigo, se entienda! Pero hay que ser razonable; el sentimiento es una cosa excelente, muy dulce; mas en la vida hay otras cosas, antes que el sentimiento...

La joven sonreía al pronunciar esas palabras crueles, sonreía con su gracia exquisita de hija adorada y de niña irresistible, y tan bien, que al verla, su padre no pudo menos de pensar que tenía razón: había algo más que el sentimiento en la vida, sí, existía la necesidad de mirar por la dicha de esa criatura tan propia para gozar de ella.

En medio de todo, esto era también sentimiento; pero un sentimiento que Eva no dejaría de probar.

—¿Lo has pensado bien, Eva?—balbuceó gravemente, después de haberle devuelto sus caricias.—¿Sabes que me pides un gran sacrificio, una de esas cosas que desgarran el corazón, antes de cumplirlas, mientras se cumplen, después de terminadas... y siempre?

Evelina, á su vez, se puso muy seria.

—Queridísimo padre—observó,—me he dado cuenta; y crea Vd., que si le hablo hoy de esto, es porque no he encontrado medio mejor para salir de una situación difícil... Si la desgracia quisiera... (los ojos de Evelina se inundaron de lágrimas; pero continuó, tratando de asegurar su voz), si cayese Vd. enfermo, y empezase á pensar entonces, que yo podría quedar pobre y sin apoyo, pasaría Vd. horas muy dolorosas, muy amargas... Y eso es lo que yo quisiera evitarle.

La joven se deshizo en llanto y se arrojó al cuello de su padre, que la cogió sobre sus rodillas, estrechándola contra el corazón, sin decir una palabra.

¡Tenía razón! Por más extraño que fuera el lenguaje de la sabiduría, en una boca tan fresca, por más extraordinaria que pudiera parecer tal apreciación de la realidad de las cosas en aquel cerebro tan joven, tenía razón, y él, padre, había vivido hasta ahora en una utopía, en la quimérica esperanza de que sus viñas sanarían con cuidados, de que su hija se casaría sin dote... ó por mejor decir, él no había pensado en nada, había dejado deslizarse su vida dulcemente, á la claridad de aquel rayo de sol que penetró en su casa.

¡Pero indudablemente, su hija tenía mil veces razón! ¿Qué haría Evelina con la Roseraie, y sin dote

ni marido, si el padre llegase á desaparecer? ¡Ah! ¡por qué no se había encontrado un joven leal que aceptase las dos juntas, hija y propiedad, y se contentase con vivir allí, con poco, y feliz!

—Sí, feliz; á pesar de la cada vez mayor disminución de su fortuna, ¿no era él, Pedro de La Brève, feliz, en aquel lugar donde sus padres habían vivido satisfechos? Y aferrándose en la idea que acababa de surgir en su imaginación, manifestó:

—Ves tú, Eva, siempre pensé que la Roseraie sería tu dote, como ha sido el mío, y que alguno, es decir, tu marido sería dichoso viviendo aquí, contigo, como yo he vivido con tu madre; y esto puede suceder, hija mía, eres aún muy joven.

—Es verdad, padre mío—murmuró Evelina;—pero dentro de algunos años ya no seré tan joven, y todo continuará en el mismo estado...

¡No! ¡algo habría cambiado, y La Brève lo sabía! La propiedad, descuidada, habría cambiado de valor, pues para ver á Evelina bien equipada, para no encerrarla absolutamente entre sus rosales, tendría el padre que renunciar á mil pequeñas mejoras que hasta entonces había podido eludir.

Llegó un momento en que estuvo á punto de maldecir á la Vigeran, que destrozó tan fuera de tiempo la existencia tan bien arreglada por Evelina; pero instantáneamente se contuvo; sin aquel trastorno imprevisible, no hubiera tenido nunca la alegría de ver á su hija en su casa, y hubiera seguido siendo para él casi una extraña... La Brève era un hombre de buenos sentimientos, y, á pesar del disgusto que padecía en aquel

instante, pensaba que era feliz, muy feliz, al tener consigo á Evelina y al verse obligado á preocuparse de su suerte.

Callaron los dos, persiguiendo ideas de alegría y de tristeza. El porvenir se presentaba con colores halagüeños á la joven, puesto que, en medio de todo, su padre no dejaba de atenerse á las razones por ella expuestas; Eva conocía su excesiva belleza, y, pensaba, para sus adentros, y sin confesarlo, que entre los presuntos adquirentes de la Roseraie, tal vez, llegaría alguno que supiera apreciar los encantos de la propietaria. ¿No sucede eso mismo en las novelas?

Y Evelina consideraba ya como un hecho, lo que podría acaecer por una casualidad, pues aunque no era una joven novelera se le antojaba que en la vida se han dado casos parecidos al que ella imaginaba y que no carecía de cierto ideal.

—Papá—dijo tiernamente, acariciando con sus dedos la mano que La Brève dejada entreabierta sobre sus rodillas.

El padre se estremeció como si saliera de un sueño.

—¿La Roseraie?—preguntó,—¿quieres vender la Roseraie?—se detuvo; el sacrificio era verdaderamente cruel.—Déjame algunos días para reflexionar, querida; no puedes figurarte lo íntimamente unido que está mi corazón á esta vieja casa...

Evelina le apretó la mano, con una especie de conmiseración.

Se apiadaba de él por el visible dolor que le producía aquella idea; pero con esa piedad lejana que se siente por las desgracias que no le atacan á uno.

No obstante el respeto verdadero que ahora le inspiraba su padre, por la rectitud de su conducta, y por el aprecio en que le tenían cuantos tuvieron ocasión de conocerlo, Evelina conservaba todavía, de su infancia, un fondo de escepticismo sobre las preferencias y los sentimientos de aquel hombre excelente, tan poco comprendido y apreciado por su mujer.

La joven manifestaba para aquel apego á las piedras y á un trozo de tierra que no producía ya el interés normal, la indulgencia, algo desdeñosa, que se tiene para las debilidades de ciertos padres, ciegos cuando se trata de su insoportable prole. La vieja casa no decía nada á Evelina.

—Tómese Vd. el tiempo necesario, papá—repuso Eva con real generosidad;—no quisiera obtener su consentimiento precipitadamente; sólo lo aceptaré, cuando Vd. se halle plenamente convencido.

¿Convencido? Ya lo estaba y muy amargamente; pero quería retrasar algunos días, algunas horas, aunque no fuera más, el momento de su derrota.

Durante media semana, anduvo errante por todos los rincones de su patrimonio, evocando recuerdos, recogiendo impresiones, saturando su alma de la melancolía de la despedida, como si el mero hecho de poner su casa en venta debiera consumir la separación; luego, cuando hubo apurado la última gota del cáliz, dijo á su hija:

—Estoy decidido, Evelina; vamos á anunciar que se vende la *Roseraie*.

Eva experimentó también cierta pena al verle taciturno, comiendo poco, y dolorosamente preocupado;

hubo un instante en que creyó que su padre no la amaba, y en la herida que esa idea produjo en su corazóncito, incompletamente desarrollado, se percató de que ese padre, á quien trataba como un niño, le era más querido de lo que ella imaginaba. Comprendió lo mucho que ansiaba la estimación del anciano y lo mucho que sufriría si su padre la juzgase frívola ó ingrata. Antes de responder, le miró atentamente: las mejillas de *La Brève* estaban hundidas, sus hermosos ojos parecían haber perdido su brillo, los párpados se hallaban algo rojos... ¿habría llorado?

De repente se avergonzó Evelina de lo que había hecho; sin darse cuenta de la ligereza con que había separado ella los recuerdos de toda una vida, considerándolos como cantidad despreciable, vió el resultado material, es decir, las luchas del alma que revelaban aquellos ojos y mejillas: entonces, renunció, con absoluta sinceridad, á sus planes, así como á las consecuencias que pudiera traer consigo su decisión, y balbuceó:

—Querido papá, le suplico que no haga nada, si ha de producirle la menor pena; Vd. conoce el mundo mejor que yo, y puede ser que yo esté equivocada. De todos modos, no quiero ocasionarle el menor disgusto...

*La Brève* dió á su hija un beso, que era su mejor recompensa.

—Estoy resignado, querida; y además, creo que es mi deber.

—En ese caso, papá—dijo alegremente Evelina, corriendo hacia un escritorio instalado en un rincón

del comedor, junto á la ventana,—hay que redactar el anuncio.

—El notario se ocupará de eso—replicó La Brève con cierta contrariedad.

—¿El notario? ¡naturalmente! pero hay que anunciarlo en los periódicos, de lo contrario, nadie lo sabría. ¡Vamos, papá, ayúdame! Debemos poner un buen anuncio, que dé á las gentes ganas de comprar, ó, cuando menos, de visitar.

—¡Visitar! ¡es verdad! No se compra una propiedad sin haberla visto; tendría, por tanto, que sufrir el engorro de las visitas, pasearse con los supuestos compradores, soportar la odiosa costumbre de regatear...

—No se preocupe Vd., papá—observó Evelina, que leía en el rostro del anciano,—no le molestarán á Vd., eso me corresponde á mí y me encargaré de recibir las visitas.

Y, en una hoja de papel, escribió con gruesos caracteres:

## LINDA PROPIEDAD EN VENTA

Contiene: *Habitaciones, cuadra, cochera, lagar, jardín, huerta, viña y prado.*

—¿Que extensión, papá?

—Diez hectáreas, contando las viñas de arriba y los prados de abajo.

Escribió triunfalmente la cifra, en números redondos.

—Y ahora—continuó Evelina,—José pegará esto á una tabla y que lo clave en el fresno grande que hay al lado de la valla..

La Brève titubeó. La Roseraie no había conocido nunca la humillación de un cartel.

—Vamos á ver, papá—exclamó la práctica chiquilla—¿qué le importa al fresno que le introduzcan un clavo?

—Absolutamente nada—replicó el padre, sacudiendo su tristeza;—encárgate tú de eso; yo me vuelvo á mis viñas, y esta tarde iré á Ingrandes, á casa del notario, pasado mañana á Angers, y el día siguiente á Nantes.—Después de una breve pausa, añadió:—¿No has recibido noticias de tu madrina?

—Desde que me envió esa caja de guantes, el primero de año, no he vuelto á oír hablar de ella; ahora estará muy atareada: ¡un marido debe dar gran trabajo!

Cuando salió La Brève, su hija llamó á Elmira, mandándola en busca de José. Este se quedó lívido ante el rótulo.

—¿De modo que van Vds. á vender una propiedad?—preguntó el criado abriendo mucho los ojos. Evelina dejó ver un ligero movimiento de impaciencia ante la estupidez de su *factotum*.

—La Roseraie—contestó secamente.—Pegue Vd. eso á una tabla, en seguida, y cuando esté seco, lo clava en el fresno de la carretera, bien á la vista.

—¡La Roseraie! ¡Quiere Vd. vender la Roseraie!



¿Bueno, y qué haremos, entonces, nosotros?

—¡A mí qué me importa!—repuso la joven, con cierta brusquedad.—Haga Vd. lo que le mandan.

José, completamente trastornado, se llevó el anuncio á la cocina.

—Elmira—dijo, dejándose caer en un banco,— ¡pues no quieren vender la Roseraie!

—¡Me lo temía!—replicó la buena mujer. Y en seguida brotaron lágrimas de sus ojos; pero las enjugó vivamente con la punta del delantal sin que tuvieran tiempo de humedecer su rostro.—Lo sospechaba hace mucho tiempo; era imposible que no se le ocurriese á la señorita. Ella no conoce la casa y no puede, apenas, tenerle cariño.

—¡No importa! ¡Es una mala idea! ¡Muy mala!—exclamó José.—¡Cuando se tiene una casa, hay que conservarla! ¡No todos tienen una casa; ya quisiera yo poseer una! ¡Con seguridad que no la vendería!

—¡Vd. no entiende de eso, José! Y además, no es cuenta nuestra. Hagamos lo que se nos manda, y así no tendrán nada que reprocharnos. Váyase al granero, allí no faltan cajones, coge Vd. uno limpio, y con una sierra, lo arregla para sacar la tabla que necesita. Yo voy á fabricar la cola.

El cartel fué colocado el mismo día; después que José lo contempló por todos lados, para ver el efecto, fué á dar cuenta á la señorita.

—Ya está listo, señorita—dijo,—meparece que no ha quedado bien, y además, produce un efecto raro.

Evelina se trasladó para ver el objeto. Para ser un cartel rústico, no estaba del todo mal; sin embargo,

pensó mandar construir otro, más grande y más conforme con el uso, cuando tuviera ocasión.

Al regresar La Brève, de Ingrandes, en donde vió á su notario, divisó el anuncio y permaneció inmóvil. ¿Ya estaba hecho? ¿No podría nada, impedir aquella desgracia?

Aparte de que no era seguro que tuvieran la suerte de encontrar comprador, ¿no le pertenecía la Roseraie, como simple depósito, del cual tendría que desprenderse para entregarlo, algún día, en manos de cualquier advenedizo?

—¡Oh! ¡querida Roseraie!—pensaba el anciano, con el corazón dolorido—¿quién me había de decir que te abandonarías?... Pero lo hago por Evelina.

Y, en lugar de penetrar en la casa, se marchó, aunque se hallaba fatigado, á las viñas más lejanas, y sólo regresó á la hora de cenar.

## XV

No tardó en correr por los alrededores, la voz de que la Roseraie se hallaba en venta; el domingo siguiente, todos los que tenían derecho para pasearse desfilaron ante la cerca de la propiedad en cuestión, y bien ó mal descifraban y comentaban el anuncio:

—¡Diez hectáreas!—exclamaban algunos—¡ya es bastante!

—¡Qué ha de haber ahí diez hectáreas!—conjeturaban otros.—¡Eso es un lazo para atraer gente!

Las opiniones eran muy discutidas. ¡Si el señor de La Brève anunciaba diez hectáreas, las diez hectáreas existían, y más bien más que menos! Todos sabían que La Brève era incapaz de engañar á nadie. Durante esas habladurías, el propietario permanecía escondido en su casa, adivinando, sin oírlo, que se ocupaban de él, y se avergonzaba como si cometiese una mala acción, con movimientos de impaciencia, cuidadosamente reprimidos, que coloraban de rojo sus pálidas mejillas.

Aquella misma mañana, al salir de la iglesia, había sido mareado á preguntas por sus vecinos y amigos; algunas insidiosas é indirectas, otras francas y bruscas.

—¿En qué está Vd. pensando, La Brève? ¡Vender sus bienes! ¡Ahora no es buena ocasión, la tierra ha bajado mucho de precio! ¡Vd. no es pobre! ¡qué demonio! ¡Qué mosca le ha picado!

—En la actualidad hay muchas propiedades en ven-

ta—decía cautelosamente un vecino envidioso, que había leído ya el anuncio;—¿no será cierto, que usted quiera vender también la suya, verdad, señor? ¡Una heredad tan hermosa, con tan buenas tierras! ¡Me lo ha dicho, esta mañana, el joven Piépoulet, y lo he mandado con cajas destempladas!

A esta y otras preguntas había tenido que contestar el buen anciano; éste no estaba acostumbrado á las mentiras diplomáticas, pero tampoco podía publicar por todo Chantoré, Monjean, Ingrandes y sus contornos, que Evelina quería casarse, y que él se veía obligado á dotarla. No, esas cosas no se cuentan: por eso, limitándose á una afirmación lacónica, se marchaba á toda prisa.

Trataba de desvanecer esa humillación, durante el tranquilo día de aquel hermoso domingo, y de buena gana, se hubiera introducido algodón en los oídos, para no oír las conversaciones que se cambiaban en la carretera.

Aun no había transcurrido una semana, cuando Elmira, desconcertada, conteniendo, á duras penas, sus lágrimas, anunció un comprador.

Era un hombre bastante bien educado, completamente insignificante, ni tonto ni inteligente. La Brève no sabía qué decirle, y su poca experiencia como vendedor de fincas, le ocasionaba exagerados latidos de corazón; sin embargo se esforzó en aparentar gran tranquilidad. Evelina, algo agitada, miraba al jardín, por detrás de los cristales.

—Quiere Vd. empezar por las tierras, ó por la casa—preguntó La Brève al visitante.

—La casa creo que no merece un detenido examen—repuso éste,—es una de esas antiguas construcciones, en que todo está de través... Sin embargo, tal vez pudiera conservarse alguna parte. Pero eso saldría más caro que reedificarla por completo. Aquí hay cuatro metros de altura... ¿el maderamen es moderno? ¿No, antiguo? ¡Ah!... ¿Los muebles entran también?

—¿Cómo, si entran?—preguntó La Brève sin comprender nada.

—¿Si los vende Vd. también con la casa?

—No, señor—replicó secamente el propietario.—Los muebles me los quedo.

El comprador pareció extrañarse, pero no hizo objeción alguna.

—Veamos las tierras—dijo.

Así que hubieron salido los dos señores, Evelina, no sabiendo lo que hacer, subió á su cuarto y se asomó al balcón; la belleza del paisaje le chocó, como si lo viera por primera vez. El césped florido, el ramaje de un gris plateado, el río azul, las nubecillas que flotaban en él se le aparecieron, en la alegría de aquel hermoso día de primavera, con un encanto que no había conocido nunca; ¿les prestaría acaso ese atractivo, la alegría de abandonar pronto la casa en que había pasado tan triste invierno?

—Nos trasladaremos á una gran población—pensaba Eva,—á Angers ó á Nantes... ¿Y por qué no á París? Pero en París la vida es cara, y nosotros no seremos nunca ricos, nunca...

Se le presentó el recuerdo de Nollard, más odioso

que nunca; ¿por qué era rico, ese Nollard, que no sabía emplear su dinero, ni siquiera para complacerse á sí mismo?

Volvió la cabeza, impaciente, como si aquel recuerdo hubiera sido una aparición verdadera; luego permaneció indecisa. ¿Qué debía hacer? ¿quedarse allí, esperando, ó bajar al jardín? Desilusionada, enojada, sin saber por qué, tenía casi ganas de llorar, en su inexplicable exasperación.

De pronto salió; en el pasillo encontró á Elmira, que venía del cuarto de La Brève; la sirvienta se retiró, sin decir nada, para abrirla paso, y Evelina comprendió el reproche que encerraba aquel silencio.

Ella era quien había querido vender la Roseraie; la que había pasado en la casa toda una existencia de trabajo y afecto, que la quería como á una parte de su vida, sufría la humillación de la antigua casa, al mismo tiempo que el dolor de abandonarla.

El orgullo de la joven se sublevó. ¿Qué más da una casa que otra? ¿En qué había obrado mal? Bajó la escalera y salió sin volver la cabeza.

En la cresta de una eminencia, en las viñas más lejanas, se destacaban las siluetas de La Brève y del comprador; caminaban lentamente, éste con la cabeza levantada, mirando y preguntando; el otro, algo encorvado, con una especie de laxitud, más bien moral que física, contestaba con cortesía, pero visiblemente cansado.

Evelina no podía oírlos, y sin embargo, adivinaba sus palabras; la discreta elegancia de su padre daba un triste aspecto á sus andares, casi automáticos.

Llegado al final de sus tierras, alzó un brazo, describiendo un semicírculo; ese doloroso ademán, que efectuó inconscientemente, parecía recoger contra su pecho toda la Roseraie, para abrazarla... Evelina se sintió dominada por una tristeza que penetró hasta el fondo de su alma.

¿Qué tenían aquella tierra, aquellas piedras, las cepas, los árboles, que se hallaban tan ligados al corazón de su amo? Y sin querer seguir contemplándolo, huyó hasta los matorrales.

En su camino, tropezó con Lord, que la buscaba; al verla llegar, dió brincos á su lazo, y cuando ella se sentó, el perro se acostó á sus pies.

—¡Querido Lord!—exclamó Evelina, acariciando la cabeza que alargaba el can.

Una nueva sensación de abandono se deslizó por su alma. Llegaría un día en que su padre no existiría. ¡Elmira habría muerto, ó sería tan vieja que no podría servir ya. Lord moriría también de vejez; Evelina los sobreviviría, y se encontraría sola!

Sola, en una ciudad, en una casa donde no conocería á nadie, adonde los que en otro tiempo fueron sus amigos, no acudirían á verla, porque también habrían fallecido ó desaparecido... Entonces se vería en la soledad y el abandono.

De pronto se acordó del dormitorio del colegio, de la camita, dura y estrecha, en que había dormido varios años. Después de las dificultades de su larga vida escolar, tras las riñas, los castigos, las peleas y las enemistades entre sus compañeras, se refugiaba allí, en su lecho, para llorar, allí leía las cartas de su pa-

dre y de su madrina, y aquel rincón del dormitorio era, para ella, el lugar preferido de todo el colegio ..

¿Luego, se puede tener apego á las paredes, porque entre ellas ha sido uno feliz ó desgraciado? Y entonces comprendió por qué La Brève amaba á la Roseraie.

Un murmullo de voces y pasos la asustó: por su vestido habían corrido lágrimas y no quería ser sorprendida en tal situación; se deslizó, con Lord, siempre dispuesto á correr, á través del sembrado de patatas, objeto de sus desdenes, y llegó hasta la pradera, en donde los elevados árboles proyectaban su corta sombra. Sus lágrimas se secaron, sólo le quedaba el asombro de haber llorado; y se trasladó lentamente á la casa.

Cerca del prado, vió á su padre; éste venía de la valla, con la cabeza baja, y aire pensativo, después de haber acompañado al visitante. Evelina sintió que se salía el corazón del pecho... ¿Estaría ya vendida la Roseraie? No se atrevió á preguntarlo.

La Brève caminaba despacio; cuando llegó á la escalinata, alzó la vista, divisó á su hija, y le dirigió una débil sonrisa.

—¿Qué tal, papá?—murmuró, titubeando, con cierto temor que la sorprendió á ella misma.

—Se ha marchado, hija mía—contestó el padre, con un gran suspiro, que tal vez sería, para él, un alivio. Evelina no se atrevía á aventurar su pregunta: el padre continuó, mirando al jardín:—Ha tenido la desfachatez de ofrecerme cuarenta mil francos... ¿No

querrás que demos esto, por un pedazo, menos aún, por una miga de pan?

—¡Oh no!—exclamó la joven con energía.

Al pensar que por aquella vez, no se vendía, sintió una especie de alivio y se percató de que á pesar de sus ganas de verse libre de aquel suelo, en que tenía permanecer encadenada, tenía una especie de horror á lo desconocido.

Cogió del brazo á su padre y lo condujo por la parte de los rosales, que extendían sus ramas cargadas ya de capullos próximos á abrirse.

—¡Mire Vd., papá—dijo, esperando distraerle—qué cantidad de rosas vamos á tener!

La idea no era muy feliz, puesto que la Brève, desprendiéndose del brazo de su hija, entró precipitadamente en la casa. Evelina se quedó confusa, algo disgustada, y hasta ofendida; luego, no sabiendo por qué decidirse, dió dos vueltas por el prado.

Cuando se disponía á penetrar en su cuarto, apareció su padre, con los ojos hinchados, las mejillas teñidas de rosa y la voz incierta... y la joven permaneció muda, con el corazón angustiado, descontenta de todo y de sí misma, pues por más que tratase de ocultarlo, su padre había llorado.

## XVI

Una hermosa mañana de Mayo, Max Buxy regresó de su acostumbrado paseo al Luxemburgo, con particular alegría en los ojos y en el corazón.

Aquel día se habían abierto los rosales, con un esplendor inusitado, y aquel amante de la naturaleza, consolándose como podía, por habitar en la ciudad, se había embriagado con los perfumes y colores delicados, alrededor de los invernaderos.

Al pasar por la casilla de su portero, recibió un montón de periódicos y cartas, que hojeó mientras subía por la escalera.

—¡El tío Nollard!—se dijo al reconocer la gran letra de su pariente, en un sobre de papel tela, con unas iniciales enormes en oro y plata.

Se sentó al lado de la ventana de su despacho, y, mientras saboreaba el chocolate que su criada acababa de instalar ante él, abrió el sobre mencionado y leyó.

«Querido sobrino: Después de haberme aburrido este invierno á orillas del Mediterráneo, tuve un instante, idea de volver á los Housseaux; pero, luego, me dije que una temporadita allí, en estas circunstancias, sería más fastidiosa que todas las cosas; prefiero marcharme á Suiza, en donde el aire es muy sano, y donde encontraré, acaso, gentes agradables. Si lo deseas, no tienes más que venir á reunirme conmigo; estaré en Génova, hotel Metrópolis, durante toda la semana.

He oído decir que la Roseraie se halla en venta; me figuro que su propietario se habrá arruinado y que se verá contento deshaciéndose de ella por poca cosa. Como no quiero tener nuevos vecinos tan cerca de mí, estoy deseando comprarla; pero me temo que se valga de mi posición, para pedirme más caro que á otro cualquiera. Puedes hacerme el favor de ir á los Housseaux, á visitarlos de mi parte, y al mismo tiempo te enteras de todo. Si ves que la cosa se presenta bien, me lo comunicas, y yo encargaré á mi notario, que ultime el negocio. Te agradeceré que no me hagas esperar mucho tiempo la respuesta; aprovecha este viaje, para mandar realizar las reparaciones que necesite mi propiedad, y para procurar que todo quede en buen estado.

Tu pariente y afectuoso amigo,

«HIPÓLITO NOLLARD»

—¡Qué amable es!—pensó Buxy, dejando la carta; comió muy á gusto, la tostada con mantequilla, que acompañaba al chocolate, y continuó su monólogo:— En esa carta, se ve por completo el carácter de mi tío: «Moléstate para darme gusto y date prisa, ¡Y sobre todo, trata de comprar de balde, la propiedad del vecino!» ¡Es un tesoro, ese tío!

¿Y si yo le contestase que estoy muy atareado?

Despachó la última cucharada del perfumado brebaje, miró á los árboles del Luxemburgo que formaban una cortina de fresca verdura frente á él, y reconoció que nada le sería tan agradable como un viaje de algunos días. Había trabajado bastante todo el in-

vierno, y podía permitirse el lujo de un poco de descanso y de aire puro.

—Si tomase billete de ida y vuelta, dispondría de seis días, á condición de salir el domingo... El domingo es mañana... ¡Señora Charles, meta Vd. en mi maleta, tres camisas y algo más de ropa blanca! Volveré el sábado por la mañana; ¿para entonces, tendrá usted el piso bien oreado, verdad?

Después de tomar de ese modo sus disposiciones más perentorias, continuó trabajando á fin de emplear bien el último día.

A la mañana siguiente, un poco más tarde de las cinco, se hallaba junto á la verja de los Housseaux, con la maleta en la mano: fué saludado por varios y repetidos ladridos, y vió correr por el camino á su antiguo amigo Lord que le dió la bienvenida del modo más afectuoso.

—¡Ah! ¿estás aquí?—exclamó Max, acariciando al animal—¿no estás enfadado conmigo, por haber renunciado á poseerte? ¡Si vieses la vida que llevan los perros allí, en el asfalto! ¡No serías tú, el que se pasease con bozal! Y sin embargo, desfigurándote un poco, se podría hacerte pasar por un ternero; pues tienes el tamaño, si no la cabeza. Pero en París, tampoco tienen los terneros derecho de hospedaje, á no ser en las carnicerías... ¡Quieres dejar mi chaqueta!... ¡Oh! dispense Vd., señorita.

Evelina acababa de presentarse en el vallado de la Roseraie, mientras Max, que había depositado su maleta en el suelo, daba vueltas en medio de la carretera, tratando de desembarazarse de las caricias de su

antiguo amigo, demasiado reconocido. Por fin, aunque no sin esfuerzos, consiguió el joven calmar á Lord; que se sentó á su lado, mirándole con gran ternura; entonces, pudo quitarse el sombrero y saludar cortésmente á la joven que se sonría, y le decía:

—Le está á Vd. muy agradecido. por haberle permitido vivir á su antojo, ya ve, que le quiere siempre...

—Es decir, que ha empezado á quererme; antes, éramos casi indiferentes, uno para otro... La ausencia habrá producido el cambio.

Evelina se sonrojó ligeramente, porque aquellas palabras, traducían exactamente lo que ella sentía: de la antipatía que antes sentía por Buxy, ya no quedaba nada, y la joven lo acababa de notar en aquel momento.

—¿Cómo está el señor de La Brève?—preguntó el joven volviendo á coger su maleta.

—Muy bien, gracias... ¿Viene Vd. á pasar una temporadita?

Los ojos de Max se detuvieron, por cima de la cabeza de Evelina, en el letrero que no había visto aún, luego descendieron hasta las frescas y apetitosas mejillas de la joven, sombreadas por un sombrero de paja.

—He venido para ver como sigue eso —señalaba á los Housseaux—para dar cuenta al propietario, que no volverá en todo el verano.

—¡Ah!—exclamó Evelina, cuyos colores se acentuaban.

—Creo que Lord se alegrará—continuó Max—ahora es amo del país.

Evelina parecía pensar que á ella tampoco le desagradaba la noticia, y puso su mano sobre la cabeza del animal, como para aprobarlo.

Permanecieron inmóviles, como si tuvieran muchas cosas que decirse y no supiesen por dónde empezar; pero en realidad no tenían nada de que hablar. Max rompió aquella especie de arrobamiento, que no dejaba de tener su encanto.

—¿Me permitirá el señor de La Brève, presentarme en su casa?—preguntó.

—Naturalmente... caballero—repuso Evelina.

Se separaron, y Lord, que vió que le daban con la puerta en los hocicos, se obstinaba en permanecer sentado en la carretera, con aire melancólico: indudablemente, el destino de aquel perro era preferir siempre al de sus amigos con quien no debía vivir.

## XVII

Los Housseaux se encontraban en ese estado propio de todas las propiedades confiadas á un personal numeroso, en ausencia del amo; todo parecía hallarse en buen orden, y sin embargo, nada podía servir. No se veía ni polvo ni telarañas, pero, á falta de suficiente ventilación, la humedad carcomía los colores, los ratones roían las vigas de aquella casa nueva, y el trabajo de las grietas, que empezó en cuanto se retiraron los obreros de la construcción, minaba á pasos agigantados las paredes, los techos, y, sobre todo en las tuberías, mal enchufadas y poco revisadas. La cañería de agua no funcionaba, y una de las aspas del molino, colgaba, destruída por el viento.

—¡Qué contento se va á poner el tío Nollard!— pensó Max.—Lo menos hay que llevar á cabo reparaciones por valor de dos ó tres mil francos. ¡Peor para él! Yo mandaré que las realicen, de lo contrario, á su vuelta, le costaría el doble! ¡Este es el inconveniente de las construcciones modernas! ¡Apostaría á que en la Roseraie no se ha gastado, en todo un siglo, lo que se gastará en este horrible adefesio en dos ó tres años! ¡Pero á su propietario le gusta! ¡A esto llama él, comodidades modernas!

Max envió recado á varios proveedores, escribió á otros y, cumplido este deber, se trasladó á casa de sus vecinos, en donde fué recibido muy cordialmente

por el Sr. de La Brève. Evelina se contentó con dirigirla una linda sonrisa de joven de mundo bien educada, en la cual no encontró Buxy, la exquisita gracia que halló durante su entrevista en la carretera.

Dos cartas yacían sobre la mesa, al lado de sus sobres: una, era una participación de matrimonio, según se veía por la doble hoja, impresa, de papel; la otra notificaba un nacimiento, á juzgar por el color de rosa del papel y del sobre.

Los ojos de Evelina, silenciosa, se dirigían tan á menudo á aquellos objetos, que La Brève creyó deber dar una explicación.

—Hemos recibido dos noticias al mismo tiempo,— dijo—lo cual es raro en esta casa: la madrina de mi hija ha dado al mundo un niño, y nuestro vecino (vecino un poco lejano) Huberto de Trémégny, se ha casado la semana pasada... No siempre nos trae el cartero, tantos temas para nuestra charla...

Max dejó ver un gesto fino, como hombre á quien todo eso era indiferente; luego, súbitamente, acordándose de una frase de Nollard en la que nunca se había fijado preguntó:

—¿La madrina de la señorita de La Brève? ¿la que le servía, hasta cierto punto, de madre?

La Brève inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Yo creí—continuó Buxy—que era una persona... en fin, que ya no era joven.

—Precisamente. Y á pesar de los deseos de la buena señora, que ansiaba tener un niño, la propiedad de Vigeran, pasará á manos femeninas, pues la descendiente de la madrina de Eva, es niña.



Max comprendió entonces la distraída actitud de Evelina: sabía lo suficiente para comprender que el nacimiento de aquella chiquilla terminaba la ruina de la única esperanza que podían tener en la Roseraie, y en vez de participar, aunque sólo fuera por cortesía, del disgusto de Evelina, se volvió, de repente, muy alegre. Su buen humor comunicativo, alcanzó pronto á su huésped; pero Evelina se retiró, llevándose la carta rosa y entonces declinó la jovialidad de Buxy.

Después de titubear un instante, tomó una determinación violenta.

—No tengo el honor de conocer á Vd. como yo desearía, caballero—dijo,—y temo parecer indiscreto: le suplico que no me juzgue por las extrañas preguntas que voy á dirigirle. He oído que quiere Vd. separarse de la Roseraie.

Un resplandor de inquieto turbó los ojos de La Brève, y el vivo carmín de la emoción coloreó sus mejillas; se limitó á contestar con una seña.

—Yo no podría—prosiguió el joven—usar con usted de astucia, ni engañarle... Creo, que, por encima de todo, le sería á Vd. desagradable ver pasar esta propiedad á malas manos, ¿no es eso?

En las mejillas del anciano se acentuó el color de la púrpura; pero él entreabrió los labios y no dijo una palabra.

—En una palabra, ¿le disgustaría á Vd. saber que su propiedad ha sido comprada, con la sola intención de destruirla?

—¿La vieja casa? Indudablemente—repuso el propietario de la Roseraie, con un resplandor de indigna-

ción en su mirada.—Sin embargo,—continuó tristemente—el que vende, no tiene derecho á imponer condiciones...

—Pero se puede escoger el comprador.

La Brève no parecía muy convencido de aquella verdad; esperó que Max se sirviera demostrársela.

—O, cuando menos, puede uno dejar de escoger al que no tiene más intención que esa,—prosiguió Max.—¡Pues bien! señor, yo sé que Nollard compraría de buena gana la Roseraie; también sé, que su primer acto y su mayor placer serían el derribarla; ¡no se la venda Vd.!

Por el rostro del padre de Evelina cruzó una expresión complicada, indefinible; había en ella cólera, agradecimiento, embarazo y, finalmente, la imposibilidad de obrar á su capricho.... Max se dió cuenta, en seguida, de este último sentimiento y añadió:

—Y digo: No se la venda Vd., porque él no consentirá en pagarla lo que vale. Nollard tira á veces el dinero por la ventana, para recrearse; pero le gusta comprar gangas, como él mismo dice.

—¡En cuanto á eso, yo no lo admitiría!—replicó el anciano.—No estoy arruinado, caballero—añadió con cierta vanidad;—no tengo deudas, no me veo forzado á venderla... ¡En semejantes condiciones no la venderé!

—¡Y hará Vd. admirablemente!—exclamó Max levantándose rápidamente.

Al ver la sorpresa de su huésped, se volvió á sentar muy de prisa.

—Al empezar á hablar, le supliqué que me dispen-

sase, de antemano;—siguió diciendo Buxy—repito á usted mis excusas, por introducirme en sus asuntos...

—Perdone Vd. —observó el padre de Evelina, pasándose la mano por la frente —pero, como se explica que sea Vd. el que...

—¿El que venda á Nollard, quiere Vd. decir? No le extrañe. Ya creo haberle dicho que es un pariente muy lejano; pero la absoluta independenciamiento en que vivo, respecto de él, me concede derecho para juzgar sus actos. Me ha encargado que cuide su propiedad, lo hago muy á gusto, del modo mejor para sus intereses, y gratuitamente, se lo aseguro á Vd.; pero me ha encargado también que le participe si puede comprar la Roseraie, muy barata; y le contestaré que no, que se ha puesto en venta, á un precio muy elevado. Es muy sencillo.

Evelina penetró en aquel momento; miró á los dos hombres que, bajo aparente corrección de actitud, ocultaban una secreta emoción. Al principio creyó que se habrían enfadado; pero un detenido examen de las facciones de un padre, la convenció de todo lo contrario.

Habían suspendido su conversación, como si la presencia de la joven les impidiese continuar hablando; Max se levantó para despedirse.

—Señor Buxy—dijo, titubeando, La Brève—ya que se encuentra Vd. solo en los Housseaux, ¿tendría usted la bondad de compartir nuestra cena patriarcal?

—¡No puede ser! ¡Cómo aceptar los presentes de Artajerjes! ¡Sería desterrado de este país! Y por consiguiente, privado del gusto de volver á ver á Vds.—

respondió Max, inclinándose ante Evelina.—Pero, si no tiene Vd. inconveniente, tendré el honor de volver mañana; hablaremos detenidamente de las negociaciones. Adiós, señorita.

Salió, sin que su huésped pensase en acompañarle, siguiendo su acostumbrado acto de cortesía.

—¿Qué quiere decir, papá? —interrogó Evelina— ¿De qué negociaciones habla?

—Ese joven tiene un corazón de oro—repuso La Brève, saliendo de su preocupación,—me ha prevenido de que Nollard quería comprar la Roseraie, lo más barato posible.

—¿Nollard?—exclamó Evelina, con los ojos enfurecidos.—¡Nunca en la vida! ¡Preferiría quedarme soltera!

Esa expansión imprevista causó gran júbilo al padre.

—¿Cómo? Luego, ¿quieres algo á esta Roseraie, que pretendemos vender?

—¡No sé si la quiero; pero sé que detesto á ese hombre antipático! ¡Y no quiero, no! ¡no quiero que él llegue á poseer nuestra casa, que pueda vivir aquí, que sea el amo!... ¡Lord!

El perro se coló por la ventana, poco elevada; ese camino le parecía más cómodo que el de la puerta.

—¡Lord, si viene aquí tu antiguo amo, le muerdes, te lo comes! ¿Verdad que lo despedazaremos?

El danés inclinó las orejas hacia la puerta, dió un paso hacia adelante, ladró, enseñó los dientes y, por fin, saltó de nuevo por la ventana aullando, hasta que Evelina le hizo entrar y lo cogió por el collar obligándole á acostarse á sus pies.

—Poco á poco, mi buen Lord; espera que haya venido; no te equivoques; hay que ser amable con el Sr. Buxy, ya que él nos protege... También él es un buen perro, ¿verdad Lord?

—Tiene tanto más mérito, cuanto que si llega á saber Nollard, lo que acaba de decirnos su sobrino, lo aborrecerá toda su vida.

—Y hasta es capaz de desheredarle!—exclamó Evelina, jugueteando con el anuncio de la boda de Huberto.—Elmira me ha dicho que es heredero universal de ese viejo imbécil.

—En ese caso,—repuso el padre—esa es la verdadera generosidad... Apenas nos conoce...

De repente se le ocurrió una cosa en que no había pensado hasta entonces; miró á su hija, la cual, algo pálida y con los labios apretados, golpeaba el papel que tenía entre manos.

—¡Qué quiere Vd., padre!—replicó Eva—hacen falta gentes honradas, para consolarnos de los daños de los que no lo son.

Clavó en La Brève su segura mirada, en la que se vislumbraba una sombra de desprecio hacia Huberto; pero el padre no pudo leer en ella nada más.

## XVIII

Max volvió al día siguiente, conforme había anunciado, y, esta vez, nada turbó su conversación. Al otro día, cuando empujaba la valla para verificar su visita, fué alcanzado por una horda de gentes desconocidas en el país.

En primer lugar se veía á un hombre vestido con ropas compradas en un almacén de cuarto orden; pero que, indudablemente, habría pagado muy caras; una enorme cadena de reloj, relucía en su chaleco, y sus manos, acostumbradas á la libertad, se hallaban apriionadas en unos guantes de color muy chillón.

Tras él venía una mujer con un traje de seda, color castaño, uno de esos sombreros extravagantes que acuden, sin saberse cómo, á posarse en cabezas construídas especialmente para ellos; aquella mujer monumental blandía una sombrilla con la cual no sabía lo que hacer.

Detrás de ella venía una niña delgada, y un muchacho mofletudo, más dos compañeros de campo, sin guantes, pero, á pesar de ello, muy embarazados con sus manos; y una señorita coronada con una capota, tan echada hacia atrás, que á cada paso, la sostenía con un movimiento de hombros; esta última era con seguridad la criada, que la habrían llevado de campo. Toda esa gente se colocó ante el letrero de la Roseraie.

—¿Es aquí donde se vende eso?—preguntó la estafalaria señora á Buxy, que se había detenido para admirarlos.—¿Es Vd. el propietario? Porque, le diré á usted, hemos ganado el premio gordo en la última lotería, y quisiéramos estar en casa propia... y, como nos han dicho que aquí se vendía una casa bonita, hemos venido para verla. Nosotros somos de Chemillé, es decir no precisamente de Chemillé, pero de muy cerca, de Saint-Georges du Puy de la Garde, ¿lo conoce Vd.?

Max explicó, en pocas palabras, que él no era el propietario, que no conocía la localidad en cuestión, y que la Roseraie se hallaba en venta.

—¿Esta es?—preguntó la señora señalando con su sombrilla en la dirección indicada; me hubiera gustado más la del otro lado;—señalaba á los Housseaux, á riesgo de saltar un ojo al joven—¡Siquiera esa casa es bonita! ¿Es dorada, ves, hombre?

—Sí; pero puesto que este señor dice que es esta otra...—repuso el interpelado.

Max los contemplaba con respeto.

—¿Y dice Vd., señora, que ha ganado el premio gordo á la lotería?

—¡Sí, señor, cien mil francos! Y no tenemos más que un billete. ¡Ya ve Vd. qué suerte!

—¡Ya lo creo! ¡Pues bien señora, me alegraré que les guste la Roseraie!

Los saludó y regresó á los Housseaux, algo melancólico.

—Yo debiera estar contento,—se decía, paseándose por los matorrales cuyas jóvenes ramas comenzaban

á ocultar las heridas hechas en honor de la difunta bola,—he visto una cosa muy rara: ¡gentes que han ganado un premio de cien mil francos! ¿Pero, existen personas que ganan á la lotería? Podrían emplear peor el dinero, que comprando la Roseraie... ¡Pobre Roseraie! ¡Y pensar que si fuese yo quien hubiera ganado en la lotería, la compraría también... nada más que para instalar en ella al Sr. de La Brève, como inquilino perpetuo!... Ese buen sujeto ama su casa... me parece que si sale de ella, hará lo que esos burócratas retirados, se morirá de fastidio, tal vez de pena... ¿Por qué venderá su casa?... ¡Ah! ¡ya caigo!... para dotar á Evelina... ¡Remilgada!... ¿Remilgada? ¡No! Pero quiere casarse... Todas quieren casarse... ¡Pobre niña! Es muy bonita, y ya no tiene aquel airecillo impertinente... En el fondo, creo que es buena, y que ama á su padre; pero habría que cerciorarse...

Se detuvo, de repente, y se sentó en un banco.

—¿Cerciorarse? ¿Para qué? ¿Dónde vas á parar, amigo Max? ¿Qué puede á ti importarte? ¿Es que acaso...

Penetró hasta el fondo de su alma, y salió de ella tranquilizado.

—¡No, ni por asomo! ¡Menos mal! He tenido casi miedo.

Un gran ruido de voces en la carretera, llamó su atención; aprovechando una brecha en los macizos, miró, y vió la empingorotada horda que volvía con grandes gestos y cacarreos, como un corral en revolución.

—¡Vamos á ver si han comprado!—se dijo, y se marchó. En el prado, encontró á sus vecinos.

La Brève se hallaba muy turbado, como un pájaro cuyas plumas erizadas no han tenido aún tiempo para colocarse en su sitio. Evelina, sacudida de vez en cuando, por sus últimas carcajadas, salió al encuentro de Buxy, con encantadora amabilidad.

—¿Los ha visto Vd.?—preguntó—¡estoy segura que los ha visto!

—Sí, señorita.

—¡Pero no los habrá Vd. oído!

—¡También, señorita! ¡Les he oído! Les ha tocado un premio de cien mil francos; he sido el primero que ha recibido la confidencia.

—¡No, señor, el primero no! ¡Ya se lo habían dicho á José, que lo han encontrado en la estación, y José asegura que se lo habían comunicado también al jefe de estación, al darle los billetes! ¡No se vanaglorie usted! ¡Y además, han dicho otras muchas cosas!

La joven reía, sus ojos refan y todo su ser vibraba con una alegría comunicativa.

—¡Han dicho,—prosiguió Evelina—que para ver una casucha vieja, como ésta, no merecía la pena de tomar el tren, que les había costado ocho francos y ochenta céntimos y que su casa era mejor que esto! ¡Cuando menos, tenían un armario de luna! ¡Y que si querían venderles la casa de enfrente, que era muy bonita, verían! ¡Pero ésta, no merecía que se hablase! ¡Lo que quieren es una casa que parezca un castillo! ¡Y papá, que ha estado á punto de enfadarse! ¡Oh! papá, ¡yo que le creía un gran filósofo! ¡Y sin embargo, es verdad que en la Roseraie no hay ningún armario de luna!

La Brève había tomado el partido de reirse también; encontraba adorable á Evelina, en aquella explosión de inocente malicia; y Max era absolutamente de la misma opinión. Durante un cuarto de hora, hicieron toda clase de comentarios sobre aquel acontecimiento, luego permanecieron en silencio con el cansancio de los que se han reído demasiado, y miraron al paisaje, sin decir nada.

—Tengo que marcharme—dijo Max, de pronto, como si saliera de un sueño.—¿Mañana es viernes, no es eso?

—Jueves, nada más—contestó el anciano.

—¡Ah! menos mal... Debo estar en París el viernes por la noche. Por otra parte, ya he terminado todo cuanto tenía que hacer en los Housseaux: los obreros no tienen más que cumplir las órdenes que han recibido.

—Pero lo harán mal, si no se halla Vd. presente—observó La Brève.

—He escrito al notario, para que se cuide de todo: él es quien debe pagar, luego él debe ser el que compruebe los trabajos.

Se levantó, acarició al perro, que se aproximaba á él, y saludó á Evelina.

—Adiós, señorita—dijo.

—¿Volverá Vd. mañana, y el viernes, verdad?—interrogó La Brève.

—Creo que no... mañana iré á Nantes...

—¿No ha realizado Vd. nunca ese viaje, por el río? Merece emprenderlo, créalo Vd. Yo también tengo algo que hacer en Nantes: ¿quiere Vd. que tomemos

el barco juntos? Pasa por aquí á las ocho de la mañana; ¡verá Vd., es delicioso!

—¡Oh! ¡papá, lléveme Vd.!—exclamó Evelina.

Se quedó muy confusa; pero se tranquilizó al ver que Max no la miraba. Su padre, contento con tenerla siempre á su lado, no se opuso, y la cosa se consideró decidida.

A la mañana siguiente, al levantarse, La Brève recibió una tarjeta fechada la víspera por la noche, en la cual le anunciaba Buxy que no podía acompañarle; se veía obligado, según decía, á regresar á París, inmediatamente, y sentía muchísimo tener que renunciar al placer de la excursión proyectada.

Max, había consultado consigo mismo; pero muy seriamente esta vez. Y, en efecto, el tren de la mañana le condujo á París, en donde se sumergió, en seguida, en las delicias de un encarnizado trabajo.

—Nuestro vecino ha sido llamado, de repente, á su casa—dijo La Brève á su hija, cuando ésta apareció, cubierta con un delicioso sombrerito, muy bien enguantada y linda como un ángel.

—¡Oh!—exclamó Evelina.—¡Bueno! ¡papá, iremos sin él!

Una ligera bruma invadió la pradera, produciendo una pequeña agitación en el río; un penacho de humo, anunciaba la próxima llegada del barco...

—¿Papá, está lloviendo; tiene Vd. gran interés en ir hoy á Nantes?

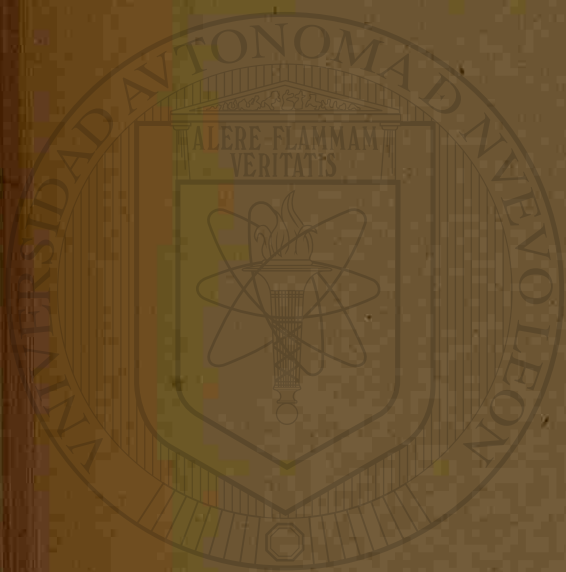
—Ninguno, hija mía...

—Entonces, me voy á quitar el traje bueno...

Subió lentamente, con paso descorazonado, y al

ver á Elmira, que arreglaba el cuarto, le dijo:  
—¡Qué lluvia tan fastidiosa! ¡Nos ha aguado un bonito viaje! Déme Vd. el vestido de ayer.

Y satisfecha por encontrar un pretexto en el fino vapor que se desprendía de una nube, dorada ya por el sol, permaneció triste toda la mañana.



XIX

El magnífico verano estaba próximo á terminar; las hojas muertas comenzaban á arrojar por los prados unas manchas claras que daban al paisaje un tinte sumamente delicado, casi enfermizo, y el señor de La Brève, vencido por las dificultades de la vida, había ya renunciado á la lucha.

En un espacio de cinco meses había visto desfilas por su casa lo menos una docena de presuntos compradores, ninguno había querido ver más que el lado malo de la operación, ninguno supo apreciar el encanto de la casa, la belleza de las flores, ni aun la calidad de la tierra: no había oído más que inconveniencias, algunas poco delicadas; ninguno podía sospechar que un propietario es un ser como otro cualquiera, capaz de padecer si se le molesta; podría suponerse que los visitantes se complacían en despreñar, á veces con palpable mala fe, lo que tenían ante sus ojos.

En una palabra, el padre de Evelina se hallaba cansado, cansado de enseñar la Roseraie, y cansado, quizás, de vivir.

Eso está visto: durante largos años se soporta la fatiga, se sufren las penas con una fuerza que se extraña uno mismo, y luego, de pronto, por la menor cosa, el ser robusto se quiebra y anonada. Entonces es cuando amigos y conocidos exclaman: «¡Tan fuerte como parecía y ha sucumbido por una bagatela!»

¡Pues bien, sí! una nimiedad derriba el árbol por tierra, pero había recibido demasiados asaltos y las viejas heridas le han ido minando.

La Brève no había proferido queja alguna; mas, había ido disminuyendo sus paseos de día en día, hasta llegar á limitarlos al prado, desde donde contemplaba el Loire y sus colinas; y por fin, una mañana, sorprendida Elmira por no verlo bajar, subió á su cuarto.

—No he podido levantarme, mi buena Elmira—dijo el anciano con resignada sonrisa.

—Eso es un poco de cansancio, señor; pero no será nada; voy á prepararle á Vd. un buen caldo—repuso la noble criatura.

Arregló las almohadas del enfermo, y se trasladó á la habitación de la señorita.

—Señorita—le dijo,—su papá se halla muy enfermo.

Evelina, que estaba adornando un sombrero de fieltro con cintas, dejó caer sus utensilios.

—¿Papá? ¿qué tiene? ¡Ayer se encontraba muy bien!

—Hace mucho tiempo, querida, que su papá pade-

ce; aunque no ha querido nunca dejárselo ver á Vd., por miedo de alarmla... Desde la primavera pasada, ha cambiado poco á poco, y ahora está muy mal, muy mal... Siento mucho verme precisada á decirselo á Vd., porque le causará mucha pena...

Evelina escuchaba, muy pálida, llena de miedo y de dolor. La primera vez que el dolor verdadero, el que no procede de la imaginación sino del corazón, penetra en un ser, lo trastorna todo, produciendo en él un hueco, como la dinamita.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó llena de angustia, sintiéndose desfallecer.

—En primer lugar, que vaya José á avisar al doctor Maugendre; y luego, querida mía, será preciso, según mi opinión...

—¿Qué?—preguntó Evelina al ver que Elmira titubeaba.

—Convendrá no volver á hablar de la venta de la casa, pues eso es lo que ha producido todo el daño.

Sin contestar, porque su orgullo acababa de padecer un asalto prodigioso, la joven se encaminó á la puerta. ¿Quién era una criada, por antigua que fuese en la casa, para dictarle su conducta? Demasiado sabía ella lo que debía hacer.

Al abrir la puerta del cuarto de su padre, en donde no entraba nunca, pues él se levantaba siempre antes que ella, Evelina se sintió contrariada.

La pequeña habitación, estrecha y baja, que ella había calificado antes de «nicho» parecía sumamente fría y triste aquel día de otoño. La lluvia, impulsada por las ráfagas, azotaba los cristales, en donde se des-



lizaba en lamentables cascadas, y las ramas de los árboles próximos sacudían lúgubrementemente la fachada.

—¿No se encuentra Vd. bien, papá?—preguntó Evelina, muy emocionada por el doloroso conjunto de aquel cuarto melancólico y la paciente resignación impresa en las facciones de su padre.

Los ojos de La Brève se iluminaban débilmente; extendió su fina y enflaquecida mano hacia su hija y contestó, con cierta fatiga:

—No es nada, querida; habré caminado demasiado, estos últimos días, por las viñas... Hubiera querido levantarme, hay que vendimiar la semana que viene, ó la siguiente, á más tardar; pero de aquí á entonces, ya estaré restablecido.

Su voz denunciaba menos esperanzas que sus palabras; era débil, apagada, sin inflexión como un hombre cuyas fuerzas se consumen.

—¿Que estará Vd. restablecido? ¡Claro que sí, papá querido!—repuso Evelina, cuyo corazón, de inocente pajarillo, sufría extrañas y penosas modificaciones.—Pero si quiere Vd. curarse más pronto, no debe de permanecer aquí! Va Vd. á instalarse en mi hermoso cuarto, al sol... hoy no entrará el sol, porque llueve á mares, pero esta tarde ó mañana aparecerá... ¡Y verá Vd. que bonito es cuando hace buen tiempo!

—No creo que pueda levantarme—replicó La Brève, con la repugnancia que las gentes enfermas tienen á cambiar de posición.

—Eso no es más que una mala postura—añadió Elmira, para animarle;—yo supongo que le molestará á usted algo levantarse; pero luego le producirá mucho

bien. ¡Vamos, un poco de valor! José le pondrá la bata y todo irá bien.

Cinco minutos más tarde, el señor de La Brève, con las piernas vacilantes, y la cabeza extraviada, apareció en el cuarto de su hija: apoyado en Elmira, llegó hasta la butaca que Evelina le acercaba; pero, apenas se hubo instalado en ella, extendió sus manos adelante, con el ademán de un hombre que se ahoga, y perdió el conocimiento.

—¡Ve á buscar el médico!—dijo Elmira á José que permanecía espantado, en frente de su amo—¡y no te entretengas en el camino!

El honrado hombre, salió á escape, mientras Evelina y su antigua nodriza se esforzaban en reanimar al paciente.

—He oído decir que conviene acostarlos... Espere usted, señorita, ahora lo echaremos en la cama...

Con aire heroico, Elmira, que no era ni alta ni robusta, en apariencia, levantó á su amo y lo acostó en la cama de Evelina; con algunas aspersiones de agua fría, y varias fricciones de agua de Colonia en las sienes, no tardó en hacerle volver en sí.

—Qué susto nos ha dado Vd.!—dijo la sirvienta, sonriendo, en cuanto los párpados del enfermo pestañearon para abrirse;—pero ya pasó. Abra Vd. la ventana, por favor, señorita, que el viento no sopla por este lado, y el aire le sentará bien.

Evelina obedeció dócilmente, confusa, avergonzada de creerse inútil, y más vergonzosa aun por haber tenido malos sentimientos hacía un rato, acerca de la humilde mujer que en aquel momento era muy superior á ella.

La Brève, demasiado trastornado para hablar y hasta para pensar, miraba vagamente en derredor suyo; su hija se acercó, cogió la mano que descansaba en el lecho, y la estrechó largo rato entre sus labios; luego abandonó afectuosamente la presión, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ahora no debe Vd. moverse, señor—dijo Elmira; —voy á traerle un poco de *cognac*, de ese que tenemos de reserva y luego se cerrará la ventana y arreglaremos un buen fuego. Aquí—añadió, cubriendo con una manta los pies del enfermo que ella acababa de descalzar,—estará Vd. muy bien así, con la cabeza alta... y la señorita le impedirá que hable.

Con una animadora sonrisa la buena mujer cerró la ventana y salió de la habitación; así que hubo desaparecido, Evelina sintió caer sobre sus hombros el enorme peso de una gran responsabilidad.

La Brève había cerrado los ojos, su respiración normal anunciaba una especie de somnolencia; la joven se separó despacito de la cama, pues el temor de producir el más leve ruido la disgustaba; atravesó, de puntillas, la inmensa habitación, cuyo suelo le parecía chillar como un animal maltratado, y se acercó á la ventana.

Triste era aquel paisaje azotado por la lluvia, en el cual las hojas desprendidas de los álamos atravesaban el aire enfurecido, cual aves emigrantes; tristes, el desolado jardín, las ramas de los rosales que se retorcíán como brazos desesperados, el río de color gris sucio, desbordado sobre los prados en donde depositaba trozos de maderas, semejantes á ataúdes.

Triste también el hogar y la vida que Evelina miraba detenidamente, por primera vez, con sus temores, sus penas, y su posible luto...

A los diez y ocho años se debería vivir como una tórtola, cantar al sol y dormirse al crepúsculo, para despertar, al día siguiente, ebrio de luz y de día... Pero las tórtolas temen á los cazadores...

La vida es triste, Evelina, sobre todo, cuando sólo se ha querido ver su lado alegre, divertido, egoísta...

Con gran remordimiento y muchas lágrimas, la joven miraba al lecho de su padre. Elmira penetraba, entonces con el cordial en una mano, y un haz de leña seca, bajo el brazo. Dejó la leña en la chimenea y llevó el *cognac* al enfermo, cuyos ojos extraviados vagaban por el techo.

Mientras que con amables y fortificantes palabras, la sirvienta le obligaba á beber á pequeños sorbos, Evelina notó que el fuego no ardería por sí solo. Arrojada ante la vasta chimenea trató de avivarlo, no consiguiendo más que producir una gran humareda, hasta que la criada, que por prudencia rodaba arreglando esto y aquello en el cuarto, se aproximó á ella.

—Es difícil encender el fuego cuando no se tiene costumbre—dijo á media voz, con ese acento de buen humor que obliga á aceptar una intervención;—yo he necesitado más de veinte años para aprender. Vd. no tiene más que diez y nueve, señorita; por lo tanto, no puede saberlo... ¡Mire Vd., colocando estas virutas debajo y los leños encima, arderá muy pronto!

En efecto, ya empezaba á chisporrotear una llama

clara y el humo esparcido por la habitación, desapareció, en azules bocanadas, por la chimenea.

—Voy á preparar la comida—dijo Elmira, levantándose;—¡pues cuando hay un enfermo en la casa, no se debe ayunar!

La Brève parecía dormir; Evelina cogió de nuevo, maquinalmente, su empezada labor; pero los alegres colores de las cintas que tenía entre manos ofrecían demasiado violento contraste con sus preocupaciones, por lo cual, las abandonó, entregándose á una especie de meditación.

¡Cuán triste era encontrarse completamente sola, lejos de toda ayuda, sin parientes, sin amigos, y aun sin vecinos!... El doctor era un buen hombre, seguramente vendría lo antes posible; pero terminada su corta visita de médico muy ocupado, los días se hacían muy largos, hasta la fecha en que el señor de La Brève pudiera salir, para vigilar sus viñas.

Evelina había tenido mucho miedo de verle morir; pero ahora ya parecía conjurado el peligro; ¡la joven no quería creer que pudiera morir su padre! Este era todavía joven, y días antes se hallaba lleno de vida... ¿Era posible que, tan de prisa y sin motivo, se hubiera declarado una enfermedad grave, sin saberlo ella?

¡Elmira no sabía lo que decía! ¿Cómo podría haber causado tanto daño la idea de vender la casa? ¡Eso son absurdos que se meten en la cabeza de las gentes sin educación! ¡Y además, todavía no se había vendido la desgraciada casa ni estaba próxima á venderse!

Evelina empezaba á dudar de la eficacia de su panacea, pues los anuncios y el cartel sólo les habían

proporcionado, hasta entonces, muchos disgustos... Menos aquel día, en que tuvieron la visita de las personas que habían ganado á la lotería; pues con ellas se rieron á más no poder...

¡Qué lejos estaban aquellas agradables risas, y aquella visita, la de Max Buxy... No había vuelto á dar noticias suyas... ¿con qué pretexto? Tampoco se oía hablar de Nollard... En la Roseraie se había producido el vacío, pues las relaciones entre la vecindad, aunque muy amistosas, eran únicamente oficiales. ¡Qué largo sería este invierno!... ¡Y qué temprano empezaba!

El tiempo no tiene duración, cuando se medita; puede parecer muy largo y muy corto según esté uno dispuesto; Evelina se sorprendió mucho de oír rodar el tilburi del médico, que venía con José. Se sintieron en la escalera las pisadas del doctor, y en seguida penetró en la habitación; Evelina, nada más que con verlo, se encontró de repente más animada. La Brève volvió la cabeza y sonrió.

—¡Ah!—exclamó el buen galeno—¿ha hallado Vd. medio de obligarme á venir, á pesar mío? ¡Tenía que cortar una pierna, al otro lado de Loire, pero se esperará! ¿Qué tiene Vd., veamos? ¡En primer lugar, no puede ser nada grave! ¿Quiere Vd. tener la bondad de dejarnos solos, señorita Evelina? Pues debemos mover y remover por todos lados á este buen padre, para saber lo que tiene.

Evelina se retiró, silenciosamente; luego se introdujo en el cuarto de La Brève.

Con un claro rayo del sol de la tarde, hubiera po-

dido, en verano, parecer habitable aquel cuartucho; pero bajo la obscura luz de una mañana de invierno, parecía más triste que la muerte. Siempre muy limpio, gracias á los cuidados de Elmira, no tenía nada de lo que da vida y alegría; los muebles eran de una sencillez y de una pobreza, que contrastaban singularmente con las demás habitaciones, sobre todo, con la que ocupaba Evelina.

La joven se extrañó; de repente comprendió todo: su padre se había despojado de cuanto podía ofrecer algún interés, para dárselo, reservando para él los objetos indispensables, ó los que á causa de su fealdad, no se sabe donde guardar...

—¡Pobre padre mío!—se decía Eva.—Yo debería haber visto como vivía... ¡qué poco me he cuidado de él!

Para entretener su rato de espera, empezó á arreglar los libros diseminados por todas partes; en la mesa, junto á la cama se hallaba un tomo de Montaigne, estropeado por constante lectura; lo abrió y volvió á dejarlo; aquella filosofía no era todavía para su edad. Por fin, oyó la voz del doctor, en el pasillo, y corrió á él; éste la condujo hasta el fondo del «nicho» y la invitó á sentarse.

—Es Vd. muy joven, señorita—dijo;—pero debe de ser muy razonable, y voy á hablarle como á una mujer. Su padre no tiene nada, y, sin embargo, se puede temer todo; no tiene ningún órgano dañado, pero todos están gastados, como un piano en que se ha ejecutado mucho. Su papá ha debido tener grandes penas recientemente, pues á principios de verano tuve

ocasión de examinarle, á causa de un reuma sin consecuencias y, desde entonces, su estado ha empeorado mucho. Las penas son un veneno, que va matando lentamente... no por sí mismo, sino porque quita fuerzas para obrar. Vd. es una señorita amable y encantadora, que ama á su padre: por consiguiente, le será fácil procurar al señor La Brève una vida agradable. Y, sobre todo, cuide de que no le hagan volver á enseñar su propiedad... ¿me entiende? Si es necesario, indispensable venderla, es preferible que la venta se realice á sus espaldas, y no imponerle el cansancio y el disgusto,... sí... digo bien, el disgusto de discutir sus intereses y los de Vd., con gentes mal educadas, necias, ó simplemente indiferentes. Esta, crea Vd., que es la primera condición para su restablecimiento, lo demás vendrá más tarde.

Evelina escuchaba con la cabeza inclinada, con aparente sumisión; pero en su fondo se sublevaba. ¿Con qué derecho se metía ese médico en lo que no le importaba?

Acostumbrado como estaba, á adivinar más de un drama de familia, encubierto por la enfermedad, no insistió, pensando, con razón, que el tiempo y los buenos sentimientos de Evelina harían su obra. Con gesto paternal, colocó su gruesa mano en los desplegados dedos de la joven.

—Ya se ve que quiere Vd. mucho á su padre—le dijo,—y estoy seguro de que lo cuidará muy bien. En medio de todo, más debe trabajar Vd. que yo. Tiene los miembros doloridos, por el exceso de fatiga en las viñas; pero eso no es nada, y desaparecerá antes de

ocho días; mas su debilidad será larga... se ha excedido, ha abusado; todo el mundo abusa, incluso yo, que debía hallarme cortando una pierna, allá abajo en la Vendée... Afortunadamente, he traído á mi criado, y él guiará el coche; de lo contrario, mi mano temblaría... Hasta otro día, hija mía.

Imprimió á su despedida, toda la ternura de su buena naturaleza y se marchó; después de bajar dos otros escalones, volvió á subir:

—Será mejor que no obliguen Vds. al enfermo á que se levante hoy: pues mañana podría volverse á su antigua cama.

—No tenga Vd. cuidado, doctor—repuso Evelina,—no abandonará el cuarto que ocupa ni hoy ni mañana ni en los días sucesivos.

En efecto, por más que protestó La Brève, su hija no quiso consentir, de ninguna manera, que volviese á su «nicho». Demasiado débil, para luchar mucho tiempo, se adormeció á la caída de la tarde y Evelina aprovechó para instalarse en el pequeño cuarto con su caja de costura y algunos accesorios. Elmira insistió en velar al enfermo y ganó la partida; se acostó en su catre en un rincón de la vasta pieza; pero no pudo pegar los ojos en toda la noche.

Cuando, al amanecer, fué Evelina á relevarla de su guardia, pudo contemplar el tranquilo sueño de su padre. Al contemplarlo de cerca, para buscar las huellas del cambio de que había hablado el doctor Mangendre, notó, en efecto, que sus cabellos habían encanecido mucho; varias arrugas sobre los ojos, indicaban que había pasado largas y dolorosas noches en

vela; los extremos de la boca se hundían en un pliegue de melancolía; en realidad, los seis meses precedentes habían causado en aquel hombre, un destrozo como varios años.

—¡Pobre padre mío querido!—pensaba Evelina,—¡no tengo más que á él, y, sobre todo... él no tiene más que á mí!

Las lágrimas cayeron en ardiente lluvia, en sus dedos, en su ropa, hasta el extremo de tener que retirarse para ocultarlas. Evelina lloraba muy rara vez, y, hasta entonces, sólo había conocido lágrimas de impaciencia ó de disgusto; pero ahora, con las del dolor, sintió la joven que se renovaba su alma.

El cartero apareció á la hora acostumbrada, portador de una carta, cuya letra fué reconocida, con sorpresa, por Evelina. ¡Su madrina le escribía tan poco! Después del nacimiento de su hijo, no había dado siquiera señales de vida. ¡La lectura de la misiva le reservaba una buena sorpresa!

Su esencia era, poco más ó menos:

«Te he tenido muy olvidada desde el día de mi boda, y no sospechaba que procedía mal; pero un acontecimiento imprevisto me ha abierto los ojos. Mi hijita ha caído enferma, y durante varios días, hemos estado temiendo perderla. Entonces me he preguntado qué podría ofrecer á la providencia, para rescatarla, y me percaté de que, después de haberte educado en la idea de que tú serías mi heredera, había obrado muy ligeramente, no haciendo nada para asegurar tu suerte. Ahora, tengo una heredera natural, y no podría despojarla; pero he depositado, á tu nombre, en una

casa de banca de Nantes, la cantidad de veinte mil francos, que podrás recoger cuando gustes. Eso no es lo que hubieras poseído á mi muerte, si no me hubiese casado; pero siempre he pensado vivir muchos años, y, además, «más vale un toma, que dos te daré».

—¡Papá! exclamó Evelina, entrando en el cuarto, con la carta en la mano,—¡mira, aquí hay con qué renovar las viñas!

Acto continuo leyó á su padre la comunicación de su madrina, y La Brève, sin parecer sorprenderse, manifestó un verdadero placer.

—No por mis viñas, querida, ya comprenderás—dijo,—ese dinero es tuyo, y no puedo distraer de él un solo céntimo; pero me alegro por ti; si yo...

No terminó su pensamiento, y su hija no se atrevió á hacer ver que lo había comprendido. Después de la larga mal avenencia que los había conducido hasta la actualidad, no estaban seguros de entenderse á medias palabras; y, por otra parte, el médico había prohibido toda clase de emociones; sin duda, ya llegaría el día en que pudieran hablarse con toda confianza.

El domingo siguiente, llegó el doctor, con aire importante y casi misterioso. Halló al enfermo en bastante buen estado; después de auscultarlo concienzudamente, se sentó con comodidad.

—No acostumbro á visitar los domingos, pero podremos charlar un poco ¿verdad?—dijo Mangendre.—¿No saben Vds. la noticia? ¡Pobre Nollard! ¡Ya no les volverá á molestar á Vds. ni á nadie! ¡Se ha muerto! ¡Por un accidente, como un tonto! Estaba de excursión en Suiza. Al contemplar una hermosa mujer que

entraba en un barco, en el lado de los Cuatro-Cantones, dió un paso en falso, y cayó.

—¿Se ha ahogado?—preguntó La Brève con verdadera compasión, pues su buen corazón le inspiraba piedad aun para las gentes de la calaña de su vecino.

—¡Cuando menos, eso hubiera sido poético, y la dama lo hubiera agradecido, al saberlo! No. Pero cogió un reuma; él, dado su carácter, no quiso escuchar á nadie y se trasladó no sé á qué montaña, en donde, según parece, reinan fuertes corrientes de aire... En una palabra, ha muerto de una pleuresía. ¡Dios le haya perdonado!

—¡Pobre hombre!—dijo La Brève—no era malo... no era molesto.

—No, pero no será muy llorado, pues no supo hacerse simpático á nadie. ¿Dónde está su perro, señorita Evelina?

—Creo que en el jardín, doctor. ¿Por qué?

—Ahora podrá dejarle que ande por todos sitios. Supongo que el joven heredero no tardará en venir por aquí.

—¿Quién?—preguntó La Brève—que no gustaba de comprender á medias palabras.

—Buxy, ese amable muchacho. Cuando digo heredero, es porque así lo espera todo el mundo, aunque no se sabe nada con certeza. Pero Nollard no tenía más parientes, ni amigos; ¿qué ha podido hacer de su dinero?

La Brève no lo sabía, Evelina tampoco; la pregunta, por tanto, quedó sin contestación.

Quando el prolijo doctor hubo salido, Evelina se

acercó y apoyó cariñosamente su cabeza en el hombro de su padre.

La noticia que acababa de oír no la había emocionado; y en su interior, experimentaba una especie de satisfacción al pensar que no volvería á ver á aquel hombre fastidioso; pero el paso de la muerte por la casa vecina, le había producido cierta conmoción que la turbaba. El anciano acarició con su delicada mano, los cabellos de su hija, y le dijo:

—Ese hombre no era malo, puedes estar segura; ¿supongo que ya no lo detestarás?

—Ahora que se ha muerto, no le aborrezco... nada, nada, padre; pero esta mañana le odiaba todavía un poco.

—Es bastante natural; sin embargo, eres rencorosa, querida mía.

Eva se sonrojó.

—No sé—repuso—si soy rencorosa, en general; creo que no; pero me era antipático... porque por él tuve aquella dislocación que me ha tenido tan enferma; cuando sucedió yo estaba furiosa, y la idea de que Nollard tuvo la culpa, me era desagradable. ¿Convenirá Vd., conmigo, que no tenía motivo para estar muy contenta?

—¡Contenta, sería mucho pedir!—replicó el padre, sonriéndose.—En fin, lo esencial es que le hayas perdonado.

Exhaló un suspiro de cansancio, y se dejó caer en su almohada. Había salido de la cama para instalarse en una butaca; pero su debilidad era aún muy grande, y lo que más le afligía, sin quererlo confesar, es que,

no sentía deseo alguno de volver á su vida activa, ni posibilidad alguna de adquirir de nuevo sus costumbres.

Evelina le contemplaba y leía ese pensamiento en aquel rostro envejecido tan rápidamente.

—Pronto estará Vd. mejor—objetó, acariciándole afectuosamente la mano.

El anciano sonrió y la miró con una especie de agradecimiento; en realidad la estaba reconocido por que la amaba, á pesar de lo tarde que había ingresado en la vieja y querida casa, que debió encontrar triste.

—Eso desearía yo—replicó el padre, para no entristecerla—pero las uvas maduran sin esperarme...

Evelina reflexionaba, con las cejas algo fruncidas por el esfuerzo de su meditación, en la que parecía absorberse.

—¿Es muy difícil vendimiar?—preguntó.

—No; sólo se necesita cuidado y orden.

—Orden ya tengo; cuidado... creo que puede tenerse, aun para las cosas que uno no conoce, aplicándose un poco... ¿Cree Vd., que, con José, por ejemplo, podría yo reemplazarle?

—¡Eh! ¡queridita, no sabes lo que es eso! Hay que permanecer en las viñas desde por la mañana, vigilar á los que trabajan, animarlos, y, á veces, reprenderlos; hay que asegurarse de que el lagar se halla limpio, y que las cubas están en buen estado... ¡Esos son cuidados, cosas... de hombres!

—¡Naturalmente, pero creo que mi personita valdría más que nada!—observó Evelina, con encantadora sonrisa.

—Sí... pero ¿y el cansancio?

—¡Oh! yo soy fuerte, papá! ¡No lo sabe Vd. bien! El otro día, para probar levanté una de esas grandes tinajas de barro que hay en el lavadero... ¡nunca hubiera creído que podría conseguirlo! Y el año pasado, no hubiera podido; aquí es donde he adquirido mis fuerzas; ¡en Vigeran, era más débil que una malva!

Su padrela miraba con ternura. Era verdad. Había crecido un poco; y sobre todo, su delicado talle se había desarrollado; ella estaría, quizás, más delgada que cuando llegó; pero se la veía más fuerte y más fina. ¡La Roseraie había sentado muy bien á aquella niña que no lo quería! ¡Pobre Roseraie! ¿quién sabe si al año siguiente, haría la vendimia el mismo propietario? ¿quién sabe si existiría entonces el viñedo?...

—¡Queda dicho, papá!—exclamó Evelina.—Yo seré la primera vendimiadora. Pero habrá que encargarme de un cuadro en que haya sol.

—¡Haremos lo que se pueda!—respondió el padre, riéndose con ella.

Aquel día ninguno de los dos habló de Buxy, ni tampoco durante los dos días sucesivos, y sin embargo, ambos pensaban en él constantemente; ¿iría á tomar posesión de su herencia, ó no lo volverían á ver?

## XX

Sentado en su escritorio, con la ventana cerrada, pues una borrasca de otoño doblaba los árboles del Luxemburgo y la lluvia corría por los cristales, Max Buxy meditaba profundamente.

Dos ó tres veces había cogido, para volverla á leer, la carta que provocaba su meditación, luego la abandonaba humorísticamente; ¿no sabía lo que encerraba aquella carta?

Por fin, se decidió y recomenzó la lectura, despacito, con cuidado, cual si la viera por primera vez y quisiera comprenderla por completo.

«Querido Max—decía la epístola—has hecho muy mal en no haber venido conmigo, cuando te invité; además de que yo hubiera pasado el tiempo más agradablemente de lo que lo he pasado, hubieras ganado más de lo que puedes imaginarte. Me has dejado que



me marchase solo, he cometido una imprudencia, y me encuentro muy enfermo, más de lo que quiere hacerme creer el médico que me asiste; pero yo sé como estoy; sé perfectamente que tengo una fluxión en el pecho, y que eso es cosa de cuidado.

Ahora que tengo la cabeza despejada, deseo comunicarte el empleo que he dado á mi fortuna, para que no creas, cuando yo muera, que he procedido contigo con negligencia ó maldad.

Me has reprochado á menudo, en mi vida, que no sabía emplear mi dinero de modo útil; tal vez tendrías razón; pero cuando uno se ha visto obligado, durante su juventud, á privarse de todo, y se encuentra luego al frente de un buen capital, sin haber saboreado las cosas costosas, se ve uno, á veces, muy embarazado.

Desde el día en que te separaste de mí, en el andén de la estación de Chantocé, he pensado mucho. En primer lugar me dije que hacías muy mal en no acompañarme cuando yo me veía disgustado, ó cuando menos, fastidiado; luego, reflexioné que eso merecía un castigo para enseñarte á tener buen corazón. Y después, me acordé de muchas cosas que tú me habías dicho; si ahora hubieses estado aquí, me hubieras dicho otras que tal vez me las hubieran hecho olvidar.

Entre esas cosas, me contaste que á los Americanos les gusta fundar establecimientos ó instituciones, ó museos, en fin, algo que lleve su nombre y que los haga recordar cuando han muerto. Esa es una idea magnífica, y á fuerza de meditarla, me he decidido á cumplirla yo mismo.

Por consiguiente, he legado mi fortuna, á la ciudad de Cannes, para construir en ella una especie de sanatorio (no un hospital, que es muy triste), en donde se admitirá á los hombres sin fortuna (no á las mujeres), convalecientes de alguna enfermedad del pecho. Permanecerán en él, desde seis semanas, hasta tres meses y se divertirán allí. Quiero que el sanatorio sea alegre y habrá en él un billar y una enorme bola, como la de los Housseaux. Y será llamado, la casa Nollard.

Tú, que me has inculcado la afición á las fundaciones benéficas, tal vez encuentres mal que eso te perjudique; pero, en este mundo, para hacer bien á unos, hay que perjudicar siempre á otros, y tú que tienes un alma generosa, creo que quedarás menos contrariado que si fueses un egoísta, como yo.

Para consolarte, te lego los Housseaux, con las tierras anexas. No es gran cosa, y no veo lo que podrás sacar de esa propiedad, pues eres tan agricultor como yo; pero tú tienes la culpa. Yo te dije que procurases conseguir la Roseaie; si me hubieras hecho caso, hubieras tenido ahora las dos propiedades y juntas hubieras podido venderlas á buen precio, ó alquilarlas. En fin, ahora, eso es cuenta tuya.

No recibirás esta carta hasta que yo haya muerto, aunque sea de aquí á veinte años que no creo, y me figuro que no nos volveremos á ver en este mundo. Trata de ser feliz á tu manera, ya que cada uno tiene la suya.

Tu pariente y amigo,

«HIPÓLITO NOLLARD.»

Esta vez Max debía de saberse ya de memoria la carta; pues se había estudiado hasta las más inocentes comas. La dejó en la mesa con aire desanimado, y exclamó:

—¡Vamos, no llegaré á saber si se burla de mí ó si es sincero, aunque me inclino á creer lo segundo. ¡No ha obrado mal, pues no me debía nada, absolutamente nada! Yo he sido, en efecto, quien le ha sugerido la idea de una fundación benéfica, lo recuerdo muy bien, y al administrarme esa justicia, me hace entrar por mitad en su obra; ¡en realidad, la casa debería llamarse casa Nollard y Buxy! Pero esto parecería una razón social de comercio... Nunca seré rico, porque los trabajos históricos le conducen á uno á toda clase de distinciones honoríficas, pero no producen más que eso. ¡Los Housseaux no es una casa habitable! Allí lo único que hay verdaderamente cómodo y apropiado á su destino, son las cuadras; pero como yo no soy más que un hombre... ¿Cuando la pobre Roseraie haya sido vendida, á dónde irá su propietario? Y ella, ¿con qué marido se marchará? ¿Qué haré yo con los Housseaux, sobre todo, cuando ya no estén allí esos buenos vecinos?

Esa corriente de ideas no era de las que más le gustaban; para distraerse, cogió una carta de un notario, que acompañaba á la de Nollard, y sobre la cual sólo había echado una ojeada distraída.

—¿Cómo? — exclamó después de leerla — ¡Los Housseaux es tan grande! Mi tío hablaba de su propiedad, como de una provincia; pero nunca creí que comprendiese todas esas pequeñas dependencias...

¿Luego, eso me proporcionará una renta de dos, tres ó cuatro mil francos? ¡Pues, con lo que yo poseo, ya soy rico!

Se levantó; una singular alegría excitaba á su sangre á circular por sus venas; una necesidad de andar, casi de correr, le sacudía con pequeños estremecimientos. Cogió su sombrero y su paraguas y se marchó al Luxemburgo, á pesar de la borrasca, que arrancaba á los árboles sus últimas hojas muertas.

—¡Tengo unos diez mil francos de renta! — se decía, caminando por las alamedas, sin preocuparse de los charcos — ¡más ese horrible edificio de los Housseaux, cuyo jardín es tan bonito! Luego, puedo, escoger, entre ser rentista en París, ó propietario rústico en el campo, puedo... ¡Oh! ¡Evelina! si no hubiera nacido ella para el lujo...

Su corazón se oprimía; la idea de que la señorita de La Brève no se casaría más que con un hombre rico era de las que no autorizan á decir nada; en la primavera se habían hecho buenos amigos, á causa del perro, naturalmente; ¿pero en qué podría alterar eso los planes del joven? La Roseraie seguía puesta en venta...

—¿Y si yo comprase la Roseraie? — se preguntaba Max, con amargura; ¡pagándola muy caro, constituiría un dote á la ambiciosa personilla! ¡Eso sería muy necio! — dedujo — y además, su padre se moriría de tristeza.

La lluvia había cesado; pero el viento destrozaba los árboles; un rayo de sol penetró de repente entre las desnudas ramas, convirtiendo los charcos en espejos, y Max se fijó en que no había comido.

—¿Qué va á decir la señora Charles?—pensó.—  
¡Yo que soy la exactitud en persona! según decía mi  
profesor de retórica. Vamos á comer mi chuleta, que  
ya estará seca, y luego, esta noche... sí, esta noche,  
por el tren de las ocho... ¡pues bien, sí! me marcho á  
los Housseaux. Así como así, el notario me da prisa y  
hay que complacerle.

## XXI

—Señor—dijo José, con su sombrero en la mano,  
en pie ante la butaca donde descansaba su amo,—ya  
es hora de vendimiar, las uvas no quieren aguardar  
más. Si el señor tiene confianza en mí, se verificará  
la vendimia, sin que el señor se moleste.

—No hay más remedio, José—repuso La Brève con  
un desaliento en que entraba algo de amargura.—Ha-  
ga Vd. lo que pueda; contrate á los obreros.

—Ya están contratados, señor: si no me hubiera  
anticipado, como ya ha llegado el buen tiempo, y to-  
dos los propietarios quieren vendimiar en la misma fe-  
cha, nos encontraríamos sin gente; así es, que podre-  
mos empezar mañana por la mañana.

—¿A qué hora debo levantarme?—preguntó Eveli-  
na.—¿Será demasiado pronto á las cuatro?

—¿Usted, querida señorita?—exclamó José sor-  
prendido.—¿Desea venir á ver á los vendimiadores?

—¿Qué va á decir la señora Charles?—pensó.—  
¡Yo que soy la exactitud en persona! según decía mi  
profesor de retórica. Vamos á comer mi chuleta, que  
ya estará seca, y luego, esta noche... sí, esta noche,  
por el tren de las ocho... ¡pues bien, sí! me marcho á  
los Housseaux. Así como así, el notario me da prisa y  
hay que complacerle.

## XXI

—Señor—dijo José, con su sombrero en la mano,  
en pie ante la butaca donde descansaba su amo,—ya  
es hora de vendimiar, las uvas no quieren aguardar  
más. Si el señor tiene confianza en mí, se verificará  
la vendimia, sin que el señor se moleste.

—No hay más remedio, José—repuso La Brève con  
un desaliento en que entraba algo de amargura.—Ha-  
ga Vd. lo que pueda; contrate á los obreros.

—Ya están contratados, señor: si no me hubiera  
anticipado, como ya ha llegado el buen tiempo, y to-  
dos los propietarios quieren vendimiar en la misma fe-  
cha, nos encontraríamos sin gente; así es, que podre-  
mos empezar mañana por la mañana.

—¿A qué hora debo levantarme?—preguntó Eveli-  
na.—¿Será demasiado pronto á las cuatro?

—¿Usted, querida señorita?—exclamó José sor-  
prendido.—¿Desea venir á ver á los vendimiadores?

Pues con que esté Vd. dispuesta por la tarde, ya es bastante; después de la comida es más alegre; y además, hará más calor. ¡Por la mañana se expondría á resfriarse con la escarcha!

—Es que no trato de recrearme, José, sino de sustituir á mi padre...

Un resplandor raro, cruzó por los ojos del rústico sirviente, un movimiento nervioso contrajo su boca, pero, sin perder su sangre fría, preguntó respetuosamente:

—¿Entonces quiere Vd. aprender, señorita?

—Aprender, sí, José, si quiere Vd. enseñarme, porque yo no sé nada; pero desearía dar cuenta al amo, de los trabajos de su casa.

—Pues es muy sencillo, señorita, no tiene Vd. más que mirar, y lo que no sepa, se le explicará. ¿De modo, que quiere Vd. cortar el primer racimo? Entonces hay que madrugar mucho.

—¡Madrugaré, José! y se lo traeré á mi padre.

—Está bien. ¡Este año hay mucha uva! ¡Si es tan buena como hermosa, será una magnífica cosecha, que convendrá conservar, pues más tarde, valdrá mucho dinero.

A la mañana siguiente, antes de que los dorados matices del alba se hubiesen teñido de color cereza. Evelina se hallaba en la cocina, con gran sorpresa de Elmira. Vendimiadores de uno y otro sexo entraban unos tras otros, alegres y bulliciosos, á pesar de las observaciones de la vieja sirvienta, que miraba por el reposo de su amo. Después de un rápido desayuno, despachado á toda prisa, todo el mundo se encaminó á

las viñas, bajo la vigilancia de José, más remendado que nunca, pues no debe ponerse uno sus vestidos de gala para asistir á la vendimia.

El sol, que desde que despertó, se había escondido entre una ligera neblina, reapareció á las nueve arrojando oleadas de luz sobre la linda colina, llena de blusas azules y de sombreros blancos. Los cestos de uvas se dirigían hacia el lagar, y Evelina pensó que debía ir á visitar á su padre.

Cuando penetró en el cuarto, con su canastilla de uvas en una mano, y su gran sombrero que daba sombra á su rostro, se hallaba tan sonrosada, tan fresca, tan bella, respirando tanta salud que el señor de La Brève quedó maravillado.

—Todo va bien, papá! ¡si viese Vd. cómo trabajan! ¡Y cantan, todos están contentos! ¡Da gusto verlos! ¡Da gusto vivir!

Abrazó á su padre, con tal fuerza, que le produjo un poco de daño; pero él se guardó mucho de decir nada.

—Volveré después de comer—dijo la joven,—por ahora, nadie necesita que le vigilen: José dice, que siempre se empieza muy bien, y que por la tarde es cuando conviene estar alerta. ¡Oh! ¡papá, cuánto vale ese José! ¡Lo sabe todo, está en todo! Y cuando hace falta, habla con energía; pero le gusta reír, y les pone á todos de buen humor. ¡Y su chiquillera! ¡Hay que verla! ¡Cortan los racimos con verdadera saña! Estoy segura de que trabajan más que las jóvenes... Las hijas de Anjou son muy flojas, según dice Elmira.

Elmira apareció algo jadeante, anunciando:

—El señor Buxy, pregunta cómo sigue el señor.

—¡Hágale subir!—replicó alegremente La Brève. Las mejillas de Evelina se colorearon súbitamente, de rojo.

Max entró, llevando consigo algo de juventud, de energía que parecía renovar el aire de la habitación; y preguntó al anciano:

—¿Qué tal, señor, está Vd. en penitencia?

—¡Ya lo ve Vd., pero espero que no durará mucho!—contestó La Brève.—¿Cuándo ha llegado Vd.?

—Esta mañana al amanecer; pero muy misteriosamente; no me gusta avisar á nadie.

La cinta de crespón que llevaba en el sombrero, atrajo la atención de Evelina y de su padre.

—Crea Vd. que le acompañamos en el sentimiento que le producirá la pérdida de su pariente...

Max se inclinó cortésmente, arreglando de ese modo el tributo que las conveniencias debían al infortunado Nollard.

—He llegado á las seis y media y ya he tenido tiempo de poner en orden muchas cosas...

Lord arañaba la puerta con tanta fuerza, y con unos gemidos tan lastimeros, que se conmovió la escalera; Evelina se apresuró á abrirle y se desarrolló una escena de reconocimiento entre el danés y su antiguo amo; y, terminada ésta, reanudaron la conversación.

—Decía—continuó Max,—que he arreglado muchas cosas en poco tiempo; están viendo Vds. á un hombre que acaba de despedir á dos caballos y seis criados al mismo tiempo. Sólo me he quedado con una

mujer anciana, para que abra las ventanas durante el invierno, y para que dé de comer al viejo caballo.

—Según eso, ¿no va Vd. á permanecer aquí?—preguntó La Brève.

—No lo sé... es poco probable... Y sin embargo, ahí hubiera trabajado bien... no porque la casa me agrade, ya saben que no es de mi gusto... Además, no puedo vivir sin hacer nada... No soy rico. ¿Cómo? ¿No saben Vds.? Soy propietario de los Housseaux, pero nada más que de eso. Nollard ha obrado muy bien, por su parte.

—No comprendo—interrumpió La Brève.

Max les explicó, en pocas palabras, el uso que su pariente había hecho de su fortuna.

—Me parece muy bien—repuso el anciano,—y la idea, en sí misma, es excelente; pero en lo que á Vd. concierne...

—No me ha sorprendido ni me ha molestado—replicó Buxy;—yo mismo le he sugerido más de una vez la idea de hacerse sobrevivir por alguna institución útil. Nollard tomó mis palabras al pie de la letra; ha procedido muy bien.

Evelina miró al joven con cierto descontento; es loable ser desinteresado, pero no hasta ese extremo!...

—Señor Buxy—exclamó, de repente, La Brève,—¿quiere Vd. quedarse á comer con nosotros? Comemos aquí, en esta mesita, sin cumplido ninguno.

—¡Con muchísimo gusto!—contestó Max,—pero, ¿qué dirá Elmira?

—Elmira está contenta con todo lo que nos agrada—observó la joven, escapándose á la cocina.

A pesar de la horda de vendimiadores que no tardarían en invadir sus dominios, la criada se declaró dispuesta á servir una buena comida y, en verdad, fué excelente.

Nunca vió la mesa preparada junto á La Brève, convidados más alegres ni mejor dispuestos á regocijarse con todo.

Durante dos horas, deliciosas, parecían haber olvidado todo, excepto lo que puede desaparecer al primer choque con la realidad.

Finalmente, los ojos de La Brève, perdieron su ficción resplandor, y sus párpados se cerraron ligeramente. Max se levantó.

—Temo haber fatigado á su papá—dijo en voz baja á Evelina, alejándose un poco.

—¡Oh! ¡no!—replicó ésta, con cierta sombra de tristeza —¡Está muy contento! Desde... desde la primavera pasada... nunca le había visto tan alegre.

El la lanzó una mirada en que se veía una nubecilla de reproche; ella lo notó, aunque permaneció mirando al suelo, y un matiz de rosa más vivo subió á sus mejillas. ¿Siempre con la Roseaie? ¿No acabarían nunca de reprochárselo?

—Hasta la vista, querido vecino—dijo Max á su huésped, acercándose para estrecharle la mano.

—¿Pronto?—preguntó La Brève, abriendo los ojos.

—Cuando Vd. me lo permita...

—Entonces, mañana.

—Y yo—observó Evelina,—me vuelvo á la viña, mientras Vd. descansa un rato, papá.

Mostró el padre su consentimiento, con una se-

ñal de cabeza, y Evelina descendió, acompañada de Max, el cual, al llegar á la escalinata, la miró con descontento, como si se despertase en él su antigua animosidad.

—¿Es posible—le dijo á quemarropa,—que tenga usted ganas de abandonar esta deliciosa casa? ¡Si tuviese yo una morada como ésta, sólo desearía trabajar en ella, vivir en ella, y en ella morir!

—¿Y nunca vería Vd. al mundo?

—¡El mundo! ¿A qué llama Vd. el mundo? ¿Lo componen, acaso, esos, más ricos que nosotros, con los cuales no podemos alternar sin encontrarnos siempre muy inferiores á ellos?

El corazón de Evelina saltó; su rostro se sonrojó al recuerdo de Huberto y del esplendor de Trémegny; pero no dijo nada, y se encaminó á las viñas; Buxy marchaba á su lado.

—¿Es quizás el mundo oficial? Habría que ser ambicioso, y aspirar cuando menos á prefecto... Eso se ha visto, y es posible... ¡Vaya una ventaja! La política me entristece, y los cargos públicos me sentarían, ó, si prefiere Vd., les sentaría yo á ellos, como á un Santo Cristo un par de pistolas, como decían nuestros padres. ¿El mundo de la banca? Soy muy pobre, y lo seré toda mi vida, aunque mi posición sea bastante satisfactoria, á mi modo de ver. ¿Qué mundo, entonces?

—¡El mundo!—repitió Evelina, con secreta rabia que le producía una especie de trepidación interior.—¡El mundo en que se baila, en donde se da fiestas, en que se hacen y reciben visitas, en una palabra, el mundo sin etiqueta! ¡Todos tienen el suyo!

—¡Sí, todos tienen el suyo!—exclamó Max, con dulzura,—y hace falta que lo tengan; pero el mío, el que yo desearía á todos los hombres y á todas las mujeres, es un mundo sin etiqueta, sí, y que no tiene nada de «mundo». Es un mundo de gentes instruídas, donde cada uno es «alguien» en su esfera, es decir, en que cada uno aporta su pequeña ó su gran piedra en el edificio de la ciencia ó del arte; las mujeres de casi todos esos hombres, son sus amigas, sus compañeras, ó cuando menos sus amables asociadas, que contribuyen á la dirección y á la economía de su hogar, con toda la prudencia de una buena administración... En ese mundo se visita, Evelina, se baila, se casa uno, como en todas partes; pero las gentes de mundo no los conocen apenas, y de buena gana se encogerían de hombros al hablarles de ellos... Y, sin embargo, cuando alguno de nosotros se decide á realizar una excursión entre ellos, ¡cuán orgullosos se muestran al hacernos ver! Porque, en todos los mundos, gusta tener á su mesa uno de esos viejos señores del Instituto.

—¡Pero Vd. no pertenece al Instituto!—exclamó Evelina con aire burlón.

—¡Pertenezeré, señorita, ó dejaré de existir! Eso dependerá mucho, no lo oculto, del estado de mi estómago y del número de buenas cenas que pueda soportar cada semana, durante un período de cinco ó seis meses, todos los años, y esto durante un gran número de años.

Ella le miraba de reojo: ¿se reía él, ó hablaba en serio? Era indescifrable.

—¡Pero—replicó con tono superior,—uno no es del Instituto por vivir en un agujero.

—¡Eso es lo que le engaña á Vd., señorita! ¡Mire usted las mariposas, entre las cuales verá algunas que llevan palmas verdes en su fondo obscuro; pues forman sus crisálidas en un agujero, que procuran escoger lo más agradable posible, y cuando han fabricado sus alas, es decir, cuando han producido una labor considerable y amasado títulos de gloria, entonces vuelan hacia la luz!

—¡Mientras tanto se aburren á rabiar y sólo alcanzan la gloria cuando son viejos.

—¡Ah! ¡señorita, cíteme Vd. una carrera que no suceda lo mismo! Los mismos actores, salvo raras excepciones, sólo consiguen ser apreciados cuando empiezan á no tener arte y á perder la voz... ¡Así está hecha la vida, señorita!

—¡Entonces—declaró Evelina,—es muy triste!

—No, señorita, la vida no es triste cuando se tiene á alguien á quien amar... Su padre de Vd. la ha encontrado muy agradable, al regresar Vd... Y, además, uno se casa... ama á su marido ó á su mujer... y los dos juntos aman á sus hijos... se trabaja...

Se había detenido, abarcando con un gesto de hermoso valle que les rodeaba: Evelina se acordó, de repente del movimiento con que, en presencia del primer comprador, La Brève había llevado su brazo á su pecho, como para guardar en él su querida propiedad.

—Las mujeres no tienen trabajo á que dedicarse—dijo, con una triste dulzura, Evelina.—Ya ve Vd., yo recorro estas viñas, sin entender en nada...



—Pero si quisiera Vd., entendería admirablemente; para eso bastaría que se interesase.

La joven dudaba y no respondió. Penetraron en la viña, en donde se trabajaba con menos ahinco que por la mañana.

Las risas y las conversaciones, algo ligeras, á veces cruzaban el aire; el olor y la fuerza de la uva empezaban á apoderarse de las cabezas, las jóvenes ya no estaban tan unidas, y los muchachos trataban de acercarse á ellas.

José iba y venía, animando por aquí, riendo por allá, sin reír ni gritar, desplegando un buen sentido y una actividad, que Evelina no hubiera sospechado en él, nunca.

—Señorita—dijo acercándose con largo paso á Evelina,—aquí todo marcha bien; puede Vd. volverse al lado de nuestro amo. Dentro de un rato iré al lagar, vamos á empezar á prensar la uva.

Evelina no se fijó en el consejo que encerraban aquellas palabras y continuó adelantando; Max, después de titubear un instante, la siguió; José caminaba tras ellos, pues las filas de cepas se hallaban muy aproximadas.

—Los vendimiadores empiezan á tener calientes las cabezas; eso no está mal, conviene que se diviertan un poco en la vendimia; van á entonar canciones...

Evelina seguía recorriendo la viña; Max, que había comprendido la intención de José, trató de disuadirla de que continuase más lejos; cuando el padre de familia divisó á un mozalbete que perseguía á una joven, muy cargada con su cesto.

—¡Eh! tú—gritaba José.—Vuelve á tus uvas, y no atormentes á Gérande...

—¿Y si le gusta á ella? ¿qué sabéis vosotros?—replicó el muchacho.—Porque á tu señorita le dé la gana de pasearse por aquí, con su galán, había que...

—Ha bebido—dijo José sin emocionarse,—sería mejor no seguir más, señorita; ese chico no es de aquí, y además, ya se ve que ha bebido; pero...

Evelina, al principio muy encarnada, por la afrenta, palideció instantáneamente. En silencio, se retiró.

Max permaneció indeciso, sin saber si debía seguirla ó separarse de ella. José se dirigió hacia el delinciente.

—Si crees que voy á dejarte decir majaderías, porque no esté aquí el amo...

—¿Como si te temiera?—exclamó el pilluelo, enseñándole el puño.—¡Tanto se me da de ti como de tu amo!

—Sí, pues ahora mismo se te arreglará la cuenta—repuso José;—aquí nadie falta al respeto al amo; los muchachos de la Vendée pueden regresar á sus casas; no se les volverá á molestar; pero tampoco molestarán ellos á los demás.

El desvergonzado se desató en imprecaciones y se acercó á José, con los puños levantados; pero los vendimiadores empezaban á murmurar, y por más ebrio que estuviese, comprendió que no saldría muy bien parado. Se fué á un extremo de la viña, en donde había dejado sus ropas, las recogió y se encaminó hacia la casa.

—Acompañe Vd. á la señorita, señor, y perdone que me permita decírselo—indicó José á Buxy, que bajaba corriendo, para alcanzar á Evelina.

Esta andaba de prisa, avergonzada y molesta, conteniendo á duras penas sus lágrimas, y sin saber á punto fijo cuál era la causa de tanta congoja.

Antes que Max pudiera alcanzarla, el borracho cruzó con ella y la dirigió una injuria que no comprendió la joven.

Casi en el mismo momento, Buxy la abordó y cogiéndola por un brazo, que apretó fuertemente, le dijo:

—Démonos prisa, me temo que ese bruto vaya á dar un disgusto á su señor padre.

Los dos corrían, sin decir una palabra.

Al llegar á la casa, vieron á Elmira que rechazaba vigorosamente al vendimiador despedido, el cual rodó por la escalinata abajo; antes de que tuviera tiempo de levantarse los dos jóvenes se hallaban dentro del edificio, y echaron los cerrojos tras ellos. Se miraron.

—Temo que el señor lo haya oído—dijo la fiel sirvienta;—vayan Vds. arriba á verle; yo me quedo aquí, por si á este borracho se le ocurre romper los cristales...

En tres bríncos, Evelina subió la escalera, seguida de Max.

La puerta de la gran habitación se hallaba abierta, y en el umbral yacía La Brève, que había caído desmayado, al intentar acudir en auxilio de Elmira.

Buxy lo levantó, lo condujo á la cama y, sin detenerse en animarle, salió á escape en busca del médico.

El malvado que se iba por la alameda, vociferando amenazas, no trató de cuestionar con Buxy, cuya robusta estatura imponía respeto, y se le oyó, bastante rato, alborotar y cantar por la carretera.

Max había enganchado el viejo caballo, único que había quedado en la cuadra, y corría por el puente. El camino le pareció largo, se preguntaba qué sería de Evelina, en caso de que su padre hubiese recibido un golpe mortal, y no sabía contestarse.

Caprichosa, mimada como estaba, él la hubiera llevado en su corazón, para enseñarla cuantas dulzuras componían esa medianía suya... pero ella no sentiría.

La señora de Mangendre, le aseguró que el doctor se trasladaría á la Roseraie en cuanto llegase, y Max regresó á Chantocé.

Dejando á la anciana que se quedó á su servicio, el cuidado de desenganchar el caballo, Buxy penetró en la habitación de La Brève, atormentado por su ineficacia en poder socorrer á sus amigos.

El anciano había recobrado el conocimiento; yacía inmóvil, con los ojos inquietos, buscando en torno suyo; al ver á Buxy, hizo un movimiento; el joven se inclinó junto á él y oyó estas palabras, semejantes á un murmullo:

—Pobre pequeña... completamente sola... vele usted..

—Sí—contestó Max con voz enérgica,—no tema usted, yo velaré, y estará bien guardada.

El padre apretó los dedos que había agarrado, luego los abandonó y volvió á quedarse sin sentido; Max

hizo cuanto pudo para que volviera en sí; tardó mucho, pero lo consiguió.

Cuando el doctor llegó por la noche, halló á su enfermo mucho más tranquilo de lo que esperaba y elogió á los que lo habían cuidado.

Después de haber mirado el pálido rostro de Evelina y la cara descompuesta de Elmira, indicó á Max, con una seña, que le acompañara.

Fuera de la casa, le habló con entera franqueza. El señor de La Brève podía reponerse pronto, y vivir todavía veinte años más; pero una sacudida como la que acababa de sufrir acabaría de romper su debilitado organismo. Necesitaría una vida muy dulce y muy sosegada, durante algunas semanas.

—Compadezco á esas desgraciadas mujeres—continuó el doctor;—si yo no viviera tan lejos, mi esposa podría pasar aquí parte del día; ¡pero no hay medio! ¡Me vienen á buscar á cada momento, y si ella no estuviese allí para recibir los recados, sería un gran trastorno para mí! Evelina no tiene amigas en el país; lleva aquí muy poco tiempo... Y sin embargo, no pueden esas mujeres velar solas; es imposible: ¡las gentes pagadas ya sabemos para lo que sirven!

Interrogaba á Max, con su mirada, como para inculcarle su caritativo pensamiento.

—¡Le comprendo á Vd., doctor! yo no tengo gran prisa en regresar á París; los Housseaux no están lejos, me quedaré...

El doctor estrechó enérgicamente la mano de Max, subió á su coche y se marchó á visitar otros enfermos.

## XXII

Max velaba en aquella habitación inmensa; extendido en un sofá, meditaba en las extrañas circunstancias que le habían lanzado repentinamente en la intimidad de sus vecinos.

Elmira no podía tenerse en pie, por el cansancio de un día que había empezado á las cuatro de la mañana, y consagrada á alimentar á treinta obreros. José, tan fatigado como ella; Evelina, pálida, destrozada, próxima á caer como su padre... ¿cuál de estos seres rendidos hubiera podido pasar la noche velando el sueño de La Brève?

Max se ofreció espontáneamente, y su ofrecimiento fué aceptado con un agradecimiento tanto mayor cuanto que era mudo y sólo se manifestaba por expresivas miradas.

Velaba, sin cansancio alguno, aunque había viajado

toda la noche anterior; su muy activa imaginación recorría las etapas del sentimiento que le inspiraba ahora Evelina.

Nacido bajo una especie de cólera, provocado por una falta de acuerdo en cualquier punto que fuese, se había ido fundiendo, poco á poco, en una especie de tierna piedad.

Luego, viéndola más cariñosa, más sencilla, más humanizada, por decirlo así, dispuesta á participar de la vida de los demás, menos cuidadosa de sí misma, menos satisfecha de su persona, y más apegada á cuanto de dulce y atractivo había en derredor suyo, Max empezó á amar á esa niña, tan lejos de ser perfecta, pero tan seductora, en razón, acaso, de su misma imperfección.

Ahora la quería, y deseaba verla feliz. Feliz... ¿podría serlo? Probablemente, no llegaría á poseer nunca la fortuna que ambicionaba y que creía indispensable para la vida... Y él, se sentía demasiado altivo para proponerla que compartiese la medianía, débilmente dorada, que sería siempre su patrimonio.

¿Seguirían, pues, siempre sin entenderse? ¡Y, sin embargo, ella se había mostrado afectuosa, en su reciente encuentro, y ayer, se puso colorada, cuando el embrutecido borracho habló de su «galán»!

El señor de La Brève dormía, respirando débilmente; Max se levantó para contemplar su sueño.

Si llegase á morir el padre ¿qué haría Buxy, de la joven confiada á su custodia?

—¡Oh! ¡Nada de particular! La conduciría á Angers, con su tía, rendirían al difunto los últimos hono-

res, y, cumplida toda su misión, se descubriría ante ella, diciendo:

—Tengo el honor de despedirme de Vd. señorita.

—¡Adiós, caballero!

Y todo se acabó... ¿Pero tal vez La Brève, sobreviniera á su enfermedad, y, entonces?

Max volvió á su sofá, y se perdió en un sueño lleno de dulzura.

Sería ya primavera, haría buen tiempo, el césped estaría cubierto de margaritas, Lord jugaría en ellas como un elefante joven, del cual tenía el color y las patas monumentales; Evelina estaría alegre, hablarían sobre uno de los bancos del jardín, que Max habría mandado trasladar de los Housseaux, en donde estorbaban por su número y dimensiones... Las rosas del señor La Brève, se abrirían sobre sus cabezas, en largos racimos colgantes de los balcones... y el enfermero se durmió agradablemente, á algunos pasos del enfermo.

—¡Qué lindo despertar! Elmira, con un delantal muy blanco, entró despacito, llevando en una bandeja, una cazuelita de plata, en que humeaba un caldo reconfortante, para su amo, y, al lado, el desayuno del buen hombre que se había ofrecido á pasar la noche; el café perfuma, en una cafetera de porcelana; la leche densa y con nata descansa en una jarrita reluciente, la mantequilla, que acaba de ser fabricada, brilla en su platillo, al lado de un pan dorado...

La señora Charles hace buen chocolate; pero Max no había probado en su vida un café con leche

tan excelente. Y La Brève, á su vez, parece que saborea el caldo...

Evelina asoma su cabeza por la puerta entornada; sus rizados cabellos ondean alrededor de su frente; está paliducha, y sus ojos se hallan fatigados, pero ¡qué dulce sonrisa, y cuánto más seductora con su bata de franela gris, con su aspecto un poco en desorden, que ataviada con sus mejores vestidos y sus sombreros más llamativos!

—¿Debe Vd. de estar muy cansado, señor Max? ¡Pero mi padre tiene buena cara! ¡No hable Vd., papá, déjeme que le abrace! ¡Tiene la cara fresca... nada de fiebre, papá! ¿Un poco de apetito? ¿No? Ya vendrá. No sea Vd. demasiado goloso para todas esas cosas buenas, como la salud, el aire, la comida... Ya las tendrá á su debido tiempo. ¡José está en la viña, todos trabajan, el lagar humea! ¡Y dicen que habrá una cosecha como no se ha visto hace diez años!

¡Evelina es quien habla; ella, la que arregla las almohadas y las mantas; ella, quien imprime, á aquel cuarto, invadido, hace media hora, por la claridad del alba, aire de fiesta y de aurora!

Max no hubiera imaginado nunca, que la joven pudiera esparcir en torno suyo y del enfermo, semejante lluvia de dulzura y encanto. ¿La habría calumniado, ó es que el dolor realizaba su obra bienhechora?

—¡Váyase á descansar, señor Max; ya no le necesitamos; pero no nos pondremos á comer sin Vd., no lo olvide! Es preciso venir al mediodía; ¿tiene usted tiempo de dormir un poco? ¿Aun no son las siete?

—¡Dormir! ¡De ningún modo, señorita! Tomaré

una ducha; sabe Vd., en los Housseaux hay todas las comodidades modernas, agua por todas partes... Y un molino. Yo me burlaba de ello, pero ahora le pido perdón. ¡Hace subir el agua á todos sitios!

—Nosotros instalaremos uno: el doctor ha dicho que cuando papá esté restablecido le recetará duchas; usted nos enseñará como se organiza eso ¿verdad, señor Max? Yo le haré á papá ese regalo, con mis economías.

—Con mucho gusto, señorita.

El se va; Evelina abre la ventana; apoyada en el balcón, le contempla cuando camina por la avenida, tranquilo y joven, respirando salud; Lord revolotea junto á él y salta á la altura de su cabeza; Max juega con el enorme perro.

—¡Qué buen corazón!—piensa la niña.

Elmira se acerca y mira también.

—¡Eso es lo que se llama un guapo mozo, señorita!—dijo—y, además, bueno! No sé lo que hubiéramos hecho ayer, sin él. ¡Nos lo ha debido de enviar la Providencial!

Pasan los días, no se sabe por qué el señor de La Brève, parece no resentirse casi de la última caída; se encuentra débil; pero su inteligencia es clara y buena como antes; cuando habla, sólo su voz revela debilidad, parece venir de muy lejos, también su risa es ahogada, como el tañido de las campanas que se oye á gran distancia en la soleada campaña.

José permanece á su lado, tieso como un palo, orgulloso como Artabán; Evelina y Max escuchan, con un silencio lleno de admiración.

—¡Veintinueve barricas, señor! ¡Y de un vino como no se ha probado hace treinta años! ¡un vino que se conservará tanto como se quiera! y que no conviene vender muy á prisa. ¡Ayer tarde vinieron varios almacenistas, y ofrecieron doscientos francos por pipa; pero no hay que apresurarse, vale más que eso!

—¿Cómo lo sabe Vd., José?—preguntó Buxy, á quien gustaba instruirse.

—¡Toma! ¡pues porque lo ofrecen! ¿Cree Vd. que un comerciante, ofrece alguna vez, de buenas á primeras, el verdadero precio de la mercancía? ¡El vino y los caballos, señor Buxy, exigen ser regateados!

—Regatearemos, José,—dijo Evelina, mientras las mejillas de su padre se tiñen de un rojo, de alegría — ¡Papá, veintinueve barricas, á doscientos francos, suman casi seis mil francos! ¡No creí yo que la Roseraie fuese tan generosa!

—Es porque ha sido un año excepcional—conjeturó el padre, con su voccecita lejana—y además, ¡he cuidado tanto las vides!

—¡Sí, papá, y yo que creía que era tiempo perdido! ¡qué tonta he sido!

Evelina habla con soltura delante de Max; parece que lo ha escogido por confesor, y, ante la franca sencillez del joven, ella se avergüenza, verdaderamente, á menudo, de haber sido una criaturita complicada, alambicada, aunque ahora casi no lo es ya.

—¡Qué bonitos muebles tienen Vds.—exclamó Max paseando en torno suyo su mirada.

La [Brève los contempla con aire satisfecho, y dice:

—Son bonitos, y sobre todo, me son muy queridos; aquella cómoda del fondo, era de mi tatarabuela, que la recibió como regalo de boda... la mesilla de noche de Evelina no es tan vieja; pertenecía á mi abuela. Y esa mesa redonda, era la de nuestras comidas de niños; se la llamaba Fontenoy, porque Ricardo de La Brève se lo regaló á su esposa, al volver de la batalla... Todo es muy viejo, pero le tengo cariño... Si supiera que esos muebles no estaban ya en casa, me parecería que con ellos se habría ido una parte de mi vida. Por eso, cuando vendamos la Roseraie...

—¡No venderemos la Roseraie, papá, nunca, jamás! ¡Oh! papá, he sido muy mala y necia...

Cayó de rodillas junto al sofá y sollozaba, con la cabeza entre sus manos. Max tenía muchas ganas de eclipsarse; pero vió palidecer al señor de La Brève; y, con mano prudente, tocó ligeramente en el hombro de la joven, murmurando á su oído:

—¡Nada de emociones!

Inmediatamente se levanta Evelina inquieta y tierna, mirando á su querido enfermo, llena de remordimientos...

—No, no es nada,—dijo, emocionado, el padre— las buenas impresiones no causan mal... ¿Luego, quieres, por fin á esta pobre Roseraie? ¿Has comprendido algo de lo que para mí significa mi propiedad?

Evelina se sienta al lado del anciano, y con una mano, coge una de las de éste y conserva en la otra su pañuelo para secar sus húmedos y rebeldes ojos.

Max se retira de puntillas.

A las tres fué José á buscarle á los Housseaux, en donde Buxy se aburría extraordinariamente.

—¡La señorita—dijo el sirviente á Max,—desearía enseñar al señor Buxy el magnífico cuarto que acaba de arreglar, preguntarle su parecer acerca de los muebles; porque, cuando el señor Buxy no está allí, nos vemos muy embarazados, toda vez que nuestro amo no puede ir y venir!

—Qué adulator es este José;—pensó Max,—pero eso es una prueba de amistad, y le perdono.

En efecto, dos ó tres escalones más arriba de la habitación de Evelina, en la otra fachada de la casa, Elmira, y José habían preparado una sala soberbia, con tres ventanas al mediodía, que el sol llenaba de rayos rojos, porque el otoño de Anjou, se porta como se esperaba, y Max compadece á los que residen en París.

Muy colorada, atareadísima, con un cepillo en la mano, Evelina á fuerza de frotar, hace relucir las molduras de roble.

—Señor Max, ¿esta mesa ó esa otra? ¿Cuál le parece á Vd. mejor?

—¡Las dos, señorita! Una en cada hueco. ¡Pero, esto es un palacio! ¡No me habían enseñado Vds. toda esta magnificencia!

—Todavía quedan cuatro habitaciones—dijo Elmira—pero no se utilizan, porque hay que subir un piso más, y bajar luego cinco escalones por el otro lado; mas, si se quisiera construir una escalera, por fuera...

—¡Se construirá, Elmira! ¡Para algo ha de servir el dinero de mi madrina!

—Pero...—repuso Elmira turbada.

La vieja nodriza no sabía que Evelina había llorado, junto á su padre, aquella mañana.

—¡Es que no se venderá la Roseraie!—declaró la joven, con su aire de superioridad.

—¡Oh! ¡alma querida de Dios! ¡Ya me figuraba yo, hijita mía, que acabarías por quererla! ¡Oh! ¡señorita, dispéñeme Vd.!

—Por toda respuesta, Evelina le pasó un brazo alrededor del cuello y la abrazó; la nodriza oculta su rostro con el delantal y huye.

Max haría de buena gana lo mismo, pero, ¡dos veces en el mismo día!... Fingió gran tranquilidad.

—¿No es verdad, señorita, que las casas viejas son muy buenas? ¿Y los muebles antiguos? Y hasta las personas ancianas. Nuestro consuelo, el de los jóvenes, es que, á nuestra vez... lo más tarde posible, nos volveremos viejos. Debemos arreglarnos de manera que podamos llegar á viejos: es una recompensa... ¿no me cree Vd.?

El rostro de Evelina se tiñó de púrpura; ¿sería efecto del crepúsculo?

—Lo creo, y le comprendo, señor Max;—dijo la niña—pero es difícil.

—¡Según y cómo!—repuso Max; de buena gana hubiera añadido algo más; pero acababa de entrar Elmira y no se atrevió.

Han pasado ocho días: el doctor ha permitido á La Brève que salga un poco si el tiempo es bueno; Evelina ha dicho que hace un día espléndido, el sol entra por las ventanas del cuarto grande; y, á eso de

las dos, cuando la tierra esté bien caldeada, saldrán á dar un paseíto.

—Y mañana, iré á ocupar mi bonita y nueva habitación—dijo el señor de La Brève.

Evelina se opone, se entabla la discusión y el padre acaba diciendo:

—Es preciso que, cuando te cases, sea tuyo este cuarto; así es que, debes dejarme que me acostumbre en seguida al que ha de ser el mío.

Evelina se sonroja é inclina la cabeza.

—¿Me casaré?—preguntó melancólicamente.

—Antes tenías ganas de hacerlo.

—Sí, pero ya pasó: entonces era yo muy necia; ahora, pondría por condición no separarme ni de usted, papá, ni de la Roseraie...

—¡En ese caso, será quizás, algo difícil!—repuso gravemente La Brève.

En ese momento debía de venir Max; pues se oye á Lord, que ladra alegremente, lo cual indica un éxtasis del can. Evelina se coloca de espaldas á la puerta, aparentando ignorar que Max se acerca.

Se habla como de costumbre, y sin embargo La Brève presiente que nada marcha como de ordinario; él hubiera querido á su vez dejarlos solos; ¿pero, con qué pretexto? Tuvo una idea:

—¿Quieren Vds. hacerme el obsequio—dijo—de ir los dos á la carretera, para ver si está seca, ó si debo pasearme sólo por la hierba? Evelina conoce mis gustos y la orden del médico.

Max franquea la escalera con extraordinaria pres-

## Colección de novelas españolas y extranjeras

Componen esta colección novelas escogidas entre las de los mejores autores contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros, traducidas éstas y revisadas con la mayor escurpulosidad, formando por estas razones y por la abundante lectura del volúmen, la Biblioteca más económica y selecta de cuantas hasta el presente se han publicado en España.

Han visto la luz y se hallan en venta, las siguientes obras de esta colección.

De 120 á 160 págs. á 2 reales volumen

- E. GREVILLE.—El secreto de Dosia.  
 » El martirio de Raísa.  
 » Susana Normis.  
 » Una vida de amor.  
 P. MERIMÉE.—Carmen.  
 O. FEUILLET.—Corazón rebelde.  
 T. ORTS RAMOS.—Confesiones de mujeres.  
 P. DU TERRAIL.—El secreto terrible.  
 DE STENDHAL.—La abadesa del Castro.  
 H. DE BALZAC.—El hijo maldito.  
 R. ORTS RAMOS.—Los mayorazgos de Beneloja.  
 T. GAUTIER.—Jettatura.  
 A. SCHOOL.—Los amores de una muerta.  
 F. DOSTOYEVSKI.—Los precoces.  
 CHAMPFLEURI.—El violín de porcelana.  
 G. CHAMPSAUR.—El Corazón.  
 H. DE BALZAC.—Massimilla Doni.  
 PUSKIN.—El bandolero Dubrofski.  
 C. DICKENS.—La batalla de la vida.  
 M. TURMO.—Un drama en Antigua.  
 E. GOMEZ CARRILLO.—Los labios alucinados.

## Colección de novelas españolas y extranjeras

De 224 á 300 págs. á 4 reales volumen

- E. GREVILLE.—Blanca y Magdalena, 1 tomo.  
 » Lucia Rodey, 1 tomo.  
 » Desilusiones, 1 tomo.  
 » Ariadna, 1 tomo.  
 » Un crimen, 1 tomo.  
 » La princesa Ogherof, 1 tomo.  
 » La amiga, 1 tomo.  
 » Casar la hija, 1 tomo.  
 » La Niania, 1 tomo.  
 » La Ingenua, 1 tomo.  
 » Linda propiedad en venta, 1 tomo.



las dos, cuando la tierra esté bien caldeada, saldrán á dar un paseíto.

—Y mañana, iré á ocupar mi bonita y nueva habitación—dijo el señor de La Brève.

Evelina se opone, se entabla la discusión y el padre acaba diciendo:

—Es preciso que, cuando te cases, sea tuyo este cuarto; así es que, debes dejarme que me acostumbre en seguida al que ha de ser el mío.

Evelina se sonroja é inclina la cabeza.

—¿Me casaré?—preguntó melancólicamente.

—Antes tenías ganas de hacerlo.

—Sí, pero ya pasó: entonces era yo muy necia; ahora, pondría por condición no separarme ni de usted, papá, ni de la Roseraie...

—¡En ese caso, será quizás, algo difícil!—repuso gravemente La Brève.

En ese momento debía de venir Max; pues se oye á Lord, que ladra alegremente, lo cual indica un éxtasis del can. Evelina se coloca de espaldas á la puerta, aparentando ignorar que Max se acerca.

Se habla como de costumbre, y sin embargo La Brève presiente que nada marcha como de ordinario; él hubiera querido á su vez dejarlos solos; ¿pero, con qué pretexto? Tuvo una idea:

—¿Quieren Vds. hacerme el obsequio—dijo—de ir los dos á la carretera, para ver si está seca, ó si debo pasearme sólo por la hierba? Evelina conoce mis gustos y la orden del médico.

Max franquea la escalera con extraordinaria pres-

## Colección de novelas españolas y extranjeras

Componen esta colección novelas escogidas entre las de los mejores autores contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros, traducidas éstas y revisadas con la mayor escrupulosidad, formando por estas razones y por la abundante lectura del volumen, la Biblioteca más económica y selecta de cuantas hasta el presente se han publicado en España.

Han visto la luz y se hallan en venta, las siguientes obras de esta colección.

De 120 á 160 págs. á 2 reales volumen

- E. GREVILLE.—El secreto de Dosia.  
 » El martirio de Raísa.  
 » Susana Normis.  
 » Una vida de amor.  
 P. MERIMÉE.—Carmen.  
 O. FEUILLET.—Corazón rebelde.  
 T. ORTS RAMOS.—Confesiones de mujeres.  
 P. DU TERRAIL.—El secreto terrible.  
 DE STENDHAL.—La abadesa del Castro.  
 H. DE BALZAC.—El hijo maldito.  
 R. ORTS RAMOS.—Los mayorazgos de Beneloja.  
 T. GAUTIER.—Jettatura.  
 A. SCHOOL.—Los amores de una muerta.  
 F. DOSTOYEVSKI.—Los precoces.  
 CHAMPFLEURI.—El violín de porcelana.  
 G. CHAMPSAUR.—El Corazón.  
 H. DE BALZAC.—Massimilla Doni.  
 PUSKIN.—El bandolero Dubrofski.  
 C. DICKENS.—La batalla de la vida.  
 M. TURMO.—Un drama en Antigua.  
 E. GOMEZ CARRILLO.—Los labios alucinados.

## Colección de novelas españolas y extranjeras

De 224 á 300 págs. á 4 reales volumen

- E. GREVILLE.—Blanca y Magdalena, 1 tomo.  
 » Lucia Rodey, 1 tomo.  
 » Desilusiones, 1 tomo.  
 » Ariadna, 1 tomo.  
 » Un crimen, 1 tomo.  
 » La princesa Ogherof, 1 tomo.  
 » La amiga, 1 tomo.  
 » Casar la hija, 1 tomo.  
 » La Niania, 1 tomo.  
 » La Ingenua, 1 tomo.  
 » Linda propiedad en venta, 1 tomo.

- E. GREVILLE.—El Rey de los millones, 2 tomos.  
 Cefise, 1 tomo.  
 Nicanor, 1 tomo.  
 La herencia de Xente, 1 tomo.  
 Rosa Rosier, 2 tomos.  
 El Corazón de Luisa, 1 tomo.  
 La Princesita, 1 tomo.  
 El prometido de Silvia, 1 tomo.  
 Chenerol, 1 tomo.  
 La señorita de Fulgarrou, 1 tomo.

## Publicaciones importantes

### T. Roosevelt

- El Ideal Americano, 1 tomo. . . . . 4 rs.  
 Las dos Américas, la vida intensa, 1 tomo. . . 4 »  
 La Vida en el Rancho, 1 tomo. . . . . 4 »  
 La Conquista del Oeste, 1 tomo. . . . . 4 »

### A. Carnegie

- El Dominio de los Negocios, 1 tomo. . . . . 4 »  
 El A B C del Dinero, 1 tomo. . . . . 4 »  
 El Triunfo de la Democracia, 1 tomo. . . . . 8 »  
 Inglaterra juzgada por un Americano, 1 t.º 8 »

### P. Kiplinck

Lo que codician Rusia y el Japón, 4 reales.

### P. Giner

Mujeres de América, 4 reales.

### Koyzumi Yokumo

El Japón desconocido, 4 reales.

TORIBIO TABERNER, ROSELLÓN, 224. — BARCELONA

## Biblioteca de La Vida Práctica

Elegante colección en volúmenes de más de 224 páginas que comprenden enseñanzas útiles y amenas para el hogar, para la sociedad y para el individuo.

C. OTERO.—El arte de ser hermosa.—Un lindo tomo, 2 reales.

Mil y una Curiosidades.—Se compone esta obra de cuatro tomos, á 2 reales uno.—Contiene más de 600 dibujos, noticias y explicaciones de todo lo raro que se conoce, desde las épocas primitivas hasta nuestros días. Origen de multitud de cosas. Historia, Arqueología, Numismática, Etnografía, usos, costumbres, religiones de muchos pueblos, armas, Artes, Ciencias, etc., etc.—Enciclopedia de todo; para los hombres ilustrados, obra de consulta; para los demás, base de ilustración, y para los niños, enseñanza muy provechosa, pues con su clara lectura, en forma sencilla y narrativa, se da en Mil y una Curiosidades explicaciones de cuanto saber se necesite. 4 tomos, 8 reales. Encuadernado en tela en un solo volumen, 12 rs.

R. HOUDIN Los secretos de la prestidigitación y de la magia.—Lecciones prácticas de escamoteo y prestidigitación al alcance de todo el mundo. Edición ilustrada con numerosos dibujos, 4 reales.

Dr. J. G. SALAZAR. El libro de las madres.—Consejos y recetas para criar los niños sanos y robustos. Contiene además la higiene de la mujer embarazada. Higiene del parto. Edición ilustrada, 4 reales.

Juegos de prendas y de salón.—Repertorio completo de los entretenimientos más amenos y divertidos para pasar veladas y amenizar tertulias. Edición ilustrada con muchos dibujos, 4 reales.

Mil quinientos secretos del hogar.—Recetas útiles para limpieza de enseres domésticos, telas y vestidos, compostura de objetos y ropas, aseo, tocador, cocina, higiene, medicina casera, jardinería, etc., 4 reales.

Dr. RICHARDSON. Arte de llegar á viejo.—Método práctico de conservar la salud y de llegar sano y robusto á una edad avanzada, 4 reales.

LEYDIA OMEGAVEN. Los secretos de la belleza femenina.—Para gustar y ser amada. La elegancia, el buen gusto, el vestido y el tocado, la belleza de las

feas, los ejercicios y los sports, el arte de gustar, recetas y consejos útiles para conservar y aumentar la belleza, 4 reales.

**Dr. J. ORTS. El médico de las familias.**—(Dos tomos). Manual teórico práctico para la curación de las enfermedades y modo de conocerlas. El primer tomo enseña por los síntomas el modo de reconocer las enfermedades, y el segundo da el tratamiento de ellas. Uno y otro para mayor comodidad, están en forma de diccionario. 8 reales. Encuadernados, 12 reales.

**L. BERTANER. Nuevo secretario epistolar.**—Contiene modelos para redacción de cartas familiares, de felicitación, de pésame, amorosas, documentos de todas clases, correspondencia y efectos mercantiles, con modelos en francés, español y cartas escogidas de autores célebres, 4 reales.

**Manual del comerciante y epistolario comercial.**—Libro utilísimo á los comerciantes y dependientes de comercio. Un tomo en rústica, 4 reales.

**El arte de guisar, ó cocinero indispensable.**—Libro realmente útil y práctico, pues todas sus fórmulas son de fácil ejecución, y expuestas con claridad y precisión. No contiene como otros de esta clase innumerables fórmulas, pero es mejor que todos, pues explica de una manera general muchos guisos idénticos, y dedicado á las señoras en general, encontrarán en él el medio seguro de salir de un compromiso si se ven obligadas á guisar. Contiene guisos de todas clases, embutidos, conservas, escabeches, repostería, helados y método práctico de hacer jabón en casa y aprovechar para ello grasas y aceites inútiles para guisar, 8 reales.

**J. MECA TUDELA. Gramática práctica de la Lengua inglesa.**—El libro más práctico publicado hasta el día para el estudio de este idioma con la pronunciación figurada en español de las voces inglesas. Un elegante tomo de más de 300 páginas, encuadernado en tela: 20 reales.

**L. MARTORELL. Cálculo mercantil y Teneduría de libros.**—Método práctico de contabilidad y cálculos, con procedimientos abreviados de todas las operaciones y una explicación teórico-práctica de Teneduría con la que cualquier persona puede aprender la partida doble. Un tomo encuadernado, 24 reales. Un tomo en rústica, 20 reales.

TORIBIO TABERNER, ROSELLÓN, 224. — BARCELONA

teza, Evelina le sigue, más despacio, á pesar de que siempre andaba de prisa; pero él no se turbó.

Una vez fuera, Buxy se coloca á su lado, modera su paso, y se van tranquilamente hacia la carretera, sin decirse una palabra. La carretera está seca por completo; y los jóvenes vuelven, siguiendo uno al lado del otro.

—Tengo que marcharme—observó, pausadamente Buxy.

Esas palabras producen siempre su efecto, aunque sea ya un recurso muy gastado. Evelina palidece, quiere hablar, no dice nada, y mira al suelo.

—Cref—continúa el joven cruel— que permanecería aquí el invierno, y, en realidad, aparte de tres ó cuatro meses que, en interés de mis trabajos y mis relaciones, debo dedicar á París, nada sería para mí tan agradable como vivir en este país; pero...

Ella le mira con aire inquieto.

—No me gustan los Housseaux—prosiguió, fríamente.—¿Se acuerda Vd. de que se lo dije el día en que nos conocimos? ¿Como también que preferiría la Roseaie aunque no tenga molino?

—Lo recuerdo—repuso Evelina, con el rubor de un culpable á quien se echa en cara sus faltas.

—No me gustan los Housseaux, y me iré. Nunca es agradable vivir solo, lo confieso... Hubiera querido casarme; pero no soy rico; Nollard no ha querido que lo fuese, y ha hecho bien. Sólo podría casarme con una mujer de inclinaciones sencillas, que amase el campo, las casas viejas, las tierras, los jardines... Yo no podría proporcionarla carruajes ni caballos, á

lo sumo una berlinita con un caballo que sirviera para todo... Pero eso no brilla... por lo tanto temo no encontrar mujer, y no me casaré, pues no quiero hacerlo sin amor.

Evelina se estremeció; Max, despiadado, continuó:

—Quiero ser amado, aunque no tenga fortuna; siempre he pensado que sería feliz en una casa antigua como ésta—y señala á la Roseraie, de la que ya se hallan cerca.—Una mujer joven y varios niños son tan á propósito para alegrar las casas viejas... no le parece á Vd., señorita?

—No sé—replicó Evelina, sin mirarle.

—¿Cree Vd. que un marido, un hombre joven, haría mal papel en una casa como ésta? ¿Un marido que amase... á Vd., por ejemplo, señorita?

Ya han llegado á la escalinata; Max saca la podadora, pues desde que vive en el campo la lleva siempre en el bolsillo, y corta una soberbia rama de rosas blancas que cae sobre sus cabezas; y, sin dejar de hablar, va quitando una á una las espinas.

—Quisiera—dijo—que la vida conyugal fuera igual que esto: existen espinas, sí, nadie puede impedirlo, y los que quieren coger rosas á manos llenas, se exponen á pincharse; pero cuando se ama, se quitan las espinas, con precaución... mire Vd.,—le presentó la rama de rosas—me parece que yo tendría, toda la vida, valor y alegría para quitar las que pudieran herir á ustedes; ¿tendría Vd. paciencia, para arrancar las mías? Para eso hace falta amarse... y Vd. no me ama.

Evelina huyó por la escalera, casi tan de prisa co-

mo el día en que tuvo su caída, pero esta vez, pasó con pie firme, por el fatal escalón.

Max la seguía con paso más moderado; al entrar, encontró la mirada ansiosa del señor de La Brève.

—La carretera está completamente seca,—dijo—y puede Vd. salir, sin miedo de constiparse. Pero, antes de realizar nuestro paseo, tendría mucho gusto en que me concediera la mano de Evelina.

La Brève no respondió una palabra; el doctor le prohibía las emociones; miró á su futuro yerno, con cariñosa fijeza y le tendió su mano.

—¡Vamos!—exclamó Max—no perdamos un minuto.

El padre bajó la escalera, apoyado en su nuevo hijo: Evelina caminaba detrás, algo asombrada por la manera singular con que Max planteaba esas materias; una vez fuera del edificio, se colocaron uno á cada lado de La Brève, que se apoyaba en un bastón. Lord les seguía, meneando plácidamente su larga cola.

Cuando llegaron al final de la avenida, en el momento en que doblaba la carretera el señor de La Brève, alzó los ojos sobre la verja de los Housseaux.

—¡Ahí falta algo—dijo Max.—Espere Vd!

De un brinco escaló la tapia de la Roseraie; empuñándose, alcanzó el desgraciado cartel clavado al gran fresno y lo sacó con cuidado; el perro le había seguido por la muralla desde donde divisaba la carretera y sus amos.

Max bajó tan de prisa como había subido, dejando á Lord indeciso; con la agilidad de un mono, ó de un buen acróbata, trepó por la verja de los Housseaux, y

en su mitad, cogió el letrero en la lanza de uno de los barrotes de la reja, y saltó á la carretera, desde donde contempló su obra.

—¿No te parece, Evelina,—preguntó—que está mucho mejor así? ¡Y qué buen agrónomo haré yo!

La joven rompió á reír, con risa fresca, tierna, feliz; sus miradas penetraron en el fondo de cada uno y sintieron que se amaban profundamente, y con seguridad, lo mismo para sus días buenos, que para los malos.

Sobre su naciente dicha, en la dorada verja de los Hsouseaux se columpiaba un rótulo que decía:

**LINDA PROPIEDAD EN VENTA**

FIN

ULTIMAS PUBLICACIONES

DE

LA VIDA LITERARIA

HERIBERTO JORGE WELLS

La visita maravillosa . . . . .	8 reales
El hombre invisible . . . . .	8 »
Anticipaciones . . . . .	8 »
Los primeros hombres en la Luna . . . . .	8 »
El amor y el señor Lewisham . . . . .	8 »
Ruedas de fortuna . . . . .	8 »
Cuando el dormido despierte . . . . .	8 »
El alimento de los Dioses. . . . .	16 »

CARLOS OSORIO Y GALLARDO

¿Cómo debo conducirme en sociedad? . . . . .	8 »
El arte de bien comer . . . . .	8 »
El baile . . . . .	12 »

MATILDE SERAO.—Historia de dos almas . . . . . 8 »

VIRGINIA GIL DE HERMOSO.—Incurables. . . . . 8 »

E. LACOMBE.—Estudios económicos. La cuestión de los cambios . . . . . 8 »

AUTORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

M. R. BLANCO BELMONTE

DE LA TIERRA ESPAÑOLA.

Libro en el que el conocido literato Blanco Belmonte ha reunido una serie de preciosos cuentos, ilustrados por Fajol Hermann. Forma un elegante tomo de 272 páginas en papel vergé que recomendamos á los aficionados á la buena literatura.—12 reales.

POESÍAS Y CANTARES de NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR, el popular POETA DE LOS CANTARES.—Un elegante tomo, 12 reales.

ALEJANDRO LARRUBIERA.—Camino del pecado, novela, 12 reales.

ANGEL GUERRA.—Estudios literarios, 1 tomo, 12 rs.

L. BERTANER

## EL ARTE DE GUIJAR

COCINERO INDISPENSABLE

Libro realmente útil y práctico, pues todas sus fórmulas son de fácil ejecución, y expuestas con claridad y precisión. No contiene como otros de esta clase innumerables fórmulas, pero es mejor que todos, pues explica de una manera general muchos guisos idénticos, y dedicado á las señoras en general, encontrarán en él el medio seguro de salir de un compromiso si se ven obligadas á guisar.

Contiene guisos de todas clases, embutidos, conservas, escabeches, repostería, helados y método práctico de hacer jabón en casa y aprovechar para ello grasas y aceites inútiles para guisar.

Precio: 8 reales.

SE HALLA EN VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

## LA NUEVA SALIDA DEL VALEROSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR D. ANTONIO DE LEDESMA

Puede considerarse este libro como la tercera parte de la inmortal obra de Cervantes.

Con decir que la Academia Española ha felicitado al autor creemos hacer el mejor elogio de este libro.

Un tomo en rústica . . . . . 14 reales  
Un tomo encuadernado . . . . . 18 reales

TORIBIO TABERNER, ROSELLÓN, 224.—BARCELONA

## ÚLTIMAS PUBLICACIONES DE LA VIDA LITERARIA

### Gramática práctica de la Lengua Inglesa

POR J. MECA TUDELA

El libro más práctico publicado hasta el día, para el estudio de este idioma, con la pronunciación figurada en español de las voces inglesas.

Un elegante tomo de más de 300 páginas, encuadernado en tela: 20 reales.

### Cálculo Mercantil y Teneduría de Libros

POR LUIS MARTORELL

OFICIAL DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

Método práctico de contabilidad y cálculos, con procedimientos abreviados de todas las operaciones y una explicación teórico-práctica de Teneduría, con la que cualquier persona puede aprender la partida doble.

Un tomo encuadernado . . . . . 24 reales  
Un tomo en rústica . . . . . 20 reales

### DICCIONARIOS

Español-Francés . . . . . 6 reales  
Francés-Español . . . . . 6 »  
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa. . . . . 16 »  
Español Inglés. . . . . 6 »  
Inglés-Español. . . . . 6 »  
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa. . . . . 16 »

LUISA M. ALCOTT

De esta eminente escritora ha empezado á publicarse una preciosa colección de novelas formando una BIBLIOTECA BLANCA que está llamada á ser indispensable en toda casa de familia.

He aquí los títulos de la colección:

Las mujercitas . . . . .	8 reales
Las mujercitas casadas . . . . .	8 »
Los hombrecitos . . . . .	8 »
La provincianita . . . . .	8 »
Los hijos de tía Pepita . . . . .	8 »

Obra de actualidad é inmenso éxito en Francia  
cuya propiedad ha adquirido esta casa

## Guillermo II, íntimo

La descripción de la vida del Emperador alemán es asunto bien importante para que sobre él llamemos la atención.

La obra traducida por M. R. BLANCO BELMONTE, ha sido presentada exactamente igual que la edición de París, habiendo para ello comprado hasta los clichés de las numerosas ilustraciones de la obra. Es tan de actualidad que lleva el libro una fotografía del Kaiser con don Alfonso XIII, tomada en la cubierta del vapor en que conferenciaron los dos monarcas en Vigo.

Precio: 14 reales

TORIBIO TABERNER, ROSELLÓN, 224.—BARCELONA

AD AUTONOMIA D  
ON GENERAL DE

TEC